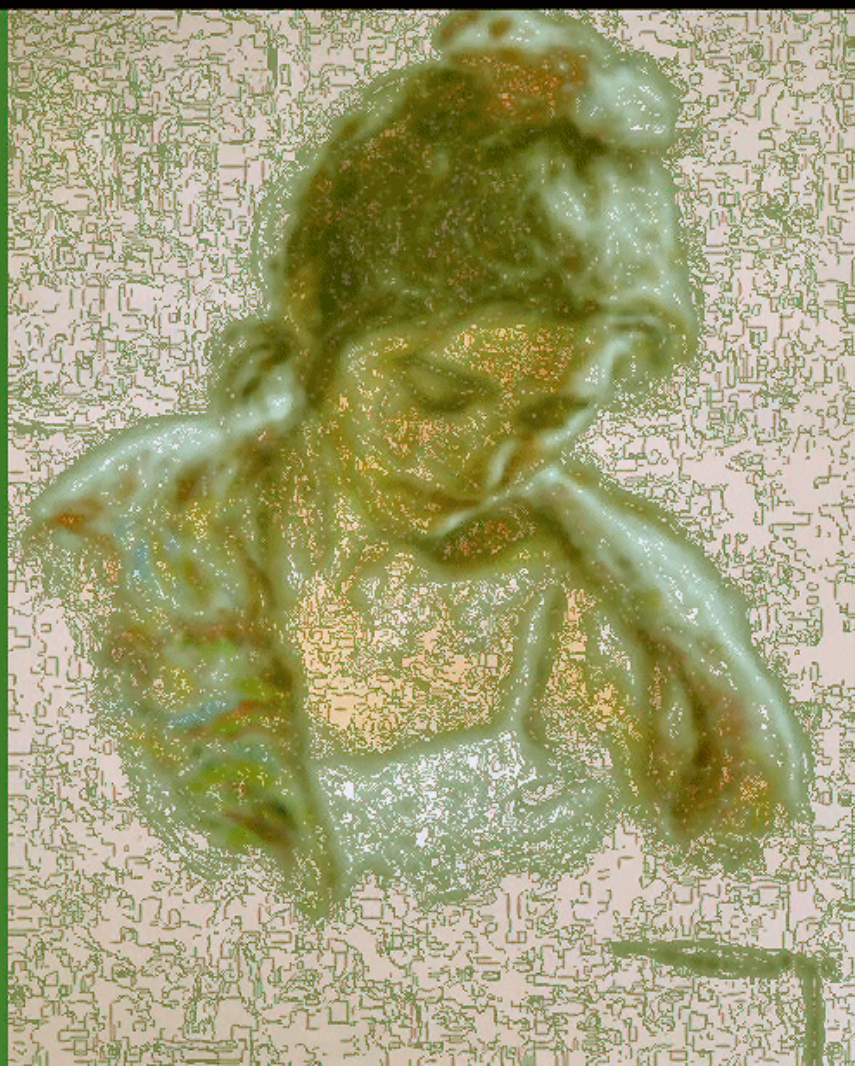
UN LUGAR EN EL CORAZON
Linda Howard

UN LUGAR EN EL CORAZON

Linda Howard



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Uno

Era hora de que buscara una esposa, pero en esa ocasión no pretendía que el «amor» formara parte del trato. Era mayor e infinitamente más sabio, y sabía que el «amor» no era necesario, ni siquiera deseable.

Reese Duncan había quedado como un tonto en una ocasión y a punto había estado de perderlo todo. No volvería a suceder. Esa vez elegiría una esposa con el cerebro y no con el contenido de sus vaqueros, y seleccionaría a una que estuviera satisfecha de vivir en un rancho aislado, dispuesta a trabajar duramente y a ser buena madre de sus hijos, que le interesara más la familia que la moda. En el pasado se había enamorado de una cara bonita, pero el aspecto ya no figuraba en su lista de requisitos. Era un hombre normal con un impulso sexual sano; eso bastaría para tener los hijos que quería. No buscaba pasión. La pasión lo había conducido al peor error de su vida. En ese momento quería una mujer que fuera fiable y tuviera sentido común.

El problema era que no disponía de tiempo para encontrarla. Trabajaba de doce a dieciséis horas al día tratando de mantenerse a flote. Había necesitado siete años, pero parecía que al fin ese año iba a dejar los números rojos atrás. Había perdido la mitad de su tierra, una pérdida que le devoraba el alma cada minuto de su vida, pero jamás iba a permitirse perder lo que le quedaba. Había perdido la mayor parte de su ganado; las enormes manadas ya no estaban, y trabajaba como un esclavo para cuidar de las reses que le quedaban. También se habían ido los hombres; no había sido capaz de pagar sus nóminas. Llevaba tres años sin comprarse un nuevo par de vaqueros. Ocho que no pintaba los graneros ni la casa.

Pero April, su ex mujer, tenía sus desorbitadas deudas, adquiridas antes del matrimonio, pagadas. Había recibido la cantidad global del acuerdo de separación. Tenía su apartamento de Manhattan, su caro guardarropa. ¿Qué le importaba a ella que tuviera que suplicar y vender su tierra, sus reses, vaciar sus cuentas bancarias para darle la mitad de sus posesiones, para las que se sentía con «derecho»? Después de todo, ¿no pasó dos años enteros casada con él? ¿No había vivido dos infernales inviernos en Montana, aislada por completo de la civilización? ¿Qué importaba que el rancho llevara en su familia cien años? Dos años de matrimonio le daban «derecho» a la mitad de él, o a su equivalente en frío dinero al contado. Ella había estado encantada de contentarse con el efectivo. Si no tenía tanto, podía vender un poco de tierra; después de todo, era propietario de un montón, no echaría de menos unos miles de acres. Ayudaba que su padre fuera un magnate de los negocios que tenía un montón de contactos tanto en Montana como en los otros estados del oeste, lo que explicaba que el juez no quedara convencido por los argumentos de Reese de que la cantidad que exigía April lo iba a sumir en la bancarrota.

Ese era otro error que no iba a cometer. La mujer con la que se casara en esa ocasión tendría que firmar un acuerdo prenupcial que protegería su rancho en caso de divorcio. No pensaba arriesgar ni un metro cuadrado de tierra de la herencia de sus hijos, ni del dinero que haría falta para dirigir el rancho. Ninguna mujer iba a volver a desplumarlo; podía marcharse, pero no se iría con nada suyo.

De no ser por la cuestión de los hijos, habría sido feliz quedándose soltero el resto de su vida. Quería hijos. Los necesitaba. Quería enseñarlos a amar la tierra tal como se lo habían enseñado a él, dejársela en herencia, pasarles el legado que le habían transmitido a él. Más

que eso, quería la vida que los niños aportarían al viejo y vacío rancho, las risas, las lágrimas y la furia, el dolor de los miedos infantiles y los gritos de. alborozo. Quería herederos de su propia sangre. Y para tener esos hijos, necesitaba una esposa.
Además, también sería conveniente. Había mucho que hablar a favor del sexo disponible, en particular cuando no tenía tiempo que perder para tratar de encontrarlo. Lo único que necesitaba era una mujer sólida, firme, poco exigente en su cama todas las noches, y sus hormonas se ocuparían de lo demás.
Pero las mujeres solteras y casaderas escaseaban en esa parte del país; todas se trasladaban a las ciudades. La vida en un rancho era dura, y querían algo de estímulo y lujo en su vida. Además, Reese no tenía tiempo, dinero ni predisposición para cortejar a una mujer. Había una manera más eficaz de encontrar una.
Había leído un artículo en una revista sobre la cantidad de granjeros del medio oeste que ponían anuncios solicitando esposas, y también había visto un programa de televisión sobre hombres en Alaska que hacían lo mismo. A una parte de él no le gustó la idea de anunciarse, ya que era un hombre reservado. Por otro lado, no tendría que gastar un montón de dinero por poner unos pocos anuncios en las secciones personales de algunos periódicos, y en esos días el dinero significaba mucho para él. No tendría que conocer a las mujeres que no lo atrajeran, no iba a tener que perder tiempo conduciendo de un lado para otro, invitándolas, llegando a conocerlas. En particular le desagradaba eso último, ni siquiera quería conocer a la que pudiera llegar a ser su mujer. Tenía una gruesa capa de hielo a su alrededor y le gustaba de esa manera. La visión resultaba mucho más clara cuando no la entorpecía la emoción. Esa parte de él se sentía satisfecha con el distanciamiento de un anuncio, aun cuando a la parte reservada le desagradaba la naturaleza pública de esa actuación.
Pero había decidido que ese era el camino a seguir, y Reese Duncan no perdía el tiempo una vez tomada una decisión. Publicaría el anuncio en varios de los periódicos más importantes del Oeste y del Medio Oeste. Sacó un bloc de notas y comenzó a trazar el recuadro que quería que tuviera; luego, en letra de imprenta, escribió: «SE BUSCA ESPOSA...».

Madelyn Sanger Patterson regresó al despacho después del almuerzo. Su amiga Christine pensaba que nunca daba la impresión de que se hubiera dado prisa por algo. Tampoco que pudiera sudar. En el exterior hacía treinta y cinco grados, pero ninguna humedad o arruga mancillaban el perfecto vestido blanco ostra. A Madelyn todo le sentaba bien.
-Eres muy desagradable -comentó Christine, recostándose en el sillón para evaluar la aproximación de Madelyn-. Es insano no sudar, antinatural no arrugar la ropa e impío que no se te revuelva el pelo.
-Sudo -contradijo Madelyn divertida.
-¿Cuándo?
-Cada martes y jueves a las siete de la tarde.
-No me lo creo. ¿Le das cita a tus glándulas sudoríparas?
-No, juego al frontón.
-Eso no cuenta -hizo la señal de la cruz con los dedos para repeler la mención del ejercicio, que en su opinión era el octavo pecado mortal-. Con un tiempo como este, la gente normal suda sin tener que hacer ejercicio. ¿Y se te arruga la ropa? ¿Te queda alguna vez el pelo lacio sobre la cara?
-Desde luego.
-¿Delante de testigos?
Madelyn se sentó en el borde del escritorio de Christine y cruzó las piernas a la altura de los tobillos. Era una postura angulosa, casi masculina, que quedaba grácil en ella cada vez que la realizaba. Ladeó la cabeza para estudiar el periódico que había estado leyendo su amiga.
-¿Algo interesante?
La madre de Christine siempre le enviaba por correo la edición dominical de su periódico de

Omaha, para que pudiera estar al corriente de las noticias locales.
-Mi mejor amiga del instituto va a casarse. Su anuncio de compromiso sale aquí. Una conocida ha muerto, un antiguo novio ha ganado su primer millón, la sequía está disparando los precios del pienso. Las 'cosas habituales -dobló el periódico y se lo entregó a Madelyn, que disfrutaba con los diarios de distintas ciudades-. Hay un buen artículo acerca de trasladarse a otra parte del país en busca de trabajo. Lamento no haberlo leído antes de haber dejado Omaha.
-Llevas dos años aquí. Es demasiado tarde para sufrir la conmoción cultural.
-La añoranza se rige por otro horario.
-¿De verdad lo añoras? ¿O estás tristona porque la semana pasada rompiste con la Maravilla de Wall Street y aún no le has encontrado sustituto?
Sonrieron y Madelyn regresó a su propio despacho con el periódico en la mano. Observó su escritorio. Estaba espantosamente despejado. Podía quedarse en la oficina el resto del día o irse a casa, y ninguna de las dos cosas marcaría alguna diferencia. Lo más probable era que nadie se enterara de que se había ido, a menos que decidiera contárselo a alguien. Esa era la asiduidad con la que sonaba su teléfono.
Tenía ventajas ser la hermanastra del propietario. Sin embargo, el aburrimiento no era una de ellas. Estar ociosa resultaba doloroso para ella. Se acercaba el momento en que tendría que darle un beso a Robert, darle las gracias por su consideración y cortésmente declinar continuar con ese «trabajo».
Quizá incluso debería pensar en trasladarse. Tal vez a la Costa Oeste. O a Fiji. Robert no tenía intereses comerciales en Fiji. Todavía.
Abrió el periódico y se recostó en el sillón con los tobillos cruzados sobre la mesa. La decisión esperaría; llevaba un tiempo trabajando en el problema, de modo que seguiría allí cuando terminara de leer el diario.
Le encantaban los periódicos de otras ciudades, en particular los pequeños, con sus ediciones semanales que más que cualquier otra cosa eran columnas de cotilleo. El diario de Omaha era demasiado grande para eso, pero aun así tenía un sabor del medio oeste que le recordaba que ciertamente había vida fuera de Manhattan. La ciudad era tan grande y compleja que aquellos que vivían en ella tendían a ser absorbidos por su dinámica. Constantemente buscaba ventanas a otros estilos de vida, no porque le desagradara Nueva York, sino porque todo despertaba su curiosidad.
Se saltó la sección de Internacional, porque tanto en Omaha como en Nueva York era la misma, leyó las noticias del medio oeste y las locales, para enterarse de que la sequía afectaba a los granjeros y rancheros pero creaba un negocio floreciente para los mataderos, y quién se había casado o pretendía hacerlo. Leyó los anuncios de ventas, comparó el precio de las propiedades en Omaha con los de Nueva York, y como siempre quedó asombrada por la diferencia. Pasaba los anuncios de «Se Busca» cuando uno en la sección de Personales llamó su atención.

Se busca esposa para ranchero emprendedor. Debe tener un carácter sólido, querer hijos y poder trabajar en un rancho. Preferiblemente entre veinticinco y treinta y cinco años.

Las que estuvieran interesadas debían contactar con el susodicho ranchero emprendedor en un apartado de correos de Billings, Montana.
De inmediato captó la atención de Madelyn, cuya imaginación quedó atrapada por el anuncio, aunque no estaba segura de si debería sentirse divertida o indignada. El hombre prácticamente pedía una mezcla de yegua y empleada de rancho. Por otro lado, había sido brutalmente honesto respecto de sus expectativas, lo cual era una brisa de aire fresco después de algunos anuncios personales que había visto en los diarios y revistas neoyorquinos. No había nada de esas tonterías de «acuario sensible busca a mujer new age de los noventa para explorar juntos el sentido del universo», que no revelaba nada salvo que el escritor carecía del concepto de

claridad en la palabra escrita.
Hacía unos meses había leído un artículo sobre las novias por correspondencia, y aunque le había resultado interesante, le desagradó toda la impersonalidad que rodeaba el asunto. Evidentemente se trataba de un gran negocio que juntaba a mujeres orientales con hombres de las naciones occidentales, pero no se limitaba a eso; granjeros y rancheros de los estados menos poblados habían empezado a anunciarse, simplemente porque en sus zonas había pocas mujeres. De hecho, tenían una revista entera dedicada a ello.
En realidad, ese anuncio tenía la misma intención que los que aparecían en las revistas más elegantes: alguien buscaba compañía. La necesidad era la misma en todo el mundo, aunque a veces se disfrazaba con términos más divertidos o románticos.
Y responder el anuncio no era hacer otra cosa que aceptar conocer a alguien, como una cita a ciegas. Era un modo de entablar contacto. Todas las relaciones comenzaban con una primera cita, a ciegas o de otra naturaleza.
Dobló el periódico y deseó tener algo que hacer aparte de reflexionar en el tema de los anuncios sociales.
Podía subir a aporrear el escritorio de Robert, pero con eso no conseguiría nada. Robert no respondía bien a la fuerza; no iba a perturbar el buen funcionamiento de sus oficinas para darle algo que hacer a ella. Le había ofrecido el trabajo como un medio para que dispusiera de una actividad en la vida después de perder a su madre y a su abuela en un breve espacio de tiempo, pero los dos sabían que el trabajo había sobrepasado su objetivo. Solo un optimismo incurable la había mantenido allí tanto tiempo, con la esperanza de que se convirtiera en algo válido. Si aporreara el escritorio de Robert, él se recostaría en el sillón y le sonreiría con expresión perversamente divertida, aunque la boca rara vez se unía a los ojos en celebración, y diría: «La pelota está en tu campo, cariño. Saca o vete a casa».
Sí, era hora de pasar a algo nuevo. La conmoción del dolor había conducido a la inercia, y la inercia era más dura de sobrellevar, de lo contrario se habría- ido hacía más de dos años.
Se busca esposa.
Abrió el periódico y volvió a leer el anuncio.
No, no estaba tan desesperada. ¿O sí? Necesitaba un trabajo nuevo, un cambio de paisaje, no un marido.
Por otro lado, tenía veintiocho años, lo suficientemente mayor como para saber que la vida de ciudad no iba con ella, a pesar de que había vivido en ciudades casi toda su vida. De niña en Richmond, le habían encantado los fines de semana en que iba a visitar a su abuela al campo. Cuánto había disfrutado con la paz y la quietud, y cuánto lo había echado de menos cuando su madre volvió a casarse y tuvieron que trasladarse a Nueva York.
No, no estaba desesperada, pero era curiosa por naturaleza y necesitaba una distracción mientras decidía qué clase de trabajo debería buscar y dónde. Era como una primera cita. Si encajaba, encajaba. No tenía nada contra Montana; además, sería una historia excelente contarles a sus nietos que había sido una novia por correspondencia. Y si de ello no salía nada, como sería lo más probable, no se habría hecho ningún daño. Se sentía mucho más segura contestando el anuncio de un ranchero de Montana que el de un urbanita.
Entusiasmada con su osadía, introdujo un papel en su máquina de escribir eléctrica, redactó una respuesta al anuncio, puso la dirección en un sobre, un sello y lo metió por el buzón interior. En cuanto el sobre desapareció, experimentó una sensación peculiar y hueca en el estómago, como si acabara de hacer algo increíblemente estúpido.
Se encogió de hombros. No había nada de qué preocuparse. Lo más probable era que nunca recibiera contestación de su ranchero de Montana. Después de todo, ¿qué podían tener en común?

Reese Duncan frunció el ceño al ver en el sobre el remite de Nueva York mientras lo abría y extraía la hoja mecanografiada del interior. ¿Qué podía saber alguien de Nueva York sobre la

vida en un rancho? Estuvo tentado de tirar la carta a la papelera; sería una pérdida de su tiempo leerla, igual que el viaje a Billings para recoger la correspondencia había sido una pérdida de tiempo. En esa ocasión solo había recibido esa respuesta al anuncio, y encima de Nueva York.

Pero las contestaciones generales al anuncio no habían sido abrumadoras, de modo que lo mejor era que la leyera. De hecho, esa era la tercera respuesta que recibía. Imaginaba que no había demasiadas mujeres en el mundo ansiosas de vivir en un rancho de Montana.

La carta era breve, y notable en la información que no proporcionaba. Se llamaba Madelyn S. Patterson. Tenía veintiocho años, nunca había estado casada, estaba sana, era fuerte y dispuesta a trabajar. No había enviado una foto. Era la única que no lo había hecho.

Era más joven que las otras dos mujeres que habían respondido. La maestra era de su edad, y nada fea. La otra mujer tenía treinta y seis años, dos más que él, y jamás. había realizado un trabajo remunerado; se había quedado en casa a cuidar de su madre inválida, que había muerto hacía poco. Era corriente, pero .no fea. Las dos tendrían unas expectativas mucho más realistas de los espacios vastos y vacíos y de la dura vida en un rancho que esa tal Madelyn S. Patterson.

Por otro lado, podía ser una chica de ciudad pequeña que se había trasladado a la gran ciudad para descubrir que no le gustaba. Debía haber leído el anuncio en un periódico que le habrían mandado por correo, porque estaba claro que él no había desperdiciado el dinero publicándolo en el New York Times. Y debido a las pocas respuestas obtenidas, tampoco podía soslayarla. Realizaría los mismos preparativos con ella que había hecho con las otras, si aún seguía interesada después de que le escribiera.

Salió de la oficina de correos y se dirigióhacia la furgoneta. Le estaba consumiendo más tiempo del que realmente podía permitirse. Quería tenerlo todo arreglado en julio, y ya estaban a mediados de mayo. Seis semanas. Quería encontrar esposa en las siguientes seis semanas.

Señorita Patterson,

Me llamo Reese Duncan. Tengo treinta y cuatro años, estoy divorciado, sin hijos. Soy dueño de un rancho en la zona central de Montana.

Si todavía sigue interesada, podemos vernos dentro de dos semanas a,partir del sábado. Comuníquemelo por carta. Le enviaré un billete de autobús hasta Billings.

No había ningún saludo de despedida, solo su firma: G.R. Duncan. ¿Qué representaría la G? Su caligrafía era fuerte, angulosa y perfectamente legible, y no tenía errores de ortografía.

Ya conocía su nombre, edad y que estaba divorciado. Antes no había sido real; había
sido únicamente alguien anónimo que había puesto un anuncio para buscar esposa. En ese momento era una persona.

Y ocupada, si solo podía sacar tiempo para verla después de dos sábados. No pudo evitar sonreír. Desde luego, no daba la impresión de estar desesperado por una esposa como para tener que anunciarse. De nuevo tuvo la clara impresión de que se hallaba demasiado ocupado para buscar una. En la carta ponía que estaba divorciado, de modo que tal vez había perdido a su mujer por estar demasiado ocupado.

Se sentía cada vez más intrigada. Quería conocer a ese hombre.

Madelyn S. Patterson había contestado con celeridad, algo que las otras dos no habían hecho; aún tenía que recibir sus cartas. Reese abrió la de ella.

Señor Duncan, llegaré a Billings en la fecha estipulada.. Sin embargo, no puedo permitir que pague mis gastos de viaje, ya que somos desconocidos y quizá no surja nada de nuestro encuentro.
Mi vuelo llega a las diez treinta y nueve de la mañana. Espero que le resulte una hora conveniente. Adjunto una copia del horario de mi vuelo. Por favor, si sus planes cambian, póngase en contacto conmigo.

Enarcó las cejas. Así que prefería volar antes que tomar el autobús. Esbozó una sonrisa cínica. En realidad, a él le sucedía lo mismo. Incluso había tenido su propia avioneta, pero eso había sido A.A.: antes de abril. Su ex mujer se había encargado de que necesitara años para poder volver a permitirse viajar en avión, por no mencionar tener su propia avioneta.
Una parte de él apreció el hecho de que la señorita Patterson le ahorrara los gastos, pero a su núcleo duro y orgulloso lo molestó no poder pagarle un billete de avión. Diablos, si hasta el billete de autobús le habría hecho apretarse el cinturón esa semana. Probablemente cuando descubriera su precaria situación económica, se marcharía a toda velocidad. Era imposible que esa mujer funcionara, pero bien podía conocerla para cerciorarse de ello. Después de todo, las candidatas no hacían cola para llamar a su puerta.

Madelyn invitó a cenar a Robert el jueves antes de su vuelo del sábado a Montara, ya que quería hablar a solas con él y sabía que él tenía una cita el viernes.
Llegó a las ocho y fue directamente al pequeño bar del apartamento, donde se sirvió un whisky con agua. Alzó la copa en dirección a ella y, como siempre, sus ojos sonrieron sin que su boca compartiera el .gesto. Madelyn alzó la copa de vino.
-Por un enigma -brindó.
-¿Tú misma? -él enarcó las cejas oscuras y elegantes.
-Yo no, soy un libro abierto.
-Escrito en una lengua desconocida.
-Y si alguna vez levantaran tus tapas, ¿qué idioma aparecería?
Él se encogió de hombros sin dejar de sonreír, aunque no podía refutar el cargo de que se mantenía distante de la gente. Madelyn era la persona más próxima a él; el padre de Robert se había casado con su madre cuando ella tenía diez años y él dieciséis, lo que debería haber sido una gran diferencia de edad para lograr una verdadera intimidad, pero, inexplicablemente, Robert se había tomado tiempo para hacerla sentir bienvenida en su nuevo hogar, para hablarle y escucharla. Juntos habían sobrellevado primero la muerte del padre de él, y luego, cinco años más tarde, la de su madre; la mayoría de hermanastros probablemente se habría distanciado después de eso, pero ellos no, porque se caían realmente bien, como amigos tanto como hermanos.
Robert era un verdadero enigma: elegante, atractivo, casi aterradoramente inteligente, pero con un enorme centro privado que nadie jamás había recibido autorización para tocar. Madelyn era única en que incluso conocía la existencia de ese centro. Nadie más había llegado a ver tanto de él. En los años transcurridos desde que había heredado las Empresas Cannon, había remodelado las diferentes compañías, para hacerlas más grandes y ricas que antes. En sus manos finas había una gran cantidad de poder, pero ni siquiera el imperio Cannon parecía llegar hasta su centro privado. El hombre interior era una ciudadela, inviolada.
En ese momento observaba a Madelyn con ojos divertidos, y pasado un minuto ella respondió su propia pregunta.
-Tu idioma sería uno oscuro, muerto, desde luego, y traducido a un código de tu propia invención. Parafraseando a Winston Churchill, eres un enigma dentro de un rompecabezas envuelto en un acertijo, o una bobada de similar complejidad.

Librodot

Él estuvo a punto de sonreír; movió los labios e inclinó la cabeza para reconocer la precisión de su evaluación. Bebió un sorbo de whisky y disfrutó de su sabor.
-¿Qué hay para cenar?
-Conversación.
-Un verdadero caso de comernos nuestras palabras.
-Y espaguetis.
-Y bien, ¿de qué estamos conversando?
-Del hecho de que voy a buscar un trabajo nuevo, como mínimo -anunció ella al entrar en la cocina. El la siguió y, sin titubeos, comenzó a ayudarla ,a llevar la comida a la mesa.
-Ha llegado la hora, ¿verdad? -preguntó Robert con perspicacia-. ¿Qué te ha hecho decidirte?
-Varias cosas -se encogió de hombros-. Básicamente, como bien has dicho, ha llegado la hora.
-Has dicho «como mínimo». ¿Y como máximo?.
Típico de Robert ver las implicaciones de cada palabra. Sonrió mientras llenaba las copas con vino.
-Este sábado me voy a Montana.
El parpadeó, indicando su intenso interes.
-¿Qué hay en Montana?
-No qué. Quién.
-¿Quién, entonces?
-Un hombre llamado Reese Duncan. Existe una posibilidad de matrimonio. Había ocasiones en que una mirada de los ojos verde pálidos de Robert podía cortar una navaja, y esa era una de ellas.
-Suena como un parte meteorológico -comentó con voz neutral-. ¿Te importaría darme un porcentaje? ¿Cuarenta por ciento de posibilidades de matrimonio? ¿Cincuenta?
-No lo sé. No lo sabré hasta que conozca al hombre.
Él había estado sirviéndose pasta, pero entonces dejó con cuidado los cubiertos y respiró hondo. Madelyn lo observó con interés. Era una de las contadas veces en que podia afirmar quehabía visto a Robert sorprendido.
-¿Quieres decir que aún no lo conoces? -preguntó con cuidado.
-No. Nos hemos escrito, pero no nos hemos visto. Y puede que no nos gustemos en persona. De hecho, solo existe una posibilidad muy escasa de matrimonio. En términos meteorológicos, no se espera acumulacion.
-Pero es posible.
-Sí. Quería que lo supieras.
-¿Cómo lo conociste?
-No lo conozco. Sé un poco sobre él, pero no mucho.
-Entonces, ¿cómo empezasteis a escribiros?
-Puso un anuncio buscando esposa.
Robert pareció aturdido, realmente aturdido. Madelyn se apiadó de él y le sirvió la salsa espesa sobre la pasta antes de que se enfriara, ya que parecía haberla olvidado por completo.
-¿Respondiste un anuncio personal? -preguntó al final con voz tensa.
-Sí -asintió y centró la atención en su propio plato.
-Santo cielo, ¿sabes lo arriesgado que es eso? -rugió, incorporándose a medias de la silla.
-Sí, lo sé -le palmeó la, mano-. Por favor, siéntate y come. No te entraría el pánico si te hubiera contado que había conocido a alguien en un bar de Manhattan, y eso es mucho más arriesgado que conocer a un ranchero de Montana.
-Desde un punto de vista de salud, sí, pero hay otras cosas a considerar. ¿Y si se trata de un hombre al que le gusta abusar?
¿Y si tiene un historial criminal o es un timador? ¿Cuánto conoces de él?
-Tiene treinta y cuatro años, tu edad. Es propietario de un rancho en la región central de Montana, está divorciado y sin hijos. He estado escribiendo a un apartado de correos de Billings.

Por la expresión de Robert, Madelyn supo que había tomado nota mental de todo lo que le había dicho y que no olvidaría ni un solo detalle. También sabía que haría investigar minuciosamente a Reese Duncan; pensó en protestar, pero decidió que no conseguiría nada. Cuando Robert dispusiera de su informe, ella ya habría conocido al señor Duncan y se habría formado su propia opinión. Incluso podía entender por qué Robert se sentía alarmado y protector, aunque no estaba de acuerdo en que hubiera necesidad de ello. La correspondencia directa del señor Duncan le había confirmado que se trataba de un hombre que trataba con la verdad sin adornos y que le importaba un bledo cómo pudiera sonar o parecer.

-¿Puedo convencerte, de no ir? -preguntó Robert-. ¿O al menos de retrasar tu encuentro?

-No sonrió-. Siento tanta curiosidad que casi no puedo soportarlo.

Él suspiró. Madelyn era curiosa como un gato y podía comprender por qué un anuncio en busca de esposa le habría resultado irresistible; una vez que lo hubiera leído, no le habría quedado más remedio que. conocer en persona al hombre. Si no había modo alguno de convencerla de no ir, sí podía cerciorarse de que no correría peligro. Antes de que subiera al avión, sabría si ese Reese Duncan tenía algún tipo de historial delictivo, hasta una multa de aparcamiento. Si existía algún indicio de que Madelyn no iba a estar a salvo, evitaría que subiera a ese avión aunque tuviera que sentarse encima de ella.

Como si le hubiera leído la mente, ella se adelantó. Volvía a exhibir esa expresión angelical, la que hacía que él se pusiera a la defensiva.

-Si interfieres en mi vida social, daré por hecho que tengo el mismo derecho con la tuya -comentó con dulzura-. En mi opinión, necesitas un poco de ayuda con tus mujeres.

Hablaba en serio. Madelyn jamás faroleaba, nunca amenazaba a menos que estuviera dispuesta a cumplir sus amenazas. Sin decir palabra, Robert sacó un pañuelo blanco del bolsillo y lo agitó en señal de rendición.

Dos

El vuelo aterrizó con antelación en Billings. Madelyn estudió al pequeño grupo de gente que esperaba para recibir a los que bajaban del avión, pero no vio a ningún varón solo que diera la impresión de estar buscándola a ella. Respiró hondo, agradecida por el pequeño descanso. Se sentía inesperadamente nerviosa.

Empleó el tiempo para ir a los aseos; al salir, oyó su nombre pronunciado por los altavoces. «Madelyn Patterson, por favor, reúnase con su grupo en el mostrador de Información. Madelyn Patterson, por favor, reúnase con su grupo en el mostrador de Información >.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. Le gustaba la sensación de anticipación. Al fin había llegado el momento. La curiosidad la estaba matando.

Caminó con paso relajado. Tenía los ojos encendidos. Ya solo estaba un poco nerviosa, y no lo revelaba.

Debía de ser el hombre que estaba apoyado en el mostrador de Información. Llevaba puesto un sombrero, de modo que no le podía ver muy bien la cara, pero era delgado y estaba en buena forma. Una sonrisa bailaba en sus labios. Se conocerían, serían corteses, pasarían un día agradable juntos, y al día siguiente le estrecharía la mano y le diría que había disfrutado de la visita y que allí se acababa todo. Todo sería muy civilizado y moderado, tal como a ella le gustaba...

Él se irguió y se volvió hacia ella. Madelyn sintió que sus ojos se clavaban en ella y que adquirían más intensidad.

Su andar relajado vaciló, luego se detuvo por completo. Permaneció paralizada en medio del aeropuerto, incapaz de dar otro paso. Nunca antes le había sucedido algo así, pero se sentía

impotente de controlarlo. Se hallaba aturdida. El corazón le latía con fuerza, siguiendo un ritmo doloroso. Respiraba de forma entrecortada; el bolso se le escabulló de entre los dedos y aterrizó en el suelo. Se sentía como una tonta, pero no le importaba. No podía dejar de mirarlo.

No era más que lujuria. No podía ser otra cosa, no a primera vista. La dominó el pánico ante la idea de que pudiera ser otra cosa. «Solo lujuria», se repitió.

No era el hombre más atractivo que había visto, porque Nueva York estaba lleno de hombres estupendos, pero no importaba. En todas las formas que importaban, todas las formas primitivas e instintivas, ya fuera química, electricidad, biología o lo que fuera, era devastador. El hombre irradiaba sexo. Santo cielo, ¿por qué habría tenido que pedir una esposa por un anuncio?

Medía como mínimo un metro ochenta y cinco y tenía los músculos de hierro de un hombre que realiza una dura tarea física todos los días de su vida. Estaba muy bronceado, y su pelo, lo que podía ver debajo del sombrero, era castaño oscuro, casi negro. Tenía una mandíbula bien formada, de mentón cuadrado, boca firme y enmarcada por surcos gemelos. No se había puesto nada especial para ir a buscarla, sino una sencilla camisa blanca con los puños remangados, unos vaqueros viejos y botas gastadas.

Ninguna de sus visualizaciones excitadas la había preparado para eso. El primer pensamiento que tuvo fue el de huir, pero no podía moverse.

El primer pensamiento de Reese fue que le gustaría llevarla a la cama, pero que era imposible que la tomara por esposa.

Era todo lo que había temido que seria: una mujer de ciudad, sofisticada, que no sabía absolutamente nada de un rancho. Resultaba obvio desde su sedoso cabello rubio hasta la punta de sus zapatos caros.

Iba vestida de blanco, un color poco práctico para viajar, pero se la veía inmaculada, sin ni siquiera una arruga. La falda era ceñida como un lápiz y se detenía justo encima de las rodillas, revelando unas piernas de infarto. Reese sintió un nudo en las entrañas con solo mirárselas. Alzó la vista con un esfuerzo y quedó impactado por los ojos.

Bajo la chaqueta amplia y a juego, llevaba un top escueto de una rica tonalidad azul que debía haber hecho que sus ojos parecieran azules, pero sin conseguirlo. Los ojos hicieron que le diera la impresión de que se ahogaba. Eran grises, sin un atisbo de azul, de aspecto suave, incluso en ese momento, muy abiertos por la... ¿consternación? No estuvo seguro de la expresión, pero tardíamente comprendió que estaba muy pálida y quieta y que había soltado el bolso.

Avanzó y aprovechó la excusa para tocarla. Cerró la mano sobre el brazo de ella, que pareció fresco y esbelto bajo la palma cálida.

-¿Se encuentra bien? ¿Señorita Patterson?

Madelyn casi experimentó un temblor. Se preguntó cómo un contacto tan ínfimo podía causarle semejante agitación. La proximidad aportó el calor animal de su cuerpo, su olor, y tuvo el simple deseo de arrojarse a sus brazos y enterrar la cara en su cuello. Sintió pánico. Debía largarse de allí, alejarse de él. Pero en vez de huir, recurrió a toda la reserva de control que poseía e incluso logró sonreír al alargar la mano.

-Señor Duncan.

. Él se la estrechó y notó la ausencia de joyas, excepto por los pendientes sencillos de oro. No le gustaba ver las manos de una mujer con anillos en cada dedo. No la soltó al repetir:

-¿Se encuentra bien?

Madelyn parpadeó, cerró y abrió los ojos en un gesto que enmascaraba un profundo revuelo interior.

-Sí, gracias -respondió, sin molestarse en inventar una excusa para su conducta.

Se miraron como pistoleros ante un duelo, ajenos a los remolinos de gente que esquivaban su pequeña e inmóvil isla. Madelyn permanecía quieta, muy consciente de su feminidad mientras él la miraba de arriba abajo con aguda; evaluación masculina, aunque sin revelar aprecio o

desaprobación. Su rostro era el de un hombre muy reservado.
. -Vayamos a buscar el resto del equipaje -dijo él, rompiendo la silenciosa confrontación. El regreso al rancho era un trayecto largo, y estaba impaciente por emprenderlo. Lo esperaban varias tareas, sin importar lo tarde que llegara.
Tenía voz de barítono. Madelyn registró su textura áspera al tiempo que indicaba el bolso con un gesto de la cabeza.
-Esto es todo.
-¿Todo?
-Sí.
Si toda su ropa iba en ese bolso pequeño, pensó con ironía que era evidente que no había trazado grandes planes para impresionarlo con su guardarropa. Claro estaba que lo impresionaría más sin nada de ropa.
Se inclinó para recogerlo sin soltarle el brazo. Era una mujer provocativa, en absoluto preparada para la vida en un rancho, aunque cada hormona masculina le enviaba señales de alerta. Solo iba a quedarse un día; ¿por qué no iba a disfrutar de su compañía? Sería una especie de última cana al aire antes de sentar la cabeza con una mujer mejor preparada para el trabajo, ya que llevar un rancho era un trabajo duro y Madelyn Patterson no daba la impresión de que alguna vez se hubiera visto siquiera expuesta a ese concepto.
De forma natural, al conducirla fuera de la terminal pasó a la espalda la mano que le sostenía el brazo. Adrede se decidió a seducirla, algo que en el pasado había hecho con las mujeres con tan poco esfuerzo como sonreír. Pero esos días formaban parte del pasado. Agradeció que ella mantuviera una conversación con facilidad, formulando preguntas sobre Montana, que él respondía con igual facilidad, haciendo que se relajara y se sintiera cómoda con él, sin dejar de estudiar en ningún momento su rostro y expresiones.
Hablando con precisión, era simplemente bonita, pero su rostro estaba encendido por una viveza que le daba un atractivo deslumbrante. Tenía la nariz un poco ladeada. Unas ligeras pecas le cubrían el puente y se dispersaban por sus pómulos, exquisitamente cincelados. Eran pómulos de primera, como sus piernas. Tenía unos labios sensuales, pero la boca era ancha y móvil, como si estuviera en todo momento al borde de una sonrisa. Sus ojos eran de una calma profunda que, en una inspección más detenida, revelaban una inteligencia alerta y a menudo divertida, aunque Reese no sabía qué podía resultarle gracioso.
Si la hubiera conocido antes de su desgraciado matrimonio y desastroso divorcio, habría ido en pos de ella hasta conseguirla. El solo hecho de pensar en esas piernas enroscadas alrededor de su cintura le provocaba una excitación instantánea. Pero sabía lo que quería de una esposa, y eso no lo tenía Madelyn. Daba la impresión de que nunca había visto un caballo.
Nada de eso disminuía la respuesta física que ella le provocaba. Nunca antes había experimentado a primera vista esa atracción demoledora. Era algo fuerte y desgarrador, que le invadía el cuerpo con calor y lo ponía duro, a pesar de que no deseaba estar así en medio del aeropuerto. De hecho, le dolían las manos del anhelo de tocarla, de investigar sus pechos y caderas y esas delicadas curvas.
Lamentó que no fuera nada apropiada para sus objetivos. Al caminar a su lado, vio las miradas de reojo que le lanzaban los otros hombres. Deseó poder permitirse el lujo de retenerla, pero era demasiado cara para él. En ese momento Reese se hallaba en la bancarrota, aunque en una ocasión había estado acostumbrado al dinero; sabía cómo era, cómo olía y cómo encajaba. Y encajaba en Madelyn Patterson igual que su sedosa piel. Pero también sabía que no podía permitirse el lujo de mantenerla con el perfume que llevaba, mucho menos la ropa que usaba.
-¿Qué clase de trabajo realiza? -le preguntó cuando salieron al brillante sol. Las cartas escuetas que le había mandado no le habían revelado gran cosa.
Ella frunció la nariz.
-Trabajo en un despacho sin ventana, sin hacer nada importante, en la empresa de mi hermanastro. Es uno de esos trabajos buscados para la familia no le dijo que había renunciado,

porque podría pensar que lo había hecho con la idea en mente de trasladarse a Montana, y una cosa no tenía nada que ver con la otra.
¿Ha estado alguna vez en un rancho? preguntó, a pesar de que ya conocía la respuesta.
-No -Madelyn lo miró-. Pero sé montar a caballo de hecho, era una excelente amazona, cortesía de su compañera de habitación de la universidad de Virginia, una loca por los caballos.
El descartó su pericia con un caballo, ya que montar por recreo no tenía nada que ver con llevar un animal de trabajo, y eso eran sus caballos, entrenados y tan valiosos en su propio estilo como un caballo de carreras. Otro ámbito en el que ella no daba la talla.
Llegaron a la furgoneta y él la observó detenidamente para ver si captaba alguna expresión de desagrado por lo polvorienta que estaba. Madelyn no parpadeó y esperó mientras él abría la puerta y depositaba su bolso en el centro del asiento. Luego se retiró para dejarla pasar.
Intentó sentarse y descubrió que no podía. Rio al darse cuenta de que la falda era demasiado ceñida. No podía alzar las piernas lo suficiente como para subir al asiento.
-Lo que no hacen las mujeres por vanidad -comentó con humor y comenzó a subirse el bajo de la falda-. Me la puse porque quería tener un aspecto agradable, pero habría sido mucho más inteligente haberme puesto unos pantalones.
Reese sintió un nudo en la garganta mientras la veía subirse la falda hasta revelar una gran parte de sus esbeltos muslos. El calor estalló por su interior, haciéndolo sentir como si todo su cuerpo se expandiese. Pensó que como se subiera la falda un centímetro más ya no sería capaz de permanecer de pie; al siguiente instante la tomó por la cintura y la alzó al asiento. Ella emitió un grito sobresaltado y se aferró a sus antebrazos para sostenerse.
Tenía la boca seca y la frente perlada de sudor.
-No vuelva a subirse la falda estando conmigo, a menos que desee que haga algo al respecto -indicó con voz gutural. Tenía las mejores piernas que jamás había visto, largas y fuertes, con músculos alargados. Sería capaz de enroscarlas a su alrededor y aguantar, sin importar lo salvaje que fuera la cabalgata.
Madelyn no podía hablar. La tensión se estiró entre ambos, pesada y oscura. En los ojos de Reese ardía una lujuria fiera y manifiesta, y ella no podía apartar los ojos, atrapada en esa intensidad silenciosa. Aún le aferraba los antebrazos. Comenzó a farfullar unas disculpas.
-Lo siento. No era mi intención... quiero decir, no me di cuenta... -calló porque no podía decirle abiertamente que no había tenido intención de excitarlo. Sin importar la reacción que le provocara, básicamente seguía siendo un desconocido.
Él le echó un último vistazo a sus piernas y se obligó a soltarle la cintura.
-Sí, lo sé. Está bien -musitó con voz aún ronca. No estaba bien. Tenía todos los músculos del cuerpo tensos. Retrocedió antes de ceder al impulso de situarse entre las piernas de ella para abrírselas más. Lo único que tendría que hacer sería introducir las manos bajo la falda y empujarla el resto del camino... Aplastó ese pensamiento, porque de haber dejado que concluyera, habría destrozado lo poco que le quedaba de control.

Habían dejado Billings bien atrás antes de que él volviera a hablar.
¿Tiene hambre? Hay una cafetería más adelante.
-No, gracias -respondió con tono un poco soñador mientras contemplaba el ancho paisaje que se abría ante ella. Estaba acostumbrada a edificios enormes, pero de pronto parecían insignificantes en comparación con esa extensión interminable de tierra y cielo. Era como si su vida empezara de nuevo-.
¿Cuánto queda hasta su rancho?
-Unos doscientos veinte kilómetros. Tardaremos casi tres horas en llegar.
Ella parpadeó, asombrada por la distancia. No se había dado cuenta del gran esfuerzo que representaba para él haber ido a buscarla a Billings.
-¿Va a Billings a menudo?

La miró, preguntándose si ella trataba de averiguar lo aislado que se hallaba el rancho.
-No -repuso de forma sucinta.
-¿De modo que este es un viaje especial?
-Esta mañana también me ocupé de algunos negocios -había pasado por el banco para proporcionarle al departamento de préstamos los nuevos números sobre los ingresos proyectados del rancho para el año siguiente. En ese momento, tenía mejores perspectivas que en mucho tiempo. Seguía en la bancarrota, pero ya podía ver la luz. En el banco habían quedado complacidos.
Madelyn lo miró preocupada.
-Así que lleva en la carretera desde el amanecer, aproximadamente.
-Más o menos.
-Debe estar cansado.
-En un rancho te acostumbras a madrugar. Todos los días me levanto antes de que amanezca.
-El amanecer aquí sin duda es maravilloso -miró alrededor.
Reese recordaba lo espectaculares que eran, pero hacía tiempo que no disponía de tiempo para notar alguno.
-Como todo, te acostumbras a ellos. Sé con certeza que en Nueva York también hay amaneceres.
-Los recuerdo -rio entre dientes-, pero mi apartamento da al oeste. Yo veo los crepúsculos, no los amaneceres.
Él sacó la caja de cigarrillos del bolsillo de la camisa, extrajo uno y se lo llevó a los labios. Mientras hurgaba en el bolsillo del vaquero en busca del encendedor, la oyó preguntar con incredulidad:
-¿Fuma?
Lo invadió una rápida irritación. Por el tono de voz que empleó, habría parecido que lo había sorprendido maltratando a cachorros o algo igual de repulsivo. Encendió el cigarrillo y expelió el humo en la cabina.
-Sí -contestó-. ¿La molesta? -dejó bien claro con su tono de voz de que estaban en su vehículo y que pensaba fumar en él.
Madelyn volvió a mirar al frente.
-Si se refiere a si el humo me molesta, la respuesta es no. Odio ver fumar a alguien. Es como jugar, a la ruleta rusa con su vida.
-Exacto. Es mi vida.
Ella se mordió el labio ante el comentario seco. «Santo cielo», pensó. «Es un buen modo de empezar a conocer a alguien atacar sus hábitos personales».
-Lo siento -se disculpó con sinceridad-. No es asunto mío, y no tendría que haber dicho nada. Lo que pasa es que me sobresaltó.
-¿Por qué? La gente fuma. ¿O no se relaciona con nadie que fume?
Ella reflexionó un minuto, tratando su comentario sarcástico con seriedad.
-En realidad, no. Algunos de nuestros clientes fuman, pero ninguno de mis amigos personales lo hace. Pasé mucho tiempo con mi abuela, y ella era muy anticuada para los vicios. Se me enseñó que no debía maldecir, fumar o beber alcohol. Nunca he fumado -añadió.
A pesar de la irritación que sentía, se encontró conteniendo la risa.
-¿Eso significa que maldice y bebe?
-He llegado a ser un poco agresiva en mi lenguaje en momentos de tensión -concedió-. Y la abuela Lily consideraba que era perfectamente apropiado para una dama beber una esporádica copa de vino, como terapia medicinal, por supuesto. En mi época universitaria, también bebí cerveza. Pero no disfruto con el alcohol -continuó-. Así que he de decir que la mitad de las enseñanzas de la abuela Lily se fijaron.
¿Tenía algo contra el juego?
Madelyn lo miró con una expresión de extraña aceptación.
-La abuela Lily creía que la vida era un juego y que todos debían correr sus riesgos. A veces

pierdes, otras haces saltar la banca -era una actitud que le había pasado a su nieta. De lo contrario, ¿qué iba a estar haciendo en esa furgoneta, en el proceso de enamorarse de un desconocido?

Hacía tiempo que Reese no había visto su hogar desde los ojos de un extraño, pero al detener el vehículo junto a la casa, se sintió súbita y amargamente avergonzado. La pintura de la casa estaba descascarillada, y los anexos se hallaban aun peor. Hacía tiempo que había abandonado la idea de mantener el patio ordenado y al final se había decidido por destruir los lechos florales que otrora habían bordeado la casa, porque habían estado llenos de malas hierbas. En los últimos siete años no se había añadido nada nuevo, y no se había sustituido nada roto, salvo las absolutas necesidades. Ocuparse del ganado había sido más importante que podar el césped. La simple supervivencia no había dejado sitio para las delicadezas de la vida. Había hecho lo que había tenido que hacer, pero eso no significaba que le gustara el estado en el que se hallaba su rancho.
Madelyn notó la pintura descascarillada, pero lo soslayó; después de todo, no era nada que un poco de esfuerzo y varios litros de pintura no pudieran arreglar. Lo que captó su atención fue el porche sombreado, con hamaca, que rodeaba toda la casa de dos plantas. La abuela Lily tenía un porche similar, y una hamaca en la que habían pasado muchas horas estivales.
-Me recuerda a la casa de la abuela Lily -manifestó con ojos soñadores.
Él le abrió la puerta y puso las manos en su cintura para sacarla de la furgoneta antes de que pudiera deslizarse al suelo. Sobresaltada otra vez, lo miró.
-No quería correr ningún riesgo con esa falda -indicó él casi con un gruñido.
Reese sacó el bolso del habitáculo con una mano y con la otra la tomó del brazo.
Entraron por la puerta de atrás, que estaba abierta y que daba a una especie de cuarto de lavar. En una pared se veía una lavadora y una secadora, y la pared derecha estaba llena de colgadores con diversos sombreros, impermeables amarillos y ponchos. Sobre una estera de goma se alineaban unas cuantas botas embarradas. Justo delante de un pasillo pequeño había un cuarto de baño completo.
Giraron a la izquierda y entraron en la cocina, una habitación grande, abierta y soleada con un reservado para desayunar. Madelyn, miró con interés los electrodomésticos enormes que no encajaban con la imagen que tenía de una cocina a pequeña escala en el rancho de un soltero. Había esperado algo más pequeño y mucho más anticuado que esa habitación eficiente.
-La casa tiene diez cuartos -indicó-. Seis abajo y cuatro dormitorios arriba.
-Es grande para una persona -comentó, siguiéndolo arriba.
-Por eso quiero casarme -hizo el comentario como si explicara que quería una copa de agua-. Mis padres la construyeron cuando yo era niño. Crecí aquí. Quiero legársela a mis hijos.
Ella se quedó jadeante, y no solo por subir las escaleras. La idea de ser quien le diera hijos la debilitaba.
El abrió una puerta situada justo frente a las escaleras y la condujo a un dormitorio grande y bonito con cortinas blancas en las ventanas y un cobertor blanco sobre la cama con dosel. Madelyn emitió un suave sonido de placer. Junto a una de las ventanas había una mecedora y lo que sin duda era una alfombra hecha a mano cubría el pulido suelo de madera. Pasó junto a ella para ir a depositar el bolso sobre la cama.
-No puedo tomarme todo el día libre -explicó-. Las tareas deben hacerse, así que he de dejarla sola un rato. Puede descansar o hacer lo que le plazca. El cuarto de baño está justo al final del pasillo si desea refrescarse. Mi dormitorio tiene un cuarto de baño privado, así que no tendrá que preocuparse por encontrarse conmigo.
En el espacio de un latido, supo que no quería que la dejara sola.
-¿No puedo acompañarlo?
-Se aburrirá, y es un trabajo polvoriento.
-La suciedad no me da miedo -se encogió de hombros.

La miró largo rato, con rostro inexpresivo.
-De acuerdo -repuso al final, preguntándose si pensaría lo mismo cuando sus zapatos de marca estuvieran sucios.
-Iré a cambiarme. Tardaré tres minutos -sonno.
-Estaré en el granero. Venga cuando esté lista -dudaba de que fuera en tres minutos.
En cuanto él cerró la puerta a su espalda, Madelyn se quitó la ropa, se puso unos vaqueros y se calzó unas zapatillas viejas que había llevado para ese mismo fin. Después de todo, no podía explorar un rancho con tacones altos. Se puso una camiseta blanca sin mangas y salió justo cuando él iba a bajar las escaleras después de haberse cambiado de camisa. La miró asombrado. Madelyn estuvo a punto de tropezar cuando esa mirada masculina se posó en sus pechos y de pronto sintió el cuerpo cálido y pesado. Estaba acostumbrada a que los hombres, miraran furtivamente sus pechos, pero Reese no hacía esfuerzo alguno por ocultar su especulación. Sintió un hormigueo en los pezones, que se le endurecieron contra el algodón que los cubría.
-No pensé que lo conseguiría -comentó él.
-No pierdo el tiempo con la ropa.
Tampoco era necesario. Bastaba con el cuerpo sobre el que se vestía; todo lo demás era superfluo. Le costó desterrar la imagen de esos pechos y esas piernas largas y esbeltas. Y al pensar en su trasero, que era como un corazón invertido, se sintió mucho más encendido de lo que justificaba el clima.
Salieron juntos para ir al granero, con Madelyn moviendo la cabeza de un lado a otro para asimilar todos los aspectos del rancho. Al lado había un garaje con tres puertas, del mismo estilo que la casa. Lo señaló.
-¿Cuántos otros coches tiene?
-Ninguno -respondió.
Había otros tres edificios vacíos, con las ventanas desnudas.
-¿Qué son?
-Barracones.
Había un gallinero bien construido, con pollos gordos que no paraban de picotear por el patio.
-Veo que se nutre de sus propios huevos comentó ella. Por el rabillo del ojo vio que se le movían los labios, como si casi hubiera sonreído.
-Y también de mi propia leche.
-Muy eficiente. Estoy impresionada. No bebo leche fresca creo que desde los seis años.
-No pensé que ese acento fuera de Nueva York. ¿De dónde es originalmente?
-De Virginia. -Nos trasladamos a Nueva York cuando mi madre volvió a casarse, pero regresé a Virginia para ir a la universidad.
-¿Sus padres se divorciaron?
-No. Mi padre murió y mi madre volvió a casarse tres años después.
Él abrió la puerta del granero.
-Mis padres murieron en un período de un año entre sí. Creo que no pudieron existir separados.
La envolvió el olor rico y terrenal de un granero ocupado; respiró hondo. Los olores de animales, cuero, estiércol, heno y pienso se fundían en un aroma inconfundible. Le resultaba mucho más placentero que el humo de un tubo de escape.
El granero era enorme. Había notado un establo al lado, también vacío, al igual que unos cobertizos para maquinaria y heno. Todo el entorno gritaba que en una ocasión había sido un rancho muy próspero, pero era evidente que Reese pasaba por momentos difíciles. Lo que debía dolerle a su orgullo. Tuvo ganas de tomarle la mano. y decirle que no importaba, pero tuvo la impresión de que él rechazaría el gesto. El orgullo que lo mantenía trabajando solo esa enorme propiedad no le permitiría aceptar nada que pudiera interpretar como compasión.
Como no sabía las tareas que había que hacer ni la forma de llevarlas a cabo, se mantuvo apartada de su camino y lo observó, notando la atención meticulosa que le prestaba a todo lo

que hacía. Limpió caballerizas y bajó heno fresco, tensando sus poderosos músculos. Llenó los abrevaderos de comida y agua fresca. Entre el granero y el establo había tres caballos en un corral; comprobó y limpió sus cascos, los acercó para alimentarlos y darles de beber y luego los llevó a las caballerizas a pasar la noche. Llamó a una vaca ridículamente dócil y la introdujo en una caballeriza, donde comió contenta mientras él la ordeñaba. Con un cubo a medio llenar de leche tibia y espumosa, Reese regresó a la casa, donde dos gatos aparecieron para maullar de forma imperiosa al olfatear la leche.

-Largaos -les dijo-. Id a cazar un ratón.

Madelyn ya sabía lo que tenía que hacer. Sacó las jarras estériles que había visto en su primer recorrido por la cocina y encontró una tela para colar. Él le dedicó una mirada extraña mientras sostenía la tela sobre la boca de la jarra para que él vertiera la leche.

-La abuela Lily solía hacer lo mismo -comentó con felicidad-. Nunca fui lo bastante fuerte para sostener el cubo y verter la leche, pero sabía que sería una adulta el día que ella me dejara servirla.

-¿Y llegó a hacerlo?

-No. Vendió la vaca el verano antes de que yo entrara en la universidad. Solo tenía una para surtirse de leche fresca, pero la zona ya empezaba a crecer y a perder sus rasgos rurales, de modo que se deshizo de ella.

Él dejó el cubo en el suelo y le quitó la tela.

-Entonces aquí tiene su oportunidad para volverse adulta. Viértala.

Una sonrisa soñadora apareció en los labios de Madelyn al levantar el cubo y verter con cuidado el líquido blanco y cremoso sobre la tela. El aroma cálido y dulce llenó la cocina. Cuando vació el cubo, lo dejó a un lado y dijo:

-Gracias. Como rito de iniciación, supera con creces conseguir el carné de conducir.

En esa ocasión sucedió. Los ojos de Reese se arrugaron y los labios esbozaron una media sonrisa. Madelyn sintió un movimiento interior que le indicó que estaba perdida.

Tres

-No hay mucha vida nocturna por aquí, pero hay una cervecería y una cafetería a unos. treinta kilómetros, si quieres ir a bailar.

-¿Te importaría mucho si nos quedáramos aquí? -Madelyn titubeó-. Tú debes de estar cansado, y sé que yo lo estoy. Preferiría levantar los pies y descansar.

Reese guardó silencio. No había esperado que se negara, y aunque estaba cansado, había anhelado tenerla en brazos mientras bailaban. Por otro lado, llevaba levantado desde las cuatro de la mañana, y la idea de relajarse en casa era como estar en el cielo. Lo duro sería relajarse con ella cerca.

-Podríamos jugar al Monopoly -dijo ella-. O a las cartas. Sé jugar al póquer, al veintiuno y al rummy.

-Por otro lado, pasan un partido de béisbol en la televisión.

Se recostó en el sofá y apoyó los pies sobre la mesita de centro. El silencio que reinó entre ellos fue un poco incómodo. Madelyn se levantó y le sonrió.

-Te dejaré con tu partido de béisbol, si no te importa. Quiero sentarme en la hamaca del porche y escuchar el sonido de las ranas y los grillos.

Reese la observó irse de la habitación con un contoneo de caderas. Pasado un minuto oyó el rechinar de las cadenas cuando se sentó y comenzó a balancearse. Encendió el televisor y

llegó a mirar un poco del partido, pero tenía la mente en el crujido rítmico. Apagó el aparato.
Madelyn había estado balanceándose y soñando con los ojos cerrados, pero los abrió al oír el ruido de la mosquitera y luego el de las botas en el porche. Él se detuvo a un metro y apoyó el hombro en uno de los postes del porche.
Encendió el mechero y luego la punta del cigarrillo brilló al comenzar a arder. Madelyn observó su oscura silueta, deseando tener el derecho de levantarse y acercarse a él, de rodearle la cintura con los brazos y apoyar la cabeza en el hombro. Cuando él no habló, volvió a cerrar los ojos y comenzó a flotar en la apacible oscuridad. La noche primaveral era cómoda y las criaturas nocturnas se dedicaban a sus rutinas. Ese era el tipo de vida que quería, próxima a la tierra, donde la serenidad se podía extraer de la naturaleza.
-¿Por qué contestaste el anuncio?
Pasaron unos segundos antes de que Madelyn abriera los ojos y respondiera.
-Supongo que por el mismo motivo por el que tú lo pusiste. En parte por curiosidad, lo admito, pero yo también quiero casarme y tener una familia.
-Para ello no necesitas venir hasta aquí.
-Quizá sí -dijo absolutamente en serio.
-¿Es que no tienes pretendientes en Nueva York?
-Tengo amigos, sí, pero ninguno con quien salga en serio, nadie con quien quiera casarme. Y no creo que desee vivir en Nueva York. Este lugar es maravilloso.
-Has visto la mejor de sus facetas. En invierno es un infierno congelado. Todos los lugares tienen sus inconvenientes.
-Y sus ventajas. Si no creyeras que lo positivo supera lo negativo, no estarías aquí.
-Yo crecí aquí. Este es mi hogar. Los esquimales también están unidos a sus hogares, pero yo no viviría allí.
Madelyn giró la cabeza para contemplar la noche; percibía lo que se avecinaba y deseaba, rezaba, que él no lo dijera.
-Madelyn. Tú no encajas aquí.
-¿De modo que la visita ha sido un fracaso? -con el pie derecho siguió manteniendo el ritmo de la hamaca.
-Sí.
-¿Aun cuando te sientes atraído por mí? -en la oscuridad, podía ser más atrevida que en otras circunstancias normales.
-La chispa funciona en ambos sentidos -apagó el cigarrillo con el tacón de la bota y lo echó lejos del patio.
-Sí. ¿Por qué no soy adecuada para tus propósitos?
-Eres muy apropiada para los propósitos de la cama -expuso con tono sombrío-.
Me gustaría llevarte allí ahora mismo. Pero fuera de la cama... no. No servirías.
-Por favor, explícate. Me gusta entender por qué me rechazan.
De pronto él se apartó del poste y se sentó junto a ella en la hamaca. Con un pie controló el movimiento y comenzó a llevar el suave vaivén.
-He estado casado, durante dos años. En muchos sentidos, eres como mi primera mujer. Era una persona de ciudad. Le gustaba el entretenimiento y la variedad de la gran ciudad. Nunca antes había estado en un rancho, y lo consideraba romántico, como una película... hasta que se dio cuenta de que casi todo el tiempo un ranchero lo dedica al trabajo en vez de a la diversión. Ya empezó a sentirse inquieta antes de la llegada del invierno, y esa fue la gota que colmó el vaso. Nuestro segundo año fue un puro infierno.
-No me juzgues por otra persona, Reese Duncan. Porque a una mujer no le gustara, no significa que a otra no vaya a gustarle.
-Un hombre que no aprende de sus errores es un necio. Cuando vuelva a casarme, será con una mujer que sepa lo que es la vida en un rancho, que sea capaz de trabajar conmigo. No volveré a poner en peligro el rancho.
-¿A qué te refieres?

Librodot

-Este rancho en una ocasión fue uno de los más grandes y mejores. Mirando a tu alrededor puedes ver que solía ser mucho más que lo que es ahora. Tenía los dos mejores toros de cría de cuatro estados, un excelente programa de inseminación, más de cuatro mil cabezas de ganado y cincuenta personas que trabajaban para mí. Entonces me divorcié -apoyó el brazo en el respaldo de la hamaca y continuó con voz amarga-: La familia de April tenía mucha influencia con el juez. Convino que dos años siendo mi mujer le daban derecho a la mitad de mis bienes, pero ella fue tan dulce como para decidir que una suma en efectivo sería lo mejor. Estuve a punto de quedar en bancarrota. Tuve que liquidar casi todo para pagarle. Vendí tierras que llevaban con mi familia más de cien años. Eso fue hace siete años. Desde entonces me he estado partiendo la espalda para tratar de mantener este lugar en marcha, y este año parece que al fin volveré a ver beneficios. Quiero hijos, alguien a quien legarle el rancho, pero esta vez elegiré mejor a mi mujer.
Ella estaba consternada por sus circunstancias, pero respondió con sequedad:
-¿Y qué me dices del amor? ¿Entra en tus planes?
-No -respondió sin rodeos.
-¿Y si tu mujer quiere más?
-No pienso contarle una historia bonita. Desde el principio conocerá mi postura. Pero seré un buen marido. No me descarrío ni trato mal a las mujeres. Lo único que pido de una esposa es fidelidad, competencia y los mismos valores que tengo yo.
-Y que esté dispuesta a ser una yegua de crianza.
-Eso también -convino.
La decepción que experimentó fue como un cuchillada en el vientre. El iba a casarse con otra. Apartó la vista de Reese y hurgó en su interior en busca del control que necesitaba.
-Entonces te deseo suerte. Espero que esta vez tengas un matrimonio feliz. ¿Tienes más solicitantes?
-Dos más. Si alguna de ellas está interesada en la vida en un rancho, probablemente le pediré que se case conmigo.
Lo tenía tan bien planeado como una transacción comercial. Madelyn podría haber llorado por semejante desperdicio de pasión, pero se aferró a su ecuanimidad. Lo único que podía hacer en ese momento era controlar las pérdidas y tratar de olvidarlo.
La oscuridad ocultó la expresión desolada de sus ojos.
-Un conejo puede correr tanto como un caballo de carreras... durante una breve distancia, desde luego.

El viaje de vuelta a Billings lo hizo en silencio a la mañana siguiente. La noche había terminado bien, pero Madelyn había notado la tensión en la forma de una noche en vela. No podía soportar la idea de no volver a verlo más, pero así eran las cosas y estaba decidida a guardarse su dolor para sí misma. No ganaría nada llorando, a pesar de que era lo que tenía ganas de hacer.
Él también parecía cansado.
-Lamento causarte tantos contratiempos por llevarme de vuelta.
Él la miró antes de centrar otra vez la atención en la carretera.
-Tú también hiciste un viaje en vano.
Cuando llegaron al aeropuerto, faltaba media hora para que su vuelo despegara. Él lo había sincronizado bien. Madelyn no iba con prisas, pero tampoco sobraba el tiempo para una despedida prolongada.
-No hace falta que aparques -le dijo-. Me bajaré aquí.
Volvió a mirarla, pero en esa ocasión con una extraña furia. No habló, pero aparcó y rodeó el vehículo para ir a abrirle la puerta. Ella saltó con rapidez antes de que él pudiera bajarla por la cintura.
Reese tenía una expresión seria al apoyar la mano en la espalda de ella y conducirla a la

terminal. Al menos la falda que Madelyn llevaba ese día era amplia y le permitía moverse con libertad, pero el modo en que oscilaba en torno a sus piernas lo volvía igual de loco que la falda ceñida. No paraba de pensar que esa sería más fácil de apartar del camino.
Al llegar a la puerta de embarque, por la megafonía sonó la llamada de ella. Se volvió con una sonrisa que le costó más de lo que podía permitirse y extendió la mano.
-Adiós, Reese. Te deseo suerte.
Él le tomó la mano, sintiendo la suave textura de sus dedos en contraste con la palma endurecida y con callos de su mano. Sería así de suave y sedosa por todo el cuerpo, y por eso la enviaba lejos de él. Al ver esos labios entreabiertos, el apetito lo dominó como una marea desbocada, derribando barreras y llevándose cualquier oposicion.
-He de probarte -dijo en voz baja y dura-. Una vez -le rodeó la cintura, la pegó a él y bajó la cabeza.
No fue un beso cortés de despedida. Fue apasionado y profundo. Reese tenía la boca ardiente y salvaje, con sabor a tabaco y a sí mismo. Madelyn le rodeó el cuello y aguantó, porque las piernas se le habían aflojado. La fuerza de la boca de Reese le abrió los labios y la tomó con la lengua. La mantuvo contra él con dolorosa presión, aplastándole los pechos y acomodándole la pelvis contra la protuberancia dura y palpitante de su virilidad.
Vagamente ella oyó a otras,personas a su alrededor. No le importó. El le hacía el amor con la boca, excitándola, complaciéndola, consumiéndola. La besaba con toda la sensualidad ardiente que había percibido en él la primera noche.
No solo le dio la bienvenida a la invasión de su lengua, sino que salió a su encuentro y le hizo el amor con la misma determinación que empleaba él. Reese tembló y durante un segundo la apretó con tanta fuerza que Madelyn gimió en su boca. Al instante se apartaron y él alzó la cabeza.
Respirando con rapidez, a meros centímetros de distancia, se miraron. La expresión de él era dura y sensual, los ojos dilatados por la excitación, los labios aún brillando por la humedad del beso. Iba a volver a besarla cuando la segunda llamada que anunció el vuelo de Madelyn lo detuvo e hizo que la soltara despacio.
Todo el cuerpo de ella lo anhelaba. Aguardó, con la esperanza de que él pronunciara las palabras que la retuvieran allí.
-Será mejor que te vayas -fue lo que dijo Reese-. O perderás tu vuelo.
Ella no pudo hablar. Asintió y se alejó con piernas temblorosas. No miró atrás. Era de mala educación que una mujer adulta aullara como un bebé, y eso temía hacer si cedía a la necesidad de verlo aunque solo fuera una fracción de segundo.
Había bajado del avión en Billings sintiéndose segura y llena de vida. Veinticuatro horas después se marchaba sintiéndose destrozada.

Robert fue a recibirla al aeropuerto de Nueva York, lo que informó a Madelyn de lo preocupado que había estado. Le ofreció una parodia de sonrisa y vio cómo de inmediato él leía la angustia que la embargaba. La sonrisa se desvaneció y se arrojó a sus brazos. No lloró, pero el pecho se le agitó de forma convulsiva mientras luchaba por el control.
-Lo mataré -musitó Robert con tono gentil.
Madelyn movió la cabeza y respiró hondo para poder hablar.
-Fue un perfecto caballero. Es un hombre muy trabajador y pragmático, y dijo que yo no era apropiada para el puesto.
Él la acunó con gentileza.
-¿Y eso le hizo daño a tu ego?
Ella alzó la cabeza y en esa ocasión logró sonreír de verdad, aunque de forma trémula.
-No, creo que logró romperme el corazón.
Robert la estudió.
-Uno no se enamora en un día.

-A veces no, otras sí. Él no sintió lo mismo, algo con lo que tendré que vivir.
-Quizá es lo mejor -con un brazo sobre sus hombros, la guió hacia la salida-. Lo he investigado... Sé que me pediste que no lo hiciera -añadió con cautela al ver la expresión amenazadora que le lanzó-. Pero sería un hombre duro para cualquier mujer que quisiera vivir con él. Está comprensiblemente amargado por el dictamen de su divorcio...
-Lo sé. Me lo contó.
-Entonces sabes que cualquier mujer que se case con él sufrirá un matrimonio frío. Aún tiene un montón de ira en su interior.
-Vi el rancho. Tiene motivos para estar enfadado.
-Su ex mujer y la familia de esta lo limpiaron. He tratado con ellos... con cautela. Tienes que moverte con cuidado cuando entras en un estanque con barracudas.
-Si puedes, por favor, me gustaría que los arruinaras financieramente -dijo como quien pide otra copa de champán.
-Eso no le devolverá a él lo que ha perdido.
-No, pero soy lo suficientemente vengativa que deseo que reciban lo que se merecen.
-No tienes ni un solo hueso vengativo en tu cuerpo.
-Sí lo tengo -afirmó con el mismo tono gentil que Robert empleaba a veces, el que hacía que la gente inteligente diera marcha atrás.
Él le dio un beso en el pelo y la acercó aún más.
-¿Qué vas a hacer ahora?
-Seguir adelante, supongo -se encogió de hombros-. No hay otra cosa que pueda hacer.
Robert la miró y admiró su resistencia. Madelyn era una luchadora; siempre seguía adelante. A veces necesitaba una muleta durante un tiempo, pero al final volvía a erguirse y continuaba por sus propios medios. Reese Duncan debía ser muy hombre para haber surtido ese efecto en ella.

Dos semanas más tarde. Reese subió a la furgoneta después de llevar a su última visitante, Juliet Johnson, hasta la parada del autobús. Maldijo y aporreó el volante, luego encendió un cigarrillo y comenzó a fumar con gesto veloz y furioso.
Todo había sido una maldita pérdida de tiempo y dinero. La maestra de escuela, Dale Quillan, le había echado un buen vistazo al aislamiento del rancho y con educación le había dicho que no estaba interesada. Por otro lado, la señorita Johnson había estado dispuesta a aceptar el puesto, pero no fue capaz de hacerle la oferta. Era la mujer más agria que jamás había conocido, carente de humor y desaprobando casi todo lo que veía. La había imaginado como una mujer orientada hacia la familia, ya que había sacrificado su vida para cuidar de su madre inválida, pero en ese momento imaginaba que había sido más una cruz que una bendición para la pobre mujer. Lo había informado con sequedad de que estaría dispuesta a desempeñar sus deberes con él una vez que su relación quedara santificada por el matrimonio, aunque esperaba que no esperara muchas fantasías, ya que no creía en eso.
Tres solicitantes. Una a la que no quería, otra que no lo quería a él y la otra inapropiada para el trabajo. Madelyn. Piernas largas y hermosas. Cabello rubio y sedoso y profundos ojos grises. Una boca suave y un sabor como miel. ¿Qué le haría la vida en un rancho a alguien tan elegante y poco preparado?
Pero había pasado dos semanas deshaciendo la cama por la noche porque su cuerpo frustrado no lo dejaba dormir, y cuando al fin lo conseguía, soñaba con ella y despertaba en un estado aún peor que cuando se había quedado dormido. Le dolía la entrepierna, estaba de malhumor y fumaba el doble de lo habitual. Maldita fuera por ser más de lo que deseaba o podía permitirse.
Se había aferrado a él y lo había besado con una respuesta tan encendida que aquella noche le había sido imposible dormir, pero se había alejado de él sin siquiera mirar atrás. Si hubiera girado aunque fuera una sola vez, si hubiera mostrado la más mínima renuencia a marcharse,

podría haberse ablandado y haberle pedido que se quedara, pero ella no lo había hecho. Incluso le había deseado buena suerte para encontrar mujer. No parecía que su rechazo la hubiera herido demasiado.
La habría retenido. Casi lo enloquecía saber que se habría quedado si se lo hubiera pedido, que ya podrían estar casados. Yacería debajo de él todas las noches, y la cama podría deshacerse, pero no por frustración.
No. Era demasiado parecida a April. Si alguna vez dejaba que le pusiera las zarpas encima, lo desgarraría incluso peor que hizo su ex mujer, porque incluso al principio no había anhelado tener a April tanto como deseaba a Madelyn.
Apagó el cigarrillo y encendió otro, sintiendo que el humo le quemaba la garganta y los pulmones.
Bajó de la furgoneta y se dirigió a una cabina telefónica. Una llamada a Información le consiguió su número. Probablemente fuera otra pérdida de tiempo; a esa hora del día estaría en el trabajo, pero lo dominaba una urgencia que lo molestaba pero que era incapaz de resistir. Marcó y una operadora le dijo las monedas que necesitaba introducir. Sacó cambio del bolsillo y maldijo al ver que no tenía suficientes monedas.
-Señor, por favor, deposite la cantidad correcta.
-Un minuto -sacó la cartera y buscó entre los papeles hasta que encontró la tarjeta de crédito telefónico y le leyó el número de cuenta a la operadora. No la había utilizado en siete años, así que rezó para que aún fuera operativa.
Gracias -dijo la operadora, y Reese oyó los bips electrónicos mientras pasaba la llamada.
Sonó tres veces, luego esa voz cálida y un poco ronca dijo:
-Hola.
-Madelyn.
-Sí -repuso pasada una pausa-. ¿Reese?
-Sí -calló al pasar un camión y aguardó hasta que pudo volver a oír-. Ya has estado aquí y has visto cómo es. ¿Estás dispuesta a casarte conmigo?
La pausa en esa ocasión fue más prolongada. Al final ella respondió:
-¿Las otras dos no funcionaron?
-No. ¿Cuál es tu respuesta?
-Sí -dijo con calma.
El cerró los ojos a medida que la tensión casi intolerable se mitigaba. Dios, podía estar cometiendo el mismo error que había cometido con April, pero debía tenerla.
-Tendrás que firmar un acuerdo prenupcial, aceptando abandonar todos los derechos sobre la propiedad que poseo antes del matrimonio y renunciando a cualquier derecho a pensión o a una suma global en caso de divorcio.
-De acuerdo. Es un acuerdo mutuo, ¿verdad? ¿Lo tuyo sigue siendo tuyo y lo mío sigue siendo mío?
-Desde luego -repuso irritado. -Entonces, perfecto.
-Quiero un certificado médico sobre tu estado de salud.
-Muy bien. Yo también quiero uno de tu médico.
La irritación amenazó con convertirse en furia, pero la controló. Ella tenía tanto derecho a estar tranquila con respecto a su salud como él de exigírselo. Las enfermedades de transmisión sexual no se detenían en la frontera de Montana, y el SIDA no era la única preocupación que debería tener la gente.
-Quiero que la boda se celebre en dos semanas. ¿Cuándo puedes venir aquí?
-¿De cuánto es el período de espera?
-Me parece que de cinco días. He de comprobarlo. ¿Puedes venir la semana próxima?
-Creo que sí. Dame tu número y te llamaré.
Lo recitó; luego el silencio crepitó en la línea.
-Nos veremos la semana próxima -dijo él.
-Sí -convino ella tras otra pausa-. Nos veremos entonces. Adiós.

Se despidió y colgó, luego se apoyó contra la cabina con los ojos cerrados. Lo había hecho. Le había pedido que se casara con él en contra de lo que dictaba el sentido común, aunque en esa ocasión se protegería a sí mismo y al rancho. La tendría, pero la mantendría a raya y todos los documentos legales pondrían el rancho a buen resguardo.
Al regresar a la furgoneta, pasó junto a una papelera y, sin darse tiempo para pensar, arrojó la cajetilla de cigarrillos. Aún maldecía al subir al vehículo y arrancarlo. Durante unos días iba a estar con un humor como para luchar con osos pardos.

Madelyn colgó lentamente, aturdida por la conmoción. No podía creer que la hubiera llamado. No podía creer que le hubiera dicho que se casaría con él. No podía creerse nada de la conversación que habían mantenido. Debía ser la declaración menos romántica, más profesional e insultante de la historia. Y aun así había dicho que sí. ¡Sí! ¡Mil veces sí!
Tenía que estar en Montana en una semana. Debía hacer mil cosas: las maletas, cerrar el apartamento, despedirse de todos sus amigos... y someterse a un examen físico, desde luego. Pero lo único que podía hacer en ese momento era permanecer sentada con la cabeza dándole vueltas.
Tenía que ser práctica. Era obvio que Reese no le daba muchas oportunidades al matrimonio, a pesar de que iba a casarse por sus propios motivos. Se preguntó por qué no habrían funcionado las otras dos, ya que él había insistido en que ella no daba la talla. Pero sabía que la deseaba, ya que no había olvidado el beso en el aeropuerto y el modo en que la había mirado. Y ella también lo deseaba, más de lo que había pensado que podía ser posible desear a un hombre, tanto física como emocionalmente, pero, ¿bastaba eso para mantener unida una relación una vez que se enfrentaran al trato diario que acarreaba el matrimonio? ¿Lo amaría todavía cuando se resfriara y estuviera hosco, o le gritara por algo que no fuera su culpa? ¿La desearía todavía él cuando la viera sin maquillaje y recién levantada, con el pelo revuelto o cuando también se encontrara de malhumor?
Y ya que estaba en ello, le pediría al médico que le recetara la píldora anticonceptiva. Si todo salía bien y decidían tener hijos, sería fácil dejar de tomarla, pero resultaría un desastre si se quedara embarazada de inmediato y el matrimonio salía mal. Era algo que ya habría discutido con Reese si su situación hubiera sido normal, aunque nada entre ellos era normal.
Iba a realizar un cambio completo en su vida y no sabía qué comida le gustaba a él o cuál era su color favorito, ni cómo reaccionaría ante cualquier situación determinada; lo única que de verdad sabía sobre él era que le provocaba una respuesta más intensa que ningún hombre que hubiera conocido. Decididamente seguía los dictados de su corazón y no los de su cabeza.
Reese querría que la ceremonia nupcial fuera lo más sencilla posible, ante un juez o un juez de paz. Eso no le importaba, pero decidió que Robert y su amiga Christine estuvieran presentes. Serían ellos. los testigos, y no dos desconocidos.
Tal como había -esperado, Robert se mostró menos que entusiasmado por la noticia.
-Sé que te cautivó, pero, ¿no deberías darle más tiempo? Lo has visto solo una vez. ¿O llegaste a conocerlo realmente bien durante ese encuentro?
-Te dije que fue un perfecto caballero.
-Ah, ¿y tú fuiste una perfecta dama?
-Yo soy buena en todo lo que hago, aunque jamás he afirmado ser perfecta.
-Estás decidida a tener a ese hombre,
¿verdad? -se adelantó y le pellizcó la mejilla.
-Me ha dado esta oportunidad, y la voy a tomar antes de que cambie de parecer. Oh, sí, nos vamos a casar, aunque tenga que secuestrarlo.
-Le espera una buena sorpresa -musitó Robert-. ¿Conoce esa terquedad de bulldog que escondes detrás de tu fachada amable?
-Claro que no. La conocerá a su debido momento, después de que nos hayamos casado -esbozó su sonrisa dulce.

-Bueno, ¿cuándo lo voy a conocer?
-El día de la boda, probablemente. No importa lo que tengas programado, espero que lo dejes todo y subas a un avión cuando te llame.
-No me lo perdería.
Christine se mostró aún menos entusiasmada.
-¿Qué sabes de la vida en un rancho? -preguntó con tono ominoso-. Nada. No hay cines, ni vecinos, ni teatros, ni óperas, ni conciertos.
-Tampoco polución, ni tendré que poner seis cerraduras distintas en mi puerta cuando salga, ni me robarán cuando vaya de compras.
-Jamás te han robado.
-Pero siempre existe la posibilidad. Conozco gente a la que le han robado varias veces.
-Existe la posibilidad de un montón de cosas. Es posible incluso que yo me case un día, pero no espero con el aliento contenido. Esa no es la cuestión. De verdad que no tienes ni idea de cómo es la vida en un rancho. Al menos hazte alguna idea. Es una vida dura y solitaria, y tú no eres una persona aislada.
-Todo lo contrario, mi querida amiga. Me siento igual de contenta conmigo misma que rodeada de gente. Si tuviera que vivir en las planicies mongolas para estar con él, lo haría.
-Santo cielo -Christine se mostró asombrada-. ¡Estás enamorada !
-Por supuesto -Madelyn asintió-. ¿Por qué otro motivo iba a casarme con él?
-Bueno, eso explica la súbita locura. ¿El siente lo mismo?
-Aún no. Voy a tener que esforzarme al máximo para convencerlo.
-¿Sería una pérdida de aliento señalar que por lo general eso surge antes de dar el «sí, quiero»?
Madelyn frunció los labios y reflexionó.
-Sí. Voy a casarme. Me gustaría que estuvieras presente.
-¡Por supuesto que iré ! Nada me lo impediría. He de conocer a ese parangón de virtudes masculinas.
-Jamás he dicho que fuera virtuoso.
Entendiéndose, se miraron y sonrieron.

Cuatro

Doce días más tarde se casaban en Billings. Madelyn se hallaba exhausta el día de la boda, que se llevó a cabo en la sala del juez. Desde la llamada de Reese cada noche había dormido unas pocas horas, porque había necesitado mucho tiempo para guardar toda una vida de pertenencias, elegir y descartar cosas. También se había hecho el análisis médico y le había transmitido los resultados a Reese, y no le sorprendió recibir al día siguiente por correo expreso la analítica de él.
Había enviado al rancho numerosas cajas con libros, álbumes, cintas, CDs, el equipo estéreo y la ropa de invierno, preguntándose qué diría Reese al ver que su hogar era invadido por la parafernalia de una desconocida. Pero las veces que habló por teléfono con él, no se lo había mencionado. Antes de darse cuenta, Madelyn volvió a volar a Billings, pero en esa ocasión para no regresar.
Reese no la besó cuando fue a recibirla al aeropuerto, y eso la alegró. Estaba cansada y nerviosa y comenzaba a experimentar las primeras dudas. Por la expresión de la cara de él, cuando empezara a besarla otra vez, no tenía intención de parar, y Madelyn no se hallaba preparada para eso. Pero el corazón le dio un vuelco al verlo, reafirmándole que hacía lo correcto.
Pensaba quedarse en un motel en Billings durante los cinco días que faltaban para la boda; Reese la miró ceñudo cuando le contó sus planes.
-No tiene sentido pagar un motel cuando puedes estar en el rancho.

-Sí que lo tiene. Primero, casi toda mi ropa de Nueva York aquí no me sirve y permanecerá en las maletas. He de comprarme prendas para Montana: vaqueros, botas y cosas por el estilo. No tiene sentido realizar un viaje adicional más adelante para comprarlas cuando ya estoy aquí.
Además, ahora no pienso quedarme sola contigo, y tú sabes la causa.
Le ciñó la cintura con las manos y la pegó a él. Entrecerró los ojos.
-Porque te tendría debajo de mí apenas entrar en la casa.
-Sí. No estoy lista para iniciar esa parte de nuestra relación. Me encuentro cansada, nerviosa y realmente no nos conocemos tan bien...
-Nos vamos a casar en cinco días. No vamos a conocernos mucho mejor entonces, pero no planeo pasar la noche de bodas solo.
-No lo harás -susurró Madelyn.
-¿De modo que una de las condiciones para llevarte a la cama es ponerte primero un anillo en el dedo? -su voz adquirió un tono áspero.
Estaba enfadado y ella no quería que lo estuviera; solo quería que lo entendiera.
-Eso no es todo. Si la boda se celebrara dentro de dos meses, estoy segura de que nosotros... haríamos el amor antes de la ceremonia, pero no será así. Solo te pido un poco de tiempo para descansar y recuperarme.
Él la estudió y notó las ojeras y la palidez de su piel. Había desarraigado toda su vida en una semana y la tensión emocional debía ser tan agotadora como el trabajo físico.
-Entonces duerme -dijo con voz profunda-. Descansa mucho, cariño. Lo necesitarás. Puedo esperar cinco días... a duras penas.
Ella durmió, pero la tensión emocional seguía pasándole factura. Iba a casarse; se dijo que era natural estar nerviosa.
Cuando firmaron el acuerdo prenupcial en el bufete del abogado, fue otro día de tensión. Reese estaba de malhumor al pasar a recogerla por el motel, de modo que realizaron el trayecto en silencio. Madelyn no consideró que fuera un buen augurio para su matrimonio.
El acuerdo era breve y de fácil comprensión. En caso de divorcio, ambos mantenían las propiedades y bienes que tenían con anterioridad al matrimonio, y Madelyn renunció a todos los derechos a pensión en cualquiera de sus formas. Sin embargo, se opuso a la condición de que él retenía la custodia de algún hijo que pudieran tener de su unión.
-No -expuso con rotundidad-. No renuncio a mis hijos.
Reese se recostó en el sillón y le lanzó una mirada que habría derretido metal.
-No vas a quitarme a mis hijos.
-Tranquilos -aplacó el abogado-. Todo esto es hipotético. Ambos hablan como si un divorcio fuera inevitable, y si ese es el caso, les sugeriría que no se casen. Las estadísticas indican que la mitad de los matrimonios nuevos terminan en divorcio, pero eso significa que la mitad no. Bien puede que estén casados el resto de sus vidas, y que de todos modos no haya hijos.
Madelyn no le prestó atención. Tenía la vista clavada en Reese.
-No pretendo quitarte a nuestros hijos, pero tampoco pienso renunciar a ellos. Creo que deberíamos compartir la custodia, porque los niños necesitan a ambos padres. No intentes hacerme pagar por lo que hizo April -advirtió.
-Pero querrías que vivieran contigo.
-Sí, lo mismo que lo querrías tú. No vamos a cambiar eso con una negociación. Si nos llegamos a divorciar, jamás intentaría volver a nuestros hijos en tu contra, ni me los llevaría fuera de esta zona, pero es algo que tendrás que aceptar como una cuestión de confianza, porque no pienso firmar ningún papel que ponga que renuncio a mis hijos.
Reese notó que había ocasiones en que esos somnolientos ojos grises podían volverse agudos y penetrantes. Solo le faltaba mostrarle los dientes. Al parecer había cosas que le importaban lo suficiente como para sacarla de su habitual divertimento perezoso, y era extrañamente tranquilizador que el tema de sus hijos, a pesar de ser hipotéticos, fuera uno de ellos. Madelyn no solo daba la impresión de desear tener hijos, sino que estaba dispuesta a luchar por ellos

incluso antes de que existieran.
-De acuerdo -aceptó al final-. Quite esa cláusula del acuerdo -le dijo al abogado-. Si hay un divorcio, ya lo solucionaremos entonces.
Madelyn se sentía exhausta cuando salieron del bufete. Hasta entonces, no había comprendido la profundidad de la amargura de Reese. Estaba tan decidido a no permitir que otra mujer cobrara ventaja sobre él, que quizá le resultara imposible llegar hasta su centro. Comprender que tal vez librara una batalla perdida le encorvó los hombros.
-¿Cuándo van a llegar tu hermanastro y tu mejor amiga? -preguntó con sequedad.
Madelyn ya había entendido por qué no le había gustado la idea de que Robert y Christine estuvieran en la boda, ya que entonces haría que pareciera más una ceremonia real que una transacción de negocios.
-El día antes de la boda. No podrán quedarse luego, de modo que la noche anterior iremos a un restaurante. Podrás venir, ¿verdad?
-No. No hay nadie que alimente a los animales antes de cerrar el día. Aunque me marchara inmediatamente después, es casi un trayecto de tres horas, de modo que no tiene sentido.
Se sintió turbada. Debería haber pensado en el largo viaje y en lo duramente que él tenía que trabajar. Otra señal de lo mucho que debía aprender sobre un rancho.
-Lo siento, debí haberlo imaginado. Llamaré a Robert...
-No hay razón para que lo canceles porque yo no pueda estar -la interrumpió-. Sal con ellos y disfruta. Una vez casados, no vamos a tener muchas posibilidades de salir a cenar fuera.
Si había esperado que reaccionara horrorizada por esa noticia, sufrió una decepción. Ella ya había pensado en ello y no le importaba. Pretendía ser su compañera en la reconstrucción del rancho; tal vez cuando volviera a ser próspero, Reese pudiera soltar parte de su amargura. Contenta prescindiría de comer en restaurantes para conseguir eso.
-Si estás seguro...
-Lo he dicho, ¿no? -espetó.
Ella se detuvo y plantó las manos en las caderas.
-¡Me gustaría saber qué te pasa! He visto a hombres con problemas de próstata y a mujeres con cáncer de mama que tenían menos crispación que tú.
-¡Te diré lo que me pasa! bramó-. ¡Intento dejar de fumar! --entonces avanzó con paso irritado hacia la furgoneta, dejándola allí de pie.
Madelyn parpadeó y lentamente en su cara apareció una sonrisa. Fue hacia el vehículo y subió.
-Bueno, ¿estás con instintos homicidas o solo irritable como un buey herido?
-Un término intermedio -respondió con los dientes apretados.
-¿Puedo hacer algo para ayudarte?
-No se trata solo de los cigarrillos -anunció con mirada intensa-. Quítate las medias y enrosca las piernas a mi alrededor y te lo demostraré.
Ella no quería negárselo. Lo amaba y él la necesitaba, aunque se tratara únicamente de una forma sexual. Pero no quería que su primera vez fuera una cópula precipitada en una habitación de motel, menos cuando ella aún estaba nerviosa por el estrés y él irritable por la falta de nicotina.
Reese vio la respuesta en sus ojos y maldijo mientras se pasaba la mano por la nuca.
-Son solo dos malditos días.
-Para los dos -miró por la ventanilla-. Reconozco que intento retrasarlo. Estoy nerviosa.
-¿Por qué? No abuso de las mujeres. Si la primera vez no tengo el control necesario, lo tendré la segunda. No te haré daño Maddie, y me aseguraré de que disfrutes.
-Lo sé -musitó-. Lo que pasa es que básicamente eres un desconocido.
-Muchas mujeres se van a la cama con hombres que acaban de conocer en un bar.
-Yo no.
-Es evidente que tampoco te vas a la cama con el hombre con el que te vas a casar.
-Eso es injusto y lo sabes -giró para mirarlo-, porque no vamos a casarnos en circunstancias

Librodot

normales. Si no vas a hacer más que ladrarme y presionarme para llevarme a la cama, quizá no deberíamos vernos hasta el día de la boda.
-Me parece una idea condenadamente buena -soltó.
De modo que ella pasó los últimos dos días antes de la boda sola, al menos hasta que llegaron Robert y Christine la tarde anterior. No había esperado que Reese fuera a verla todos los días a Billings, y no lo había hecho, salvo para ir a recibirla al aeropuerto e ir al bufete del abogado, pero la perturbaba que ya hubieran tenido una pelea. Si su matrimonio sobrevivía, daba la impresión de que iba a ser tempestuoso.
Cuando recibió a Robert y a Christine en el aeropuerto, su amiga miró en derredor con gesto impaciente.
-Bueno, ¿dónde esta?
-En el rancho, trabajando. No tiene a nadie que cuide de los animales, así que no vendrá esta noche.
Christine frunció el ceño, pero para sorpresa de Madelyn, Robert lo aceptó. Solo necesitó un minuto para darse cuenta de que, si había algo que Robert entendía, era anteponer el trabajo a todo lo demás.
Los abrazó a los dos al mismo tiempo.
-Me alegro tanto de que estéis aquí. ¿Cómo fue el vuelo?
-Estimulante -repuso Christine-. Nunca antes había viajado con el jefe. ¿Sabías que recibe tratamiento de alfombra roja?
-Exasperante -comentó Robert con suavidad-. Hace comentarios de listilla, igual que tú. No he dejado de oír esos comentarios en voz baja cada vez que se acercaba una auxiliar de vuelo.
-No es que se acercaran -explicó Christine-. Se detenían, se demoraban, se desmayaban.
-Típico -Madelyn asintió. Le agradaba que Christine no se sintiera intimidada por Robert, como le sucedía a mucha gente. Christine jamás se había mostrado tan familiar en la oficina, y de hecho dudaba de que los dos se hubieran visto alguna vez, pero en esa situación, él solo era el hermano de la novia y ella la mejor amiga de la novia, y lo había tratado como a tal. También indicaba algo sobre la urbanidad de Robert que Christine se sintiera relajada con él; cuando quería, su hermanastro podía convertir a las personas en piedra con su trato gélido.
Solo faltaba que a sus dos personas favoritas en el mundo les gustara el hombre al que amaba. Esperaba que por la mañana se hubiera recuperado de su ataque de nicotina.
Tomaron un taxi hasta el motel en el que ella se alojaba, donde Robert solicitó una habitación, pero Madelyn insistió en que Christine se quedara con ella en la suya.
Compartieron una cena agradable y se divirtieron, aunque Madelyn deseó que Reese hubiera estado presente. A las diez de la noche, Christine bostezaba abiertamente y señaló que en Nueva York era medianoche. Robert pidió la cuenta. Se lo veía tan fresco como aquella mañana,. aunque solía trabajar muchas horas y únicamente dormía cuatro horas por noche.
-¿Vas a dormir hoy? -le preguntó a Madelyn cuando regresaron al motel y notó sus ojeras.
-Probablemente, no, pero no creo que una novia deba dormir la noche antes de casarse.
-Cariño, es la noche del día en que se casa cuando se supone que no ha de dormir.
-Entonces tampoco -le frunció la nariz-. Estoy cansada, pero demasiado nerviosa para dormir. Llevo así desde que llamó.
-¿No albergas dudas?
-Sí, pero siempre concluyo con el hecho de que no puedo dejar pasar esta oportunidad.
-Siempre podrías postergarla.
Pensó en la impaciencia de Reese y movió la cabeza con ironía.
-No, no podría. Ni un día más.
Él la abrazó y apoyó la mejilla en su cabello.
-Entonces adelante, cariño. Pero si no funciona, no te castigues. Vuelve a casa.
-Gracias por la preocupación. Yo también te quiero.
Cuando entró en la habitación, Christine ya se metía en la cama. Madelyn recogió la almohada y la golpeó con ella.

-Esta noche no puedes dormir. Tienes que agarrarme la mano y mantenerme tranquila.
-Compra unas cervezas, emborráchate y vete a dormir -Christine bostezó.
-Tendría resaca el día de mi boda. Necesito simpatía, no alcohol.
-Lo más que te puedo ofrecer son dos aspirinas. Estoy demasiado cansada para ofrecer simpatía. Además, ¿por qué estás tan nerviosa? Quieres casarte con él, ¿no?
-Mucho. Espera hasta que lo veas, entonces lo entenderás.
-¿Intimida?
-Es muy... masculino..
-Ah.
-Comentario elocuente.
-¿Qué esperabas a las... -calló para mirar la hora-... a la una de la mañana? Unos sonetos de Shakespeare.
-Aquí solo son las once de la noche.
-Mi cuerpo puede estar aquí, pero mi espíritu sigue en el horario del este. Buenas noches, o buenos días, lo que sea.
Riendo, Madelyn dejó que Christine se desplomara. Ella misma se preparó para meterse en la cama, luego permaneció despierta casi hasta el amanecer, con el cuerpo y la mente tensos.

El vestido que había comprado para la boda era de diseño clásico, le llegaba casi hasta los tobillos, con encaje alrededor del bajo y el escote. Se recogió el pelo y se puso unas medias y zapatos blancos. Aunque iba a ser una ceremonia civil, estaba decidida a parecer una novia.
-Estás preciosa -dijo Christine, que también se veía magnífica con un vestido azul que hacía maravillas con su tez oliva-. Elegante, clásica y frágil.
Madelyn jamás había utilizado la palabra frágil para describirse, por lo que se volvió hacia Christine con incredulidad.
-No dije que tú fueras frágil, sino que lo parecías, aspecto que se supone que debes tener el día de tu boda.
-Tienes algunas ideas interesantes. Me conozco lo de algo prestado y algo azul, pero siempre pensé que una novia debía estar radiante, no frágil.
-Tonterías. Estar radiante es fácil. Un poco de colorete y ya está. La fragilidad cuesta más. Apuesto que dedicaste noches enteras a perfeccionarla.
Suspiró y se miró otra vez en el espejo.
-No pensé que se notara.
-¿Has dormido algo?
-Más o menos una hora.
-Se nota.
Cuando Reese llamó a la puerta, Madelyn se quedó paralizada. Sabía que era Reese y no Robert. El corazón le latió despacio y con fuerza al cruzar la estancia para ir a abrir.
Reese la observó, la expresión oculta por el sombrero Stetson gris de vestir. Con las botas puestas, medía más de un metro noventa y llenaba el umbral. A su espalda, Madelyn oyó el jadeo de Christine, pero él ni siquiera miró en su dirección; no apartaba los ojos de ella.
-¿Estás lista?
-Sí -susurró-. Todas las maletas están hechas.
-Las llevaré al coche.
Lucía un traje gris carbón a rayas con una camisa blanca inmaculada. Estaba arrebatador. Miró a Christine, que seguía sin respirar.
-Christine, te presento a Reese Duncan. Reese-, mi mejor amiga, Christine Rizzotto.
Reese le dedicó una sonrisa a medias y se llevó los dedos al ala del sombrero. -Es un placer conocerla, señora.
-Lo mismo digo -logró hablar, sin dejar de comérselo con la vista-, señor Duncan.
Él recogió las dos maletas de Madelyn, le hizo un gesto a Christine con la cabeza y se las

llevó. La otra soltó el aire contenido de forma sonora.
-Ese hombre es... poderoso jadeó-. Ahora lo entiendo.
Madelyn jugó con el collar de perlas que llevaba al cuello. El nerviosismo empezaba a regresar. Los ojos claros de Robert se mostraron ecuánimes al serle presentado Reese. Se mostraron educados el uno con el otro. Madelyn no se había atrevido a esperar más. Sus personalidades eran demasiado fuertes como para permitir una camaradería fácil.
No fue hasta que todos estuvieron fuera del motel cuando ella asimiló las palabras de él y se volvió para mirarlo desconcertada.
-Dijiste que habías puesto las maletas en el coche. Tú no tienes coche.
-Ahora sí. Necesitarás algo en lo que moverte cuando yo salga con la furgoneta. No es nuevo, pero está en perfecto estado.
Se sintió abrumada y experimentó un nudo en la garganta. Era una ranchera Ford de color blanco, un vehículo útil para un rancho. Hacía años que no tenía coche, ya que en la ciudad no lo había necesitado. Estando tan justo de dinero, para Reese era un gran gesto.
El juez los esperaba en su sala. Madelyn abrió el bolso y extrajo el anillo que había comprado para Reese, pasándoselo por el dedo y cerrando la mano para mantenerlo en su sitio. El juez la vio hacerlo y sonrió. Christine le quitó el bolso y, después de carraspear dos veces, el juez comenzó.
Tenía las manos frías. Reese le sostenía la izquierda, y cuando la sintió temblar, le rodeó la cintura con el brazo. Él repitió los votos con voz firme. Madelyn se enteró de que su primer nombre era Gideon, algo que desconocía. Cuando llegó su turno, se sorprendió al oírse pronunciar los votos con igual serenidad. El le introdujo una simple alianza de oro en el dedo y el juez continuó. Reese se sobresaltó cuando oyó que el juez repetía la ceremonia del anillo y Madelyn le introducía uno en el dedo. Era una alianza sencilla, como la de ella, pero él no había esperado ninguna. Con anterioridad nunca había llevado una. Le parecía rara en la mano, una alianza fina que indicaba que estaba casado.
Luego la besó. Fue un simple contacto de los labios, porque no quería empezar a besarla en serio en ese momento. Estaba bajo control, y quería seguir de esa manera. Concluido, quedaron casados.
Madelyn iba en silencio mientras llevaban a Robert y a Christine al aeropuerto. Ya habían anunciado la salida de. su vuelo, de modo que apenas dispusieron de tiempo para un abrazo. Reese estrechó la mano de Robert, y los dos hombres intercambiaron una mirada muy masculina. Madelyn contuvo las lágrimas cuando Christine y Robert se volvieron para saludar con la mano justo antes de desaparecer de vista.
Estaban solos. Reese mantuvo el brazo en torno a la cintura de ella de regreso al coche.
-Das la impresión de estar a punto de derrumbarte -gruñó él.
-Puede que lo haga -se sentía ligera-. Nunca antes he estado casada. Pone de los nervios.
-¿Has comido algo hoy? -la ayudó a entrar en el coche. Ella movió la cabeza. Reese maldecía al ocupar el asiento del conductor-. No me extraña que estés tan temblorosa. Pararemos a comprar algo.
-Todavía no, por favor. Podemos parar más cerca de casa. Sigo demasiado nerviosa para comer algo.
Al final, terminaron yendo directamente al rancho. Reese subió las maletas a su dormitorio.
-Hay un vestidor -dijo, abriendo la puerta para mostrarle un espacio tan grande como una habitación pequeña-. Pero no empieces a sacar las cosas de la maleta ahora. Primero necesitas comer.
-He de cambiarme antes de ponerme a cocinar.
-Yo cocinaré -afirmó él.
Tampoco tuvo que cocinar mucho, ya que. preparó una sopa y unos sándwiches. Madelyn se obligó a comer medio sándwich y un cuenco con sopa. Todo parecía irreal. Estaba casada. En ese momento, el rancho era su hogar.
Reese subió a ponerse su ropa de trabajo. Día de bodas o no, había tareas que realizar.

Librodot

Madelyn recogió la cocina, luego subió a colgar su ropa nueva. El dormitorio de él era mucho más grande que el que ella había ocupado la primera vez, con un enorme cuarto de baño privado. La cama era tamaño gigante. Pensó en yacer allí con él y se sintió mareada.
Se hallaba otra vez en la cocina, vestida más apropiadamente con vaqueros y un jersey de manga corta cuando él entró, cansado y sucio.
-¿Tienes hambre otra vez? -preguntó Madelyn-. Puedo preparar algo rápido mientras te duchas.
-Que esta noche sean más sándwiches. Ahora mismo no estoy interesado en la comida -se desabrochaba la camisa mientras subía por las escaleras.
Los preparó y se sentó a la mesa con él, bebiendo un vaso de leche mientras comia.
-He de terminar con cierto papeleo -comentó él al acabar y llevar el plato al fregadero-. No tardaré mucho.
Ella lo entendió. Después de lavar unos pocos platos, subió a darse un baño. Acababa de salir del cuarto de baño, con la piel encendida por el calor húmedo, cuando Reese entró en el dormitorio.
Madelyn se detuvo y se mordió el labio al recibir la mirada abrasadora de él, que la observó de la cabeza a los pies, como si pudiera atravesar el camisón blanco de algodón. Se sentó en la cama y se quitó las botas, luego se levantó y se soltó la camisa del pantalón. No dejó de mirarla mientras la desabrochaba y se la quitaba.
Tenía el torso bronceado, musculoso y cubierto de un vello rizado y negro. La piel suave de sus hombros brilló al desabrocharse el cinturón y comenzar .a quitarse los vaqueros.
Madelyn respiró hondo y alzó la vista.
-Hay algo que debes saber.
Reese entrecerró los ojos. Ella estaba erguida como un palo, el pelo sobre los hombros. El camisón suelto y sin mangas no era nada comparado con, el de seda que se había puesto April, pero Madelyn no necesitaba seda para ser seductora. La sombra de sus pezones contra el algodón blanco era suficiente seducción. ¿Qué necesitaría decirle que la mantenía más tensa que una alambrada?
-No me cuentes que has decidido esperar otro par de noches -musitó él-, porque no podría aceptarlo. ¿Por qué estás tan nerviosa?
-Nunca antes he hecho esto -señaló la cama.
No pudo haber oído correctamente. Aturdido, se bajó la cremallera.
-¿Nunca antes has tenido sexo?
-No, y para ser sincera, tampoco albergo muchas expectativas. Te deseo y deseo intimidad entre nosotros, pero no espero disfrutar la primera vez -su mirada fue muy directa.
A él lo dominó una furia extraña.
-Maldita sea, Maddie, si eres virgen, ¿por qué no lo dijiste en vez de hacerte aquel análisis?
Ella pareció una reina arrogante.
-Primero, antes no estábamos casados.
Hasta que esta mañana te convertiste en mi marido, no era asunto tuyo. Segundo, no me habrías creído. Me crees ahora porque no tengo motivos para mentir, ya que vas a averiguar la verdad dentro de unos minutos -habló con fría dignidad, la cabeza erguida.
-Planeábamos casarnos.
-Y se podría haber cancelado.
Reese la miró en silencio. Una parte de e estaba aturdida y jubilosa. Ningún otro hombre la había tenido; era completamente suya. Era lo bastante egoísta, varón y primitivo como para alegrarse de que la penetración del himen de Madelyn sería su derecho. Pero otra parte de él se sentía decepcionado, porque eso cancelaba la noche le amor apasionado que había planeado vendría que ser un absoluto canalla para mostrarse tan insensible con ella.
Quizá fuera lo mejor. La tomaría con la máxima gentileza, pero no podría perder el control con ella. No se permitiría ahogarse en ella; simplemente consumaría el matrimonio lo más rápida y fácilmente que puliera y mantendría las distancias entre ellos. No quería ceder por

Librodot

completo al deseo fiero que ardía en su interior, solo quería aliviarse y mantenerla en el nicho que le había asignado. La deseaba demasiado; era una amenaza para él en todos los sentidos en los que había jurado que una mujer jamás volvería a serlo. Mientras pudiera mantener bajo control la pasión que ella le despertaba, Madelyn no sería capaz de quebrar sus defensas, de modo que solo se iba a permitir una sencilla cópula. No se demoraría ni se daría un banquete con ella tal como quería hacer.

Madelyn se forzó a no temblar cuando se acercó a ella. Románticamente, quería una noche de éxtasis. Pero la realidad era que esperaba mucho menos. Todo lo que habían compartido era un beso, y Reese se hallaba sexualmente frustrado, con el control tensado hasta el límite. Iba a abrir su cuerpo a un desconocido, y no podía evitar mostrarse aprensiva.

Él vio el modo casi imperceptible en que ella se tensó cuando se acercó y le metió la mano en el pelo.

-No debes tener miedo -murmuró-. No voy a saltar sobre ti como un toro -le alzó la cara para que no le quedara más remedio que mirarlo-. Puedo hacer que sea estupendo para ti, cariño.

-Preferiría que no lo intentaras -tragó saliva-, al menos no esta vez. Estoy demasiado nerviosa y quizá no funcionara, y entonces me sentiría decepcionada. Simplemente hazlo y acabemos de una vez.

El esbozó una leve sonrisa.

-Eso es lo último que una mujer debería decirle a un hombre -también era una medida del miedo que la dominaba-. Cuanto más lento sea, mejorara ti.

-A menos que sufra un ataque de nervios en el proceso.

No bromeaba. Empezaba a tener sentido. Una mujer que había llegado a los veintiocho años siendo aún virgen debía albergar serias reservas sobre la intimidad que quería tener con un hombre. El modo en que lo había besado lo había encendido, pero ese último paso no era uno que ella fuera a dar con facilidad.

La alzó en brazos y la depositó en la cama, luego apagó todas las luces excepto una lámpara. Madelyn habría preferido una oscuridad total, pero no dijo nada. No pudo dejar de mirar cuando él se quitó los vaqueros y se metió en la cama con ella. Ya había visto la desnudez masculina: en bebés y niños pequeños, en hombres en las revistas clínicas. Sabía cómo funcionaba el cuerpo masculino. Pero nunca antes había visto a un hombre completamente excitado, y así era como estaba Reese. Perdió la esperanza de sentir únicamente una leve incomodidad.

Era un hombre grande. Se inclinó sobre ella y se sintió abrumada por el poder musculoso de su cuerpo. Apenas podía respirar. Por su propia voluntad y acciones había llegado a esa situación, a estar en la cama con un hombre al que no conocía.

Él deslizó la mano por debajo del camisón y por su muslo. El acto le subió el camisón, desnudando más y más de su cuerpo hasta que lo tuvo plegado alrededor de la cintura y yació expuesta a él. Cerró los ojos con fuerza, preguntándose si sería capaz de seguir adelante.

Le quitó el camisón por completo. Ella tembló al sentirlo contra cada centímetro de su cuerpo desnudo.

-No será horrible -musitó Reese al darle un beso suave-. Me encargaré de ello.

Luego Madelyn sintió que cerraba la boca sobre un pezón, y el calor y la presión increíbles la hicieron gemir. Mantuvo los ojos cerrados mientras él le acariciaba y provocaba el cuerpo, hasta que poco a poco la tensión se mitigó y fue dócil bajo su exploración.

Reese deslizó la mano entre las piernas de ella y Madelyn se sobresaltó, el cuerpo tensándose otra vez, aun cuando separó los muslos y le permitió la intimidad. Los dedos largos de él separaron y acariciaron con delicadeza, tantearon para descubrir el grado de preparación de ella y la fuerza de su virginidad. Cuando introdujo el dedo, ella se encogió y giró la cabeza contra su hombro.

-Sss, está bien -murmuró con tono apaciguador. Se estiró para llegar hasta la mesita de noche y abrir el primer cajón para sacar el tubo de lubricante que había guardado allí antes. Ella volvió a encogerse al sentir la humedad fría cuando Reese introdujo otra vez el dedo y lo

movió con suavidad.
El corazón le palpitaba con tanta fuerza que pensó que podría ponerse enferma. El la montó y sus muslos musculosos le abrieron las piernas; abrió mucho los ojos dominada por el pánico. Controló el miedo y se obligó a relajarse todo lo que pudo.
Le besó los labios y Madelyn se aferró a él, clavándole las uñas en los hombros al sentir que alzaba las caderas y comenzaba a tantearla con su erección.
-Ojalá fuera mejor para ti -dijo en voz baja y tensa-. Pero me alegro de que seas virgen, que esta primera vez sea mía -entonces empezó a penetrarla.
Ella no pudo evitar las lágrimas que le quemaron los ojos y cayeron por sus sienes. Él se mostró todo lo gentil que le fue posible, pero le costó aceptarlo. El estiramiento y la penetración de su cuerpo representaron un dolor abrasador, y los movimientos rítmicos del cuerpo de él solo consiguieron incrementarlo. Lo único que lo hizo tolerable fue, perversamente, la misma intimidad de que su cuerpo fuera tan invadido por el hombre al que amaba. Quedó conmocionada por lo primitivamente natural que resultaba entregarse a él y dejar que encontrara placer en su interior. Más allá del dolor había una creciente calidez que prometía más.

Cinco

El despertador sonó a las cuatro y media. Sintió que él se estiraba a su lado y alargaba el brazo para acallar el insistente zumbido. Luego se sentó, bostezando, y encendió la lámpara. Madelyn parpadeó ante el súbito resplandor de luz.
Despreocupadamente desnudo, se dirigió al cuarto de baño. Ella aprovechó la intimidad para saltar de la cama y ponerse la ropa. Se estaba enfundando los vaqueros cuando él salió para comenzar a vestirse. Demoró la mirada sobre sus piernas mientras ella terminaba de subirse los vaqueros y se los abrochaba.
Mientras Reese se vestía, la observó cepillarse el pelo con varios movimientos rápidos. El cuerpo esbelto oscilaba con una gracia femenina que le imposibilitaba apartar la vista. Recordó la sensación de estar entro de ella la noche anterior, la estrechez y el calor, y en contra de su voluntad su entrepierna reaccionó. No podía tomarla en ese momento; estaría demasiado sensible e irritada. Madelyn había llorado la noche anterior, y cada lágrima lo había quemado. Podía esperar.
Ella dejó el cepillo y comenzó a ahuecar las almohadas. Él se acercó para ayudarla a hacer la cama, pero cuando Madelyn echó hacia atrás el edredón para alisar las sábanas y vío las manchas rojas sobre el algodón, se quedó quieta.
Reese también miró las manchas, y se preguntó si ella experimentaba algún placer recordando como le sucedía a él o si solo le llevarían a la memoria el dolor. Se inclinó y quitó las sábanas.
-La próxima vez será mejor -afirmó, y recibió una mirada tan solemne que tuvo ganas de tomarla en brazos y mecerla. Si ella hubiera querido, le podría haber dado placer de otras maneras, pero había dejado bien claro que no estaba lista para eso. Tiró las sábanas al suelo Me encargaré de las tareas de la mañana mientras tú preparas el desayuno.
Madelyn asintió.
-¿Te gustan las tortitas? -preguntó desde la puerta.
-Sí, y muchas -respondió.
De la última visita recordaba que le gustaba el café cargado. Al bajar las escaleras bostezó. Al llegar a la cocina se plantó en el centro de la estancia y miró en derredor. Era difícil saber por dónde empezar cuando desconocías dónde estaban las cosas.
Primero el café. Al menos la cafetera era automática. Encontró los filtros. Tuvo que adivinar la cantidad de beicon y salchichas para freír. Con lo mucho que él trabajaba, necesitaría bastantes alimentos, ya que normalmente quemaría de cuatro a cinco mil calorías al día. A medida que el aroma mezclado del café y la comida al freírse llenaba la habitación, por

primera vez se dio cuenta de que cocinar sería una tarea constante. Tendría que familiarizarse mucho con algunos recetarios, ya que sus habilidades tendían a lo más básico.
Menos mal que tenía harina para las tortitas. Batió la masa, buscó el sirope y luego
puso la mesa. No sabía cuánto tiempo debía darle antes de verter las tortitas en la sartén.
Una fuente enorme con beicon y salchichas estaba en la mesa antes de que Reese regresara del granero con un cubo con leche fresca. En cuanto abrió la puerta, Madelyn vertió cuatro círculos de masa en la sartén. Él colocó la leche sobre la encimera y abrió el grifo para lavarse las manos.
-¿Cuánto falta para que el desayuno esté listo?
-Dos minutos. Las tortitas no tardan mucho -les dio la vuelta-. El café está preparado.
Se sirvió una taza y se apoyó en el armario al lado de ella, observándola vigilar las tortitas. Un par de minutos más tarde las apilaba sobre un plato y se lo entregaba.
-La mantequilla está en la mesa. Empieza con estas mientras preparo más.
Él llevó el plato a la mesa y empezó a comer. Había terminado la primera ronda de tortitas cuando llegó la segunda. Madelyn vertió cuatro círculos más en la sarten .. Con esas completaba la docena. ¿Cuántas más iba a comer?
Solo comió diez. Ella se sirvió las dos de la última tanda y se sentó en una silla junto a él.
-¿Qué vas a hacer hoy?
-He de comprobar las vallas en la zona oeste para poder trasladar hasta allí al rebaño.
-¿Volverás a comer o te envuelvo algunos sándwiches?
-Sándwiches.
«Y esto», pensó média hora después, cuando él había ensillado un caballo y salido, «es todo». Allí se acababa la conversación después del desayuno. Ni siquiera le había dado un beso por la mañana. Sabía que tenía mucho trabajo, pero una palmadita en la cabeza no le habría consumido mucho tiempo.
Su primer, día completo de matrimonio no parecía empezar demasiado bien.
Luego se preguntó qué había esperado. Sabía lo que sentía Reese, que no quería que ella se acercara demasiado. Haría falta tiempo derribar esas barreras. Lo mejor que podía hacer era aprender a ser la esposa de un ranchero. No disponía de tiempo para lamentarse porque esa mañana no la había besado..
Recogió la cocina, tarea que le ocupó toda la mañana. Fregó el suelo, limpió el horno y la nevera doble y redistribuyó la despensa, para saber dónde estaba todo. Hizo un inventario y empezó una lista de cosas que iba a necesitar. Lavó la ropa e hizo la cama con sábanas limpias. Pasó la aspiradora y el plumero arriba y abajo, limpió los tres cuartos de baño, cosió botones en las camisas de Reese y reparó incontables desgarros pequeños en sus camisas y vaqueros. En general se sintió muy doméstica.
Después de todo, el matrimonio era trabajo. No una inagotable ronda de fiestas y excursiones románticas junto al río.
El matrimonio también era una noche tras otra en la cama con el mismo hombre, abriéndole los brazos y las piernas, mitigando su pasión dentro de ella. Él había dicho que sería mejor, y Madelyn percibía que así sería, que solo había estado demasiado cansada y tensa la noche anterior para que hubiera sido placentero, sin importar lo que hubiera hecho Reese.
Empezó a desembalar algunas de las cajas que había fletado, para montar el equipo de música y distribuir algunos libros suyos en la biblioteca. Estuvo tan absorta en ello, que al notar la hora ya casi había oscurecido. Reese no tardaría en llegar y ni siquiera había empezado a preparar la cena. Dejó lo que estaba haciendo y corrió a la cocina. Ni siquiera había planeado qué iban a cenar, pero al menos sabía lo que había en la despensa.
Una rápida comprobación de la nevera le proporcionó unos chuletones, unas chuletas de cerdo y poco más. Realizó adiciones mentales a la lista de la compra mientras sacaba las chuletas de la bolsa y las introducía en el microondas para descongelarlas. Pelaba una pequeña montaña de patatas cuando se abrió la puerta de atrás. Lo oyó limpiarse las botas y luego suspirar cansado mientras se las quitaba.

Entró en la cocina y se detuvo, mirando la mesa vacía:.
-¿Por qué la cena no está lista? -preguntó con voz muy serena y ominosa.
-Estaba ocupada y no noté el paso del tiempo...
-Es tu trabajo notar el tiempo. Estoy extenuado y hambriento. He trabajado doce horas seguidas, y lo menos que podrías hacer es tomarte tiempo para cocinar.
Esas palabras le dolieron, pero no se detuvo en lo que estaba haciendo.
-Voy todo lo deprisa que puedo. Ve a darte una ducha y a relajarte unos minutos.
Él subió las escaleras enfadado. Madelyn se mordió el labio mientras cortaba las patatas y las ponía en una olla con agua caliente para que se cocieran. Si no lo hubiera visto tan agotado, le habría podido decir unas cuantas cosas, pero estaba muerto y sucio de la cabeza a los pies. No había tenido un día fácil.
Abrió una lata grande de judías verdes y las echó en la olla, luego añadió unas especias. Las chuletas ya se estaban haciendo en el horno. Unos minutos más tarde introducía pan en el horno.Postre. Sacó una lata grande de peras en almíbar y unas galletas dulces. Tendrían que bastar, porque no disponía de tiempo para hornear nada. Abrió la lata y vertió su contenido en un cuenco.
Cuando tuvo la mesa puesta, Reese había bajado, considerablemente más limpio aunque con el mismo humor. Miró fijamente la mesa vacía y se dirigió al salón.
Madelyn comprobó las patatas; estaban tiernas. Mezcló una pequeña cantidad de harina y leche y la vertió sobre las patatas; al instante comenzó a espesarse. Dejó que hirvieran mientras comprobaba las chuletas y las judías verdes.
Los panecilos tenían un color marrón dorado. Esperaba que se pudieran comer. Los colocó en una bandeja y cruzó los dedos.
Las chuletas al fin estaban hechas.
-¡Reese! La cena está lista.
-Ya era hora.
Se apresuró a poner la comida en la mesa, dándose cuenta en el último instante de que no había preparado ni café ni té. Con celeridad sacó dos vasos del armario y los llenó con leche. Sabía que a él le gustaba la leche, de modo que quizá a veces la bebiera para cenar.
Las chuletas no eran las más tiernas que hubiera preparado alguna vez, y los panecillos estaban un poco pesados, pero él comió con ganas, sin hacer comentarios. Pesados o no, los doce panecillos se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos, y ella solo comió uno. Mientras la tercera ración de patatas guisadas desaparecía de su plato, Madelyn se levantó.
-¿Quieres algo de postre?
-¿Postre? -alzó la cabeza.
Ella no pudo evitar sonreír. Era evidente que el hombre había vivido solo durante siete años.
-No es gran cosa, porque no he podido hornear nada.
Colocó las galletas en un cuenco y encima las peras con el almíbar. Reese observó con curiosidad mientras. depositaba el cuenco delante de él.
.-Pruébalas -dijo Madelyn-. Sé que es comida basura, pero sabe bien.
Lo hizo, y limpió el cuenco. Parte de la fatiga se desvanecía de su cara.
-El equipo de música que hay en el salón parece bueno.
-Lo tengo desde hace varios años. Espero que haya sobrevivido al transporte.
Él había tenido que vender su equipo de alta fidelidad hacía años, después de llegar a la conclusión de que necesitaba el dinero más que la música, y nunca se había permitido pensar mucho en ello. Cuando luchabas por sobrevivir, no tardabas en poner en orden tus prioridades. Pero había echado de menos la música y tenía ganas de volver a escuchar sus viejos clásicos.
La casa estaba llena de señales de lo que ella había estado haciendo todo el día, y se sentía culpable por haberle gritado porque la cena no estuviera lista. Los suelos estaban más limpios que en años, y en ninguna superficie se veía una mota de polvo. La casa olía a limpiamuebles y el cuarto de baño brillaba de limpio. El rancho tenía diez habitaciones y más de mil metros

Librodot

cuadrados construidos; esa elegante mujer de ciudad sí que sabía trabajar.
La ayudó a recoger la mesa y a llenar el lavavajillas.
-¿Qué es eso? -preguntó, señalando una lista.
-La lista de la compra. La despensa tiene una sección limitada.
-Por lo general venía tan cansado, que comía unos sándwiches -se encogió de hombros.
-¿Dónde está el mercado más cercano? Y no me digas que voy a tener que ir a Billings.
-Hay una tienda a unos treinta kilómetros de aquí. No es un supermercado, pero puedes conseguir lo básico. Te llevaré pasado mañana. No puedo mañana porque tengo que reparar más vallas antes de poder mover el rebaño.
-Dime cómo llegar. No creo que la situación de la comida aguante hasta pasado mañana.
-No quiero que estés dando vueltas por ahí -expuso.
-No daré vueltas. Dime cómo se llega.
-Preferiría que esperaras. Aún no sé lo fiable que es el coche.
-Entonces puedo llevarme la furgoneta.
-He dicho que te llevaría pasado mañana, y eso es todo.
Echando chispas, Madelyn subió a darse una ducha. Se preguntó por qué diablos era tan adusto. Por el modo en que se comportaba, era como si fuera a encontrar un bar y a pasar allí todo el día. Quizá fuera lo que había hecho su primera mujer. Aunque fuera verdad, tomó la decisión de no pasar el resto de su vida pagando por los pecados de April.
Terminó de vaciar las maletas y de guardar casi toda su ropa de Nueva York en el armario de otro dormitorio, ya que no la usaría mucho a partir de ese momento.
Una cosa buena de levantarse a las cuatro y media era que ya tenía sueño, y no eran más de las ocho. Desde luego, aún sentía los efectos de no dormir lo suficiente en las dos últimas semanas, al igual que un día muy activo, pero apenas conseguía mantener los ojos abiertos.
Oyó a Reese subir y entrar en el dormitorio que compartían; luego, con voz más áspera que de costumbre, llamó:
-¿Maddie?
-Aquí -respondió.
El apareció en el umbral y entrecerró los ojos al ver la ropa apilada en la cama.
-¿Qué estás haciendo? -preguntó con los hombros tensos.
-Colgar la ropa que no usaré aquí, para que no llene nuestro vestidor.
Dio la impresión de relajarse.
-¿Estás lista para irte a la cama?
-Sí, puedo finalizar esto mañana.
Se hizo a un lado para dejarla pasar, luego apagó la luz y la siguió por el pasillo. Madelyn iba descalza y llevaba otro camisón tenue parecido al de la noche anterior. Pensó que iba a irse a la cama con él de esa forma el resto de su vida. Quizá Reese tuviera dudas sobre la longevidad del matrimonio, pero ella ninguna.
En esa ocasión fue más fácil. Yació en sus brazos musculosos y sintió que el calor crecía bajo las manos que la acariciaban. Pero al sentirse menos nerviosa, percibió algo equivocado, como si él mantuviera una parte de sí mismo aislada del acto. La tocó, pero únicamente bajo un estricto control, como si se permitiera un gozo limitado, y nada más. Madelyn no quería esas caricias mesuradas, quería su pasión. Sabía que estaba allí, pero él no se la daba.
Todavía le dolía cuando la penetraba, aunque no tanto como antes. Era delicado, pero no cariñoso. Ese era el modo en que habría tratado a cualquiera de aquellas dos mujeres con las que había estado dispuesto a casarse, como un cuerpo del que disfrutaba el uso, no como a una mujer cálida y cariñosa que necesitaba más. Eso era solo sexo, no hacer el amor. La hacía sentir como una desconocida sin cara.
Era la guerra. Cuando más tarde fue a dormir, ya había empezado a planificar la campaña.

-Hoy quiero ir contigo -le dijo a la mañana siguiente durante el desayuno.

Librodot

-No estás preparada para ello -no alzó la vista de los huevos y las tostadas.
-¿Cómo lo sabes? -replicó.
-Porque un montón de hombres no están preparados para ello -parecía irritado.
-Hoy vas a reparar vallas, ¿cierto? Puedo ayudarte con la alambrada y al menos hacerte compañía.
Eso era exactamente lo que Reese no quería. Si pasaba mucho tiempo en su compañía, terminaría por hacerle el amor, y eso era algo que deseaba limitar. Si podía contenerse a una vez por noche, sería capaz de mantener todo bajo control.
-Solo tardaré un par de horas en terminar de reparar la valla, luego traeré la furgoneta a casa y me marcharé a caballo a mover el rebaño.
-Te he dicho que sé montar.
El movió la cabeza con impaciencia.
-¿Hace cuánto que no subes a un caballo? ¿Y qué hacías, seguir un sendero en un animal alquilado? Estamos en campo abierto, y mis caballos están entrenados para trabajar con ganado.
-De acuerdo, hace casi un año que no subo a un caballo, pero algún día he de acostumbrarme.
-Estorbarías. Quédate aquí y asegúrate de tener la cena a su hora esta noche.
-Reese Duncan -entrecerró los ojos y plantó las manos en las caderas- iré contigo y eso es innegociable.
El se levantó de la mesa.
-Será mejor que aprendas que este es mi rancho, y lo que digo se cumple. Eso te incluye a ti. Unas pocas palabras con un juez no te da ningún derecho en mi trabajo. Yo realizo las tareas del rancho, tú te ocupas de la casa. Quiero pollo frito para cenar, así que puedes empezar con eso.
-No hay pollo- en el congelador -replicó Madelyn-. Como no quieres que vaya de compras, supongo que tendrás que cambiar tu petición.
-Hay un montón de pollos ahí afuera -señaló el patio-, vaquera de ciudad. La carne no siempre viene envuelta.
El temperamento de Madelyn por lo general era tan lánguido como su andar, pero ya se había hartado.
-¿Quieres que atrape pollos? -preguntó con los labios crispados-. Piensas que no puedo hacerlo, ¿verdad? Por eso lo has dicho. Quieres demostrarme todo lo que desconozco sobre la vida en un rancho. ¡Tendrás tu maldito pollo para cenar, aunque tenga que metértelo con plumas y, todo !
Dio media vuelta y subió por las escaleras. Reese permaneció allí un poco desconcertado.
No había imaginado que Madelyn pudiera moverse tan deprisa.
Bajó antes de que él pudiera cargar la furgoneta y marcharse. Oyó el portazo y se volvió. Abrió mucho los ojos. Se había puesto unas rodilleras por encima de los vaqueros y unas coderas, además de unas zapatillas. Todavía parecía furiosa, y ni siquiera lo miró. Reese enganchó los dedos pulgares en las presillas frontales de los vaqueros y se apoyó en la furgoneta para mirar.
Eligió a una gallina y se acercó a ella, mientras soltaba un poco de pienso para atraer a las aves. Reese enarcó las cejas, impresionado. Pero Madelyn se lanzó demasiado pronto; la gallina cloqueó y corrió para salvar la vida.
Ella se tiró sobre el ave, deslizándose por el suelo sobre el vientre sin llegar a atrapar a la gallina. Reese hizo una mueca y se separó de la furgoneta, horrorizado ante la idea de lo que le hacían las piedras y la tierra a esa piel suave, pero Madelyn se incorporó de un saltó y fue en pos del animal, que corrió en círculos erráticos alrededor del patio para luego lanzarse bajo la furgoneta. Madelyn giró para cortarle el paso y otra zambullida falló por una pluma.
-Escucha, olvida lo del po... -comenzó, pero ella ya había desaparecido.
El ave logró elevarse lo suficiente como para aterrizar en las ramas más bajas de un árbol, aunque aún seguía por encima de la cabeza de Madelyn. Esta entrecerró los ojos y se agachó

Librodot

para recoger unas piedras del suelo. Echó el brazo atrás y soltó una. La piedra pasó por encima de la cabeza de la gallina, que la bajó con los ojos brillándole. La siguiente piedra dio en la rama de al lado y el animal cloqueó, cambiando de posición. La tercera roca le dio en la pata, y de nuevo emprendió el vuelo.

En esa ocasión Madelyn calculó su salto a la perfección. Se deslizó por el suelo en una nube de polvo y guijarros y su mano se cerró sobre una de las patas de la gallina. El ave de inmediato se puso a agitar las alas y a tratar de picotear la mano que la aprisionaba. Lucharon en el polvo unos minutos, pero luego Madelyn se incorporó con la gallina agarrada con firmeza de ambas patas y boca abajo. Tenía las manos moteadas de sangre allí donde la gallina furiosa la había picado.

-Soy más rápida que una bala -dijo con tono triunfal.

Reese la observó en silencio mientras se dirigía hacia él. Tenía el pelo enmarañado y cayéndole sobre los ojos. El rostro lleno de polvo, la camisa sucia y rota y los vaqueros desgarrados; una rodillera se le había soltado y le colgaba de la pantorrilla. Sin embargo, la expresión de sus ojos grises le impidió reír. Ni siquiera se atrevió a sonreír.

-Ahí tienes tu maldito pollo -espetó entre dientes-. Espero que seáis muy felices juntos -entró en la casa con un portazo.

Reese bajó la vista al ave y recordó la sangre en las manos de Madelyn. Con un giro rápido y competente retorció el pescuezo de la gallina. Nunca había tenido menos ganas de reír.

Llevó al ave dentro y la soltó en el suelo. Madelyn se hallaba de pie ante el fregadero lavándose con cuidado las manos.

-Déjame verlas -pidió, acercándose por detrás de ella para rodearla con los brazos y tomarle las manos en las suyas al tiempo que la inmovilizaba. La gallina le había provocado sangre en varios sitios, dolorosas heridas pequeñas que estaban azuladas en los bordes. Él mismo había sufrido algunas y sabía con qué facilidad se podían infectar. Alargó la mano para tomar una toalla y envolverle las manos-. Subamos al cuarto de baño y te las desinfectaré.

-Son mis manos, no mi espalda -no se movió-. Puedo tratarlas a la perfección, gracias. Lo haré yo.

Los brazos musculosos eran bandas de hierro a su alrededor; las manos duras la sostenían con facilidad. Madelyn tenía la parte delantera pegada contra el fregadero y el cuerpo grande de él contra la espalda, inmovilizándola. Se sentía absolutamente rodeada y experimentó el pensamiento súbito y violento de que nunca debería haberse casado con alguien que le sacaba unos treinta centímetros de altura.

Él se inclinó, enganchó el brazo detrás de sus rodillas y la levantó con insultante facilidad. Madelyn se sujetó a los hombros de él para mantener el equilibrio.

-La gallina me picoteó las manos, no los pies -comentó con tono cáustico. El le lanzó una mirada de advertencia-. Los hombres que emplean la fuerza con las mujeres son peores que las babosas.

La llevó al cuarto de baño y la puso de pie. Al abrir el botiquín, ella se dirigió hacia la puerta y él la hizo volver con una mano. Madelyn se debatió con violencia tratando de liberar el brazo.

-¡He dicho que lo haría yo! -exclamó. furiosa.

Reese bajó la tapa del inodoro, se sentó y la acomodó sobre su regazo.

-Quédate quieta y deja que te limpie las heridas. Si cuando haya terminado sigues con ganas de pelear, te complaceré con mucho gusto.

Echando chispas, Madelyn permaneció en su regazo mientras le limpiaba las pequeñas heridas con antiséptico que le escoció. Luego pasó crema antibiótica y cubrió las dos peores con unas tiritas. Reese seguía con los brazos alrededor de ella; la sostenía como haría un padre con su hija, para apaciguarla y atender sus heridas. A ella no le gustó la comparación. Se movió inquieta, sintiendo los duros muslos bajo el trasero.

Tenía el rostro de él muy cerca del suyo. Aunque se había afeitado la noche anterior, la sombra de la barba nueva le oscurecía el mentón y las mejillas. De pronto ella recordó el

modo en que esos labios se habían cerrado sobre su pezón. Tembló y la rigidez abandonó su cuerpo.
Reese cerró el botiquín y lo dejó a un lado, luego apoyó el brazo sobre los muslos de ella mientras la evaluaba con la mirada.
-Tienes la cara sucia.
-Deja que me levante y me la lavaré.
No la dejó. Se la lavó él mismo, pasando con lentitud una toallita mojada por sus facciones en una especie de caricia. Le lavó la boca con tanta suavidad que ella apenas la sintió. Madelyn echó la cabeza atrás y entornó los párpados. Él le pasó la toalla por el cuello, para luego bajar la mano por el escote suelto del top.
Contuvo el aliento al sentir la humedad fría sobre los pechos. Él movió la toallita de un lado a otro, pasándola despacio por los pezones para hacer que se irguieran. A Madelyn los pechos comenzaron a palpitarle e involuntariamente arqueó la espalda, ofreciéndoselos para más. Pudo sentir que una protuberancia dura crecía y se pegaba a su cadera.
Reese arrojó la toalla al lavabo y se quitó el sombrero. La mano que Madelyn tenía a la espalda se cerró y la pegó a él mientras se inclinaba y le tomaba la boca con un beso.
La besó del mismo modo que en el aeropuerto, como no había vuelto a besarla desde entonces. Tenía los labios duros y encendidos, urgentes en sus exigencias. Introdujo la lengua en su boca y ella le salió al encuentro, dándole la bienvenida al tiempo que quería más.
Cedió bajo su embestida y apoyó la cabeza en el hombro de él. Reese aprovechó la ventaja para meter la mano bajo la camiseta y coronarle el pecho. Con suavidad apretó el montículo firme, frotando la palma áspera sobre el pezón hasta que ella gimió sobre sus labios por el dolor exquisito que le provocaba. Se volvió hacia él y le rodeó el cuello con los brazos. La excitación le palpitaba en la boca del estómago, comprimiéndole cada músculo del. cuerpo e iniciándole una tensión vibrante entre las piernas.
Con un sonido áspero de pasión, él la apoyó sobre un brazo y le subió el top para revelar sus pechos. Al inclinarse se los acarició con el aliento cálido; luego extendió la punta de la lengua y rodeó un pezón rosado, consiguiendo que se contrajera hasta endurecerse y tornarse rojizo. Acercó el otro pecho a la boca y le dio un tratamiento idéntico al otro pezón.
Madelyn se agarró a él.
-Reese -suplicó con voz trémula. Lo necesitaba.
Esa era la magia encendida que había percibido en él desde el principio. Esa era la cálida promesa que había sentido bajo él por la noche, y quería más.
Reese introdujo el pezón en su boca con una fuerte succión y ella volvió a arquearse, moviendo los muslos. Allí tendida sobre su regazo con el cuerpo alzado hacia la boca de él, se sentía como un postre que le era ofrecido.
-Reese -repitió. Era algo más que un gemido cargado de deseo.
Todo lo masculino que había en él respondió a ese grito femenino de necesidad, instándolo a perderse en el interior de ella y a mitigar el dolor vacío que hacía que Madelyn se retorciera en sus brazos y gritara su nombre. A él le palpitaba la entrepierna y su cuerpo irradiaba calor. Si ella necesitaba que la llenara, Reese necesitaba llenarla. Las dos uniones contenidas que habían experimentado no habían sido suficientes, jamás satisfarían la lujuria que se intensificaba cada vez que la miraba.
Pero si alguna vez se dejaba ir con ella, nunca podría recuperar ese control. April le había enseñado una lección amarga, que volvía a aprender a diario mientras trabajaba en sus reducidos acres o veía la pintura descascarillada de su casa. Quizá Madelyn jamás se volviera contra él, pero no podía arriesgarse y bajar la guardia.
Con un esfuerzo, separó la boca de esa piel enloquecedoramente dulce y la puso de pie. Madelyn osciló con ojos aturdidos, el top subido bajo sus brazos para exponer esos pechos firmes y redondos. No entendió lo que sucedía y alargó los brazos hacia él, ofreciéndole una embriagadora sensualidad que Reese no se permitiría aceptar.
El le tomó las muñecas y le sostuvo los brazos a los costados mientras se incorporaba, acción

Librodot

que unió sus cuerpos. La oyó gemir suavemente otra vez y adelantó la cabeza para apoyarla sobre el pecho de él.
Si no se largaba de allí en ese momento, no tendría la voluntad de hacerlo.
-Tengo trabajo -soltó con voz tensa. Ella no se apartó. Se derretía contra él y movía las caderas, haciendo que le diera la impresión de que los pantalones se le romperían bajo la presión a que eran sometidos-. Madelyn, para. He de irme.
-Sí -susurró, poniéndose de puntillas para besarle el cuello.
El cerró las manos sobre las caderas de ella y durante un segundo convulsivo la pegó a su pelvis, como si quiera empotrarse en Madelyn, luego la apartó. Recogió el sombrero y salió del cuarto de baño antes de que ella pudiera recobrarse y frenarlo.
Madelyn se lo quedó mirando fijamente, confusa por su partida súbita y anhelante por la pérdida del contacto. Se tambaleó; entonces la comprensión estalló en su interior, y soltó un grito ronco de furia y dolor.
La había llevado al borde de la fiebre para dejarla vacía e incompleta. Sabía que la había deseado, había sentido su erección, la tensión en sus músculos. La había apartado porque había estado a punto de perder el control. En un destello de percepción supo -lo que había pasado, supo que en el último instante él tuvo que demostrarse a sí mismo que podía alejarse de ella. La sexualidad de su naturaleza era tan fuerte que no dejaba de atravesar esos muros que él mismo había erigido a su alrededor, pero seguía oponiendo resistencia, y hasta el momento ganaba.
Despacio bajó por las escaleras con la mano en la barandilla, porque sentía las rodillas como gelatina. Si quería disponer de alguna oportunidad con él, tendría que encontrar un modo de destrozar ese control férreo, aunque no sabía si sus nervios o autoestima aguantarían.
No vio la furgoneta por ninguna parte. Miró alrededor con expresión vacía, incapaz de pensar en lo que debería hacer, y sus ojos se encendieron al ver el pollo muerto en el suelo de la cocina.
-Me vengaré por esto -dijo con sombría promesa en la voz, y comenzó la asquerosa tarea de preparar el maldito animal para poder cocinarlo.

Seis

Cuando Reese llegó aquella noche, Madelyn no alzó la vista del cuenco de patatas que aplastaba. La fuerza con la que manejaba el aparato para hacer puré exhibía un toque de salvajismo. Él se quedó pensativo. Había esperado encontrarla distante, quizá incluso un poco dolida, pero no enfurecida; requería mucha energía mantener la furia durante tantas horas.
-Necesitaré unos quince minutos para lavarme -indicó él.
-La cena estará lista en diez -espetó ella sin alzar la vista.
Supo que no lo iba a esperar. La expresión pensativa se acentuó al subir a la primera planta.
Se dio una de las duchas más rápidas de su vida y pensó en no afeitarse, pero no le gustaba la idea de arañarle la piel suave con la barba, de modo que corrió el riesgo de cortarse el cuello por la velocidad que empleó. Estaba descalzo y aún se abrochaba la camisa cuando volvió a bajar.
Ella colocaba en la mesa los vasos para el té con hielo; se sentaron juntos. La bandeja con el pollo frito estaba justo delante del plato de Reese. Llegó a la conclusión de que o se lo comía o se lo llevaría puesto.
Se llenó el plato de pollo, puré de patatas, bollos y salsa, sin dejar -de observar la bandeja con curiosidad. Siguió examinando el contenido mientras daba el primer mordisco y controlaba un gruñido de placer. El pollo estaba tierno, el exterior crujiente y sabroso. Madelyn era mejor cocinera de lo que había esperado. Pero el resto de las piezas de pollo parecían... extrañas.
-¿Qué pieza es esa? -preguntó, señalando una parte de pollo de peculiar configuración.
-No tengo ni idea -respondió sin mirarlo-. Nunca antes había tenido que limpiar y trocear mi

comida.
Él se mordió el interior de la boca para evitar sonreír. Si cometía el error de reír, probablemente ella le echaría la salsa por la cabeza.
La cena fue tensa y principalmente silenciosa. Si él hacía algún comentario, ella le contestaba, pero, aparte de eso, no realizaba ningún esfuerzo por mantener una conversación. En cuanto Madelyn terminó su frugal cena, llevó su plato al fregadero y acercó uno limpio, al igual que un pastel de cerezas que aún humeaba.
Muy pocas cosas en la vida habían interferido con el apetito de Reese, y esa noche no fue ninguna excepción. Cuando Madelyn terminó de juguetear con su pequeña porción de pastel, él había acabado con casi todo el pollo, el puré y la salsa, y solo quedaban dos panecillos. Casi se sentía satisfecho cuando Madelyn plantó una porción enorme de pastel en un plato limpio para él. Un rápido vistazo a su rostro helado le indicó que la cena no había obrado el mismo milagro en ella.
-¿Cómo aprendiste a cocinar de esta manera?
-Hay libros de cocina en el armario. Sé leer.
Inmediatamente después de limpiar la cocina, ella subió a la primera planta. Reese fue a su despacho y dedicó el tiempo habitual al papeleo que daba la impresión de no acabarse nunca, pero no tenía la mente en ello, y a las ocho empezó a mirar el reloj, preguntándose si Madelyn estaría lista para irse a la cama. Ya había oído el agua de la ducha al correr y la imagen de ella desnuda bajo el chorro caliente hizo que se moviera incómodo en el sillón. Había estado excitado casi todo el día, maldiciéndose por no haberle hecho el amor aquella mañana, a pesar de que habría sido un enorme error.
Tiró el bolígrafo sobre la mesa y cerró los libros, poniéndose de pie con contenida violencia. Maldición, la necesitaba y ya no podía esperar más.
Apagó las luces antes de subir. Tenía la mente en el momento abrasador en que la penetró por primera vez, sintiendo la leve resistencia de la piel tensa, para luego ceder y envolverlo, y después el calor húmedo y el estallido de sus sentidos.
La puerta del dormitorio estaba abierta.
Entró y la encontró sentada en la cama pintándose las uñas de los pies, con las piernas largas desnudas y dobladas en una de esas posturas que solo las mujeres parecían capaces de lograr y que volvía locos a los hombres. Todo su cuerpo se tensó y adquirió una erección plena y dolorosa. Llevaba puesta una camisola de satén negro que terminaba en el nacimiento de los muslos y revelaba unos pantaloncitos a juego. El satén se ceñía a los pechos y exhibía los pezones redondos y suaves. Tenía el cabello rubio a un lado y la piel aún se veía levemente encendida por la ducha. Con expresión solemne y concentrada le daba a las uñas la misma tonalidad rosa que la camisola.
-Vayamos a la cama -pidió con voz gutural. Empezó a quitarse la camisa.
-No puedo -ni siquiera lo miró-. Tengo las uñas de los pies húmedas.
A él le importaba poco. Le mantendría las piernas alzadas el tiempo suficiente para que al bajarlas la laca se hubiera secado.
Madelyn cerró el frasco de laca y lo dejó a un lado, luego se inclinó con gran elasticidad para soplarse las uñas. Reese se bajó la cremallera de los vaqueros.
-Vente a la cama de todos modos.
Lo miró con impaciencia y se puso de pie.
-Acuéstate tú. Yo bajaré a leer un poco.
Cuando iba a pasar a su lado, la tomó del brazo.
-Olvídate de la lectura -musitó, atrayéndola hacia él.
Madelyn se soltó y lo contempló con ira incrédula.
-¡No me lo creo ! ¿De verdad crees que querría hacer el amor ahora?
Reese juntó las cejas y enganchó los dedos pulgares en las presillas de los vaqueros...
-¿Por qué no? -preguntó con suavidad.
-Por un muy buen motivo. ¡Estoy furiosa! Lo que hiciste apesta, y ni siquiera estoy cerca de

Librodot

perdonarte -la actitud de arrogancia masculina que irradiaba la enfurecía todavía más, hasta el punto de que casi no podía hablar.
-El mejor modo de compensarlo es en la cama.
-Eso es lo que pensáis los hombres -bufó con desdén-. ¡Deja que te diga que ninguna mujer quiere hacer el amor con un hombre mientras aún piensa lo divertido que habría sido que se asfixiara con un hueso de pollo ! -giró en redondo y se marchó descalza del dormitorio.
Reese comenzó a maldecir. La frustración bullía en su interior, y durante un segundo pensó en ir tras ella. Llegó hasta la puerta y se detuvo. Dio un puñetazo contra el marco y mandó todo al infierno.

La atmósfera fue decididamente gélida entre ellos a la mañana siguiente cuando él la llevó hasta el pueblo de Crook a comprar comida. Aunque ella ya no estaba tan furiosa, seguía igual de decidida. Reese no podía rechazarla un momento y al siguiente esperar que lo aceptara sin ninguna vacilación. Si esa era la idea que tenía de cómo debía ser un matrimonio, a los dos los esperaban unas cuantas discusiones.
Llamar pueblo a Crook era una exageración. Tenía algunas residencias distribuidas al azar, una estación de servicio, un mercado, una tienda de artículos generales y una cafetería pequeña. Madelyn se preguntó a qué conducta peligrosa pensó Reese que podría dedicarse en Crook. Tal vez creyó que se comportaría como una salvaje y conduciría por las aceras de madera.
-Tomemos una taza de café -sugirió él al bajarse de la ranchera, y Madelyn aceptó.
Sería agradable beber una taza que no tuviera que rebajar un poco antes de poder llevársela a la boca.
La cafetería tenía cinco taburetes tapizados con imitación de piel. Tres mesas redondas con cuatro sillas cada una y en el lado izquierdo había tres reservados. Cuatro de los taburetes estaban ocupados, evidentemente por los propietarios de los cuatro camiones que había fuera. Reese saludó con la cabeza a los cuatro, que le devolvieron el gesto antes de volver a su café y tarta.
La condujo a un reservado y ocuparon los asientos de plástico. La camarera que había detrás del mostrador los miró con expresión agria.
-¿Quieren comer algo o solo café?
-Café -indicó Reese.
Salió de detrás del mostrador y plantó dos tazas delante de ellos. Luego fue a buscar la cafetera y regresó para llenar las tazas, sin cambiar de expresión.
-El café son cincuenta centavos la taza.
Madelyn suspiró al ver lo negro que era. Un sorbo vacilante le demostró que también era lo bastante fuerte como para quitar pintura.
Los dos se miraron y esbozaron una sonrisa. risa. El trató de controlar el deseo de reír y se tragó el café, pero Madelyn seguía riendo entre dientes mientras él sacaba la cartera. Dejó un dólar y cambio sobre la mesa, la tomó de la mano y la llevó hasta la entrada. Una vez fuera, soltó una carcajada incontrolable.
Después del malhumor, la carcajada era una liberación estupenda. Incluso era más maravilloso oír reír a Reese, y de pronto se dio cuenta de que era la primera vez que oía su risa. De hecho, rara vez sonreía.
Gran parte de la tensión existente entre los dos se disolvió mientras compraban alimentos. Una mujer alegre con un pecho realmente descomunal les cobró mientras mantenía una charla informal con Reese. Observó a Madelyn con curiosidad, luego bajó la vista al anillo que llevaba en la mano izquierda. Reese notó el gesto y se preparó para la curiosidad que sabía que manifestaría.
-Glenna, te presento a mi mujer, Madelyn.
Glenna pareció sorprendida, y desvió la vista a la mano izquierda de él. El anillo de oro en el

dedo bronceado la asombró aún más. Reese continuó con la presentación.
-Maddie, esta es Glenna Kinnaird. Fuimos juntos al instituto.
Recobrándose, Glenna sonrió y extendió la mano.
-¡No puedo creérmelo! ¡Felicidades! Después de tanto tiempo, te has casado. Espera que se lo cuente a Boomer. En realidad, no fuimos juntos al instituto -continuó dirigiéndose a Madelyn-. Yo soy diez años mayor, de modo que me gradué cuando él estaba en tercer curso, pero lo conozco de toda la vida. ¿Cómo diablos lo atrapaste? Habría jurado que nunca más volvería a casarse... Eh, quiero decir- incómoda mientras miraba a Reese.
-Está bien -Madelyn sonrió-. Conozco lo de April. Y en cuanto a cómo lo atrapé... bueno, no lo hice. El me atrapó a mí.
El rostro de Glenna recuperó su expresión alegre.
-Echaste un vistazo y te olvidaste de seguir soltero, ¿eh?
-Algo parecido -convino Reese. Había echado un vistazo y se había excitado, pero el resultado final había sido el mismo: la rubia de piernas largas y andar perezoso y seductor en ese momento era su mujer.
Al salir de la tienda despedidos por Glenna, se dio cuenta de algo que lo hizo fruncir el ceño mientras cargaban las bolsas en la ranchera: a Glenna le había desagradado April a primera vista, pero se había mostrado perfectamente relajada y amistosa con Madelyn. A pesar de que esta se vestía de forma más elegante que April, tenía un trato cordial y abierto al que Glenna había respondido. Madelyn siempre atraería las miradas de otras personas, pero nunca inspiraría el tipo de hostilidad de su propio sexo que había provocado April.
Estilo. Miró a su esposa y pensó en el aspecto que había tenido el día anterior mientras perseguía a la gallina. Entonces no se había atrevido a reír, pero en ese momento no pudo evitarlo. Hasta cuando perseguía gallinas, Madelyn lo hacía con estilo.

Madelyn llevaba todo el día en el exterior quitando la pintura descascarillada de la casa. Era una mañana tan hermosa, que disfrutaba a pesar del trabajo duro. Pero se acercaba el mediodía y la temperatura subía de forma incómoda. El sudor hacía que la ropa se le pegara al cuerpo. Cuando decidió que ya era suficiente por un día, bajó de la escalera y fue a darse una ducha.
Al bajar, lo primero que vio fue la mochila que contenía el almuerzo de Reese sobre un armario. Había vuelto a salir a reparar vallas y se había olvidado la comida y el termo con té.
Miró la hora. Debía estar muriéndose de hambre. Con rapidez vació el termo, para llenarlo de nuevo con cubitos y té, luego sacó las llaves de la ranchera y salió con la comida en la mano. Por casualidad sabía dónde trabajaba, ya que en las dos últimas semanas le había enseñado un poco el rancho, y esa mañana había mencionado dónde estaría.
Su matrimonio no tenía ni tres semanas de antigüedad, y ya le resultaba imposible recordar su vida anterior. Nunca antes había estado tan ocupada como en ese momento, aunque tenía que reconocer que se olvidaría encantada del trabajo en la casa para salir con Reese por el rancho, pero él aún se negaba a querer oír hablar del asunto. Había decidido dónde encajaría en su vida, y no le permitía salir de ese límite.
Casi podía sentir el hambre de él por la noche cuando le hacía el amor, pero jamás se dejaba llevar, nunca liberaba la pasión que ella percibía, y el resultado era que tampoco Madelyn se podía dejar llevar. El sexo ya no era incómodo, y estaba desesperada por recibir más de su acto de amor, pero la intensidad que necesitaba no estaba allí. El se contenía, reduciendo el placer que ambos podrían haber experimentado. No sabía cuánto tiempo más sería capaz de soportarlo, cuánto pasaría hasta que empezara a plantear excusas para darle la espalda por la noche. Sabía que la situación era peligrosa, en particular cuando aún esperaba tener el período.
Tardó casi cuarenta y cinco minutos en encontrarlo. Había aparcado la furgoneta bajo un árbol, ocultándolo en parte a la vista. Pero por casualidad había vislumbrado un destello

metálico.
Él alzó brevemente la cabeza cuando ella se acercó, pero no dejó de trabajar. Madelyn sintió un nudo en la garganta. Reese se había quitado la camisa y el torso musculoso le brillaba por el sudor. Se movía con una gracia fluida que hacía que su fuerza resultara mucho más llamativa.
Cuando terminó, tiró el martillo al saco con las vallas y se quitó el sombrero para secarse el sudor de la cara con el antebrazo.
-¿Qué haces aquí? -no sonó en absoluto complacido de verla.
Madelyn bajó del vehículo con el termo y los sándwiches.
-Te olvidaste el almuerzo.
Caminó hacia ella y le quitó el termo de la mano. Lo abrió y se lo llevó directamente a la boca. Una gota de té escapó de sus labios y cayó por su cuello. Ella la observó con dolorosa fascinación mientras descendía por la piel encendida de Reese, y envidió el sendero que tomaba. Tan a menudo había deseado besarle el cuerpo, pero se había contenido porque él no deseaba ese tipo de intimidad. Lo único que deseaba él era la liberación del sexo, no el amor expresado en el banquete lento y sensual.
Dejó el termo en la parte de atrás de la furgoneta y recogió la camisa para secarse el sudor de la cara, los hombros, los brazos y el pecho. Soltó la camisa, apoyó la cadera en el costado del vehículo y le quitó los sándwiches.
-La ranchera no está preparada para ir por terreno agreste -comentó mientras desenvolvía un sándwich.
-No quería que te pasaras todo el día sin nada para beber o comer -explicó con los labios apretados-, y conduje con cuidado.
¿Cómo me encontraste?
-Seguí las huellas de tus ruedas.
Él gruñó y se concentró en el bocadillo. Ese y otro desaparecieron sin que entre ellos se dijera otra palabra. Madelyn se alzó el cabello del cuello para dejar que una leve brisa le refrescara la piel.
Reese observó ese gesto grácil y el corazón se le aceleró. Madelyn llevaba puestos una falda de algodón blanco con uno de sus tops favoritos, y un par de sandalias que no eran mas que unas finas suelas con unas delicadas tiras. La brisa capturó un mechón de pelo y se lo cruzó por la cara. Ella se lo apartó al tiempo que echaba la cabeza atrás.
Cada movimiento que hacía era seductor por naturaleza. Sintió la reacción en su entrepierna y en sus venas, cuando la sangre se le calentó y comenzó a circular desbocada. Cada vez le costaba más mantener las manos alejadas de ella durante el día. Se enfadaba consigo mismo por desearla tanto, y con ella por hacer todo lo que podía para empeorarlo.
-¿Realmente por qué has venido? -inquirió con aspereza-. Habría terminado y regresado a casa en una o dos horas. Ya he estado días sin comer y beber y volveré a hacerlo. Repito, ¿por qué has aparecido por aquí? -Madelyn entrecerró los ojos al girar la cabeza para mirarlo. No dijo nada, y la ira y la frustración sexual combinadas provocaron aún más presión en él-. ¿Quieres que deje de trabajar para jugar contigo? ¿No puedes estar un día sin necesitar la atención de un hombre? Quizá pensaste que tendríamos un pequeño picnic sexual.
Ella lo miró a los ojos y habló con lentitud y precisión.
-¿Por qué iba a importarme? Por lo que puedo ver, por el sexo no vale la pena ni cruzar el patio, menos aún perseguirlo por el campo. Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo.
Recibió ese puñetazo en el ego y de pronto fue demasiado. Todo era demasiado, desear y no tener, necesitar y no tomar. Ante sus ojos flotó una bruma roja y todo el cuerpo pareció expandirse mientras ciegamente alargaba las manos hacia ella para tomarla por él brazo y pegarla a él.
Madelyn no estaba preparada para la velocidad con la que él se movió. Ni siquiera tuvo tiempo de dar marcha atrás. Con un movimiento súbito la hizo chocar contra su cuerpo y le quitó el aliento. Su boca, feroz y ardiente, bajó para tomarla. Le mordió el labio inferior y,

cuando ella emitió un sonido entrecortado, Reese aprovechó la oportunidad para invadirle la boca con la lengua.

Se le atenazó el corazón al darse cuenta de que estaba descontrolado. La alzó del suelo y la boca siguió tomándola con fuerza. La invadió el júbilo, y le rodeó el cuello con los brazos mientras le devolvía el beso.

La subió a la parte de atrás de la furgoneta y colocó su camisa como sábana. La empujó y saltó hasta quedar en cuclillas; luego la tumbó sobre la camisa y se acomodó sobre ella.

El sol se coló por entre las hojas, y moteó la piel brillante de Reese. Tenía unos ojos ferozmente primitivos mientras con las rodillas le apartaba los muslos. Parecía salvaje y magnífico Madelyn emitió un gemido suave cuando alargó los brazos hacia él.

El le arrancó la ropa y a ella no le importó. La camiseta cedió bajo los dedos de Reese y la tensa elevación de los senos de Madelyn le apuntó en toda su desnudez. La succionó mientras le subía la falda hasta la cintura y enganchaba los dedos pulgares en la banda elástica de las braguitas. Ella alzó las caderas para ayudarlo, pero oyó el encaje al desgarrarse y lo vio tirar los fragmentos a un lado. Reese trasladó los labios al otro pecho y succionó el pezón mientras se dedicaba a desabrocharse los vaqueros. Gruñó cuando la cremallera se abrió y liberó su extensión palpitante; con un único movimiento se quitó los vaqueros y la ropa interior.

La entrada que realizó fue dura y rápida. El cuerpo de ella tembló bajo el impacto y levantó las caderas. El gimió en voz alta cuando la exquisita funda femenina lo envolvió, transformando de inmediato el dolor insoportable en un placer insoportable.

Al arquearse, Madelyn le clavó las uñas en la espalda, impulsada por una explosión de calor. La tensión le encapsuló el cuerpo hasta que creyó que iba a enloquecer, y gritó un poco cuando lo rodeó con las piernas para introducirlo aún más. Ambos estaban salvajes. La embistió y ella lo tomó. Con el movimiento de las caderas le devolvió el martilleo mientras él la cabalgaba sujetándole los glúteos con las manos para pegarla todavía más y meterse más hondo.

Una oleada enorme estalló en los sentidos de Madelyn sin previo aviso, haciéndola lanzar un grito primigenio que cortó el aire. El no dejó de embestirla y volvió a suceder, con tanta celeridad que ella casi no pudo recuperar el aliento después de la primera vez, y la segunda fue mucho más poderosa, elevándola a alturas insospechadas. Le mordió el hombro sollozando, y de pronto lo sintió ponerse más duro y grande en su interior, y todo el cuerpo de Reese comenzó a temblar y a sacudirse. Echó la cabeza atrás con un grito gutural que escapó de su pecho mientras sus caderas se contraían con espasmos de compleción.

La quietud posterior tuvo una cualidad onírica. Yacieron uno al lado del otro, con el brazo pesado de Reese sobre el estomago de Madelyn. Quizá ella dormitara. La brisa le secó el sudor del cuerpo con un contacto gentil y fresco. Tras un largo, largo tiempo que pudo haber sido minutos, se volvió hacia sus brazos y le dio un beso en los labios.

En esa ocasión él se quitó las botas y los vaqueros. Esa vez fue casi tan febril como la primera. La fuerza del apetito contenido de él había ido subiendo hasta que, como un río que desborda un estanque, ya no pudo contenerse. Le desabrochó la falda y se la quitó; luego ella separó los muslos y él no pudo resistir ni un minuto más. La visión de esas piernas esbeltas abriéndose a él era una imagen que había hostigado sus sueños. Su intención había sido ser más sosegado con Madelyn, pero en cuanto la penetró, ella emitió un sonido salvaje y comenzó a mover las caderas, enloqueciéndolo otra vez.

Al terminar, no se retiró, sino que permaneció sobre ella en continuada posesión.

-Reese -susurró mientras le acariciaba el pelo húmedo.

El le alzó el rostro y comenzó a beber de ella con los besos prolongados que había estado anhelando. Comenzó a endurecerse otra vez, pero seguía dentro de Madelyn y no había prisa, solo un placer creciente.

Ambos estaban drogados por, el placer. Le acarició los pechos con las manos y la boca. Los finos dedos de ella le recorrieron el cuerpo musculoso hasta cerrarse sobre sus glúteos compactos. Apoyándose sobre los brazos, él comenzó un movimiento lento. Ella también se

Librodot

incorporó y le besó el cuello y el pecho, pasándole la lengua por las tetillas. Cuando supo que le faltaba poco, se retorció y Reese observó extasiado el rubor que invadió su torso y la dureza de sus pezones. La alzó por las caderas y siguió embistiéndola hasta que la visión de su satisfacción convulsiva lo impulsó a la cumbre antes de que Madelyn hubiera terminado.
Las calurosas horas del mediodía transcurrieron mientras se saciaban con el cuerpo del otro. No existía nada salvo la exploración sensual y la ardiente satisfacción. La besó de la cabeza a los pies, probando la dulzura de su piel, deleitándose en el modo en que ella respondía al más ligero contacto.
Madelyn se aferró a él, sin pensar, sin querer pensar más. Esa era la magia que había querido, la sensualidad ardiente que había percibido en él. Ninguna parte de su cuerpo quedó sin tocar o ser amada. La extenuación los invadió y se mezcló con el placer, y en algún momento se quedaron dormidos.
Cuando despertaron el sol estaba bajo y el aire comenzaba a refrescar. Reese la envolvió con el calor de su cuerpo y le apartó el pelo de la cara.
-¿Te encuentras bien? -murmuró, preocupado al recordar la violenta intensidad de su acto de amor.
Ella acomodó la cara contra su cuello y le rodeó el hombro con un brazo esbelto.
-Mmm -musitó y cerró los ojos otra vez. No tenía ganas de moverse.
-Despierta, cariño -deslizó una mano por su costado y le tomó un pecho.
-Estoy despierta -las palabras salieron apagadas.
-El sol casi se ha puesto. Debemos irnos.
-Podemos dormir aquí -se movió como si intentara hundirse en la piel de él y bajó la mano. Reese entornó los ojos mientras los dedos se cerraban con suavidad en torno a su pene. Hazme el amor otra vez, Reese. Por favor.
-No te preocupes por eso -musitó.
Era imposible que pudiera contenerse después de haber probado la pasión de Madelyn o que esta se lo permitiera. Con una mezcla de furia y desesperación, supo que ya nunca sería capaz de mantener las manos lejos de ella. Pero la temperatura bajaba por segundos y el sol se hallaba bajo en el horizonte. Se sentó y la arrastró con él
En casa -indicó-. Mis rodillas ya han soportado todo lo que podían. La próxima vez quiero estar en la cama.
Ella tenía los ojos somnolientos y los labios inflamados por los besos.
-Mientras sea pronto -susurró, y pensó que podría llorar de tanto que lo amaba.

Siete

Su espíritu estaba dispuesto, pero su cuerpo no aguantó. Esa noche durmió en los brazos de él. Reese la dejó, sintiendo la satisfacción de su propio cuerpo al igual que cierta ironía. Si Madelyn había sido seductora antes, en ese momento lo era el doble. Era como si también ella se hubiera estado conteniendo.
Estaba boca arriba con ella encima cuando a la mañana siguiente sonó el despertador. Se estiró para apagarlo mientras Madelyn se desperezaba somnolienta sobre su pecho como si fuera una gata. Le acarició la espalda.
-Hora de levantarse.
Madelyn volvió a acomodar la cabeza en el hueco de su hombro. Bostezó y permaneció a la escucha de los fuertes latidos del corazón de Reese. Mientras escuchaba, comenzó a latir más deprisa, por lo que alzó la cabeza para mirarlo. Él tenía los ojos entrecerrados e intensos. La rodeó con los brazos y rodó hasta dejarla bajo su cuerpo, con las piernas entre las de ella. Madelyn se aferró a Reese y se entregó al creciente éxtasis ya familiar mientras comenzaba a hacerle el amor.

-¿Qué vas a hacer hoy? -preguntó ella durante el desayuno.
-Trasladar una parte del rebaño a otra sección de las tierras para que no agoten esa zona de pastoreo.
-Voy contigo -automáticamente él fue a negarse, pero ella lo miró con dureza-. No digas que no -aconsejó-. Ya tengo filetes marinándose en la nevera y las patatas cocidas están casi hechas, de modo que terminarán de hacerse mientras se fríen los filetes. No hay motivo para que esté aquí sentada todo el día si puedo ir contigo.
-Lo que me pregunto es si llegaré a trabajar -musitó-. De acuerdo, te ensillaré el caballo. Pero te lo advierto, Maddie, si no eres capaz de montar lo bastante bien como para mantener el paso, no volverás a salir conmigo.
Media hora más tarde ella apareció en el granero con unos vaqueros, botas y una de las camisas vaqueras de trabajo de él remangadas y con los extremos atados a la cintura. Llevaba el pelo trenzado hasta el centro de la espalda, unos guantes gruesos y parecía tan elegante como si estuviera modelando ropa y no preparada para emprender un día de conducir ganado. Llevaba un sombrero de paja que se puso antes de acercarse al caballo que le había preparado Reese.
La observó mientras Madelyn le daba al animal tiempo para que se acostumbrara a ella rascándole detrás de las orejas y canturreándole, cosas que April jamás había hecho. Soltó las riendas, luego subió la bota al estribo y con competencia se subió a la montura. Reese montó su propio caballo.
La observó con atención mientras avanzaban al trote por el campo. Iba bien sentada y tenía manos seguras y firmes, aunque le faltaba la postura relajada de él, pero Reese montaba desde crío. La sonrisa que ella le lanzó estaba tan llena de placer que se sintió culpable por no haberla llevado antes consigo.
Estableció un ritmo tranquilo, sin querer presionarla demasiado. Cuando llegaron junto al rebaño, le explicó cómo trabajaba. El rebaño ya estaba dividido en tres grupos más pequeños que pastaban en diferentes secciones. Todo el rebaño era demasiado grande para que él lo moviera solo. Dedicaba mucho tiempo a trasladarlos a pastizales nuevos y asegurándose que no destruyeran el ciclo de las plantas. Señaló al grupo que iban a mover y le entregó a Madelyn una cuerda enroscada.
-Bastará con que la muevas junto al hombro del caballo y dejes que el animal haga el trabajo si una vaca decide seguir en una dirección diferente. Lo único que tienes que hacer es aguantar en la silla de montar.
Aguantar en la silla no era problema; la enorme silla de montar del oeste parecía una cuna comparada con la pequeña del este a la que estaba acostumbrada. Aceptó la cuerda y practicó unos cuantos movimientos, para asegurarse de que no asustaba al caballo.
Disfrutó del trabajo. Le gustaba estar a la intemperie, y había una especie de paz en marchar junto al ganado y de vez en cuando agitar una cuerda en su dirección, escuchar los mugidos profundos y descubrir el placer de montar un caballo ganadero bien entrenado.
Se detuvieron a almorzar y a dejar que las reses y las monturas bebieran de un pequeño estanque natural. Cuidados los caballos, Reese los ató cerca y se sentó junto a ella en la pequeña elevación que Madelyn había elegido para la comida. Se quitó el sombrero y lo depositó en la hierba a su lado.
-¿Te gusta hasta ahora?
-Me encanta -sonrió mientras le pasaba un sándwich-. Reina tanta paz aquí, sin coches, ni teléfonos ni polución. Puede que mañana me tengas que ayudar para levantarme de la cama, pero habrá valido la pena.
-Esta noche te pasaré linimento -la miró con ojos resplandecientes-. Después.
-¿Cómo lo estoy haciendo? -preguntó después de darle un beso y desenvolver su propio sándwich-. ¿Se me nota que soy una novata?
Lo haces bien. El único problema es que no paro de preocuparme de que te caigas y el ganado

Librodot

te pise. Eres la primera vaquera que he tenido.
Él se apoyó en un codo y estiró sus largas piernas mientras comía un segundo sándwich. Madelyn comenzó a sentir calidez mientras lo miraba; aunque iba con unos vaqueros marrones, una camisa blanca y las típicas botas, superaba a modelos masculinos que había visto vestidos con esmoquin. Su primera mujer debía ser presidenta de un Club de Estúpidas en alguna parte, aunque no había que permitir que la muy desgraciada se librara de lo que le había hecho. Madelyn nunca antes se había considerado vengativa, pero se sentía así con cualquiera que lastimara a Reese. Si alguna vez conocía a April, le arrancaría el pelo.
Se sentó con las piernas cruzadas ante él.
-Hay algo de lo que debemos hablar.
-¿Qué? -preguntó, tumbándose boca arriba y apoyando el sombrero sobre los ojos.
-Hijos.
Abrió un ojo y la estudió, luego se quitó el sombrero y le prestó toda, su atención.
-Santo cielo, ¿ya estás embarazada?
-No, y aunque así fuera, todavía no lo sabría, porque no es el momento de mi período. No hablamos de ello antes de casarnos, de modo que no sabía si querías esperar antes de que tuviéramos hijos o los querías de inmediato. Cuando llamaste, era el momento de mi período, así que al ir a ver al médico para realizarme el análisis, le pedí una receta para píldoras anticonceptivas.
-¿Tomas la píldora? -se irguió con expresión sombría.
-Sí. Solo la he tomado este mes. Si quieres empezar a tener hijos en el acto, puedo dejarla.
-Deberías haberlo hablado conmigo antes, ¿o era otro de los temas, como el de tu virginidad, que no consideraste que fuera asunto mío?
-Algo así -lo miró de reojo-. No te conocía y no me sentía muy cómoda contigo.
La observó durante un minuto, luego alargó el brazo para tomarle la mano.
-¿Qué piensas sobre quedarte embarazada de inmediato?
-No me importaría. Quiero tener tus hijos. Si tú quieres esperar, perfecto, pero no deseo esperar más de un año. Tengo veintiocho años. No quiero tener treinta y muchos cuando empecemos.
Pensó en ello mientras estudiaba el contraste de la mano delicada en la suya grande y áspera. Después de haber cedido a la poderosa atracción física que había entre ellos, no quería dejarla tan pronto. Quena disfrutarla plenamente durante un tiempo antes de que un embarazo estableciera unos límites necesarios a la vehemencia de su amor. Acercó su mano a la boca y le lamió la palma.
-Toma la píldora durante unos meses dijo-. Volveremos a hablar del tema en el otoño.
Ella tembló y sus ojos adquirieron una expresión aturdida al sentir la lengua sobre la mano. Mientras la tumbaba en la hierba, le preguntó:
¿Crees que esta vez te quitarás las botas?
-Lo dudo -respondió.
No se las quitó, pero a ella no le importó.

Después de aquel día, lo acompañó a menudo. Lo ayudó a trasladar el ganado, a vacunarlo y a implantarle etiquetas en las orejas. También lo ayudó a cortar, guardar y mover el heno. Cuando no salía con Reese, continuaba con el proyecto de limpiar la fachada de la casa.
Al final él notó la diferencia e investigó. Los restos de trozos de pintura blanca en el suelo le revelaron todo lo que necesitaba saber.
Se apoyó en un armario de la cocina con los brazos cruzados.
-¿Estás descascarillando la casa?
-Sí.
-Quiero que pares de inmediato.
-No podemos pintar la casa hasta no haber quitado la primera capa -comentó ella con tono

razonable.
-No puedo permitirme pagar la pintura, de modo que da igual. Y no quiero que andes subida a escaleras de tres metros. ¿Y si te cayeras mientras yo no estoy por aquí?
-¿Y si tú resultaras herido mientras no estás aquí? -replicó ella-. Tengo cuidado, y hasta ahora no he tenido ningún problema. Falta poco.
-No. No puedo pagar la pintura -repitió-, y aunque pudiera, no dejaría que la quitaras tú,
-Tú no tienes tiempo; además, ¿quién más puede hacerlo?
-Por tercera vez -gritó-. ¡No puedo pagar la pintura! ¿Qué hace falta para que lo entiendas?
-Esa es otra cosa de la que nunca hemos hablado. ¿Qué te hace pensar que no podemos permitirnos la pintura? Yo me mantenía antes de casarme contigo, ¿sabes? -puso las manos en las caderas y lo miró-. Tengo una cuenta corriente y una de ahorros, que he transferido a un banco en Billings. También tengo un fideicomiso que heredé de la abuela Lily. No es una fortuna bajo ningún concepto, ¡pero desde luego que nos podemos permitir unos botes de pintura!
El rostro de Reese era como el granito.
-No. ¿Recuerdas nuestro acuerdo prenupcial?. Lo tuyo es tuyo y lo mío es mío. Si gastas tu dinero en el rancho, sería como cancelar el acuerdo y te daría derecho sobre él en base a que has ayudado a su mantenimiento.
Ella le clavó el dedo en el pecho.
-Primero, G. Reese Duncan, no planeo pedir un divorcio, así que me importa un bledo lo que aparezca en tu preciado contrato. Segundo, ¿cuánto costaría pintar la casa? ¿Cien dólares? ¿Doscientos?
-Casi doscientos, y no, por Dios, no vas a comprar la pintura.
-No solo voy a comprarla, sino que voy a pintarla. Si estás tan decidido a proteger el rancho de mis tramas, entonces redactaremos un contrato en el que tú aceptas devolverme el dinero de la pintura, y pagar mi tiempo también, si insistes, con lo cual anularemos cualquier posible reclamación que yo pudiera querer establecer en tu contra. Pero, para que lo sepas, yo también vivo aquí, y quiero que el exterior sea tan agradable como el interior. La próxima primavera voy a plantar flores, de modo que si te opones a eso, será mejor que lo arreglemos también ahora. La única elección de que dispones en este instante es el color que quieres para la casa, y tus elecciones son blanco y blanco -gritaba al terminar, con el rostro acalorado. Él estaba más furioso de lo que nunca lo había visto.
-Haz lo que más te apetezca -espetó, largándose de la cocina.
Ella lo hizo. La siguiente vez que fueron al pueblo, compró la pintura y los rodillos y pagó con uno de sus cheques, mirándolo con ojos centelleantes en los que lo desafiaba a empezar otra vez. De mala gana, Reese sacó la pintura a la furgoneta.
Tuvo la casa pintada a mediados de agosto, y en el proceso desarrolló un sano respeto por la gente que se ganaba la vida con la pintura. Fue uno de los trabajos más duros que jamás había hecho. Pero cuando terminó y la casa resplandeció como una joya, se sintió más orgullosa de sus esfuerzos de lo que nunca lo había estado por cualquier otra cosa que hubiera hecho.
Hasta Reese reconoció con renuencia que la casa estaba bien y que había realizado un buen trabajo, aunque aún lo molestaba el hecho de que hubiera seguido adelante. Quizá solo fuera orgullo masculino, pero no quería que su mujer pagara por algo cuando él no podía permitírselo.
Su mujer. Después de dos meses de casado, ella se había introducido tan completamente en su vida, que no había ni una sola parte que no hubiera tocado. Hasta había redistribuido el cajón con su ropa interior.
A su propia manera, Madelyn trabajaba tan duramente como él.
Una calurosa mañana de fines de agosto, ella descubrió que no tenía suficiente harina para lo que necesitaba preparar ese día. Reese ya se había marchado y no volvería a almorzar, por lo que subió a cambiarse para salir. Además, ya casi era hora de reponer todas las provisiones, de modo que se llevó la lista de lo que necesitaban. Le ahorraría un viaje si realizaba la

Librodot

compra mientras estaba en el pueblo.
Como le encantaba hablar con Floris, pasó por la cafetería para tomar un café y una porción de tarta. Después de que Floris hubiera despedido a su único cliente, se acercó al reservado de Madelyn y se sentó frente a ella.
-¿Por dónde anda tu hombre hoy?
-En el campo. Me quedé sin harina y vine a reponer la despensa.
Floris asintió con gesto de aprobación, aunque su rostro agrio no llegó a iluminarse.
-Su primera mujer jamás hizo la compra. Supongo que no sabía nada sobre cocinar, aunque, por supuesto, por ese entonces Reese tenía contratada a una cocinera. Es una pena lo que le pasó a ese rancho. Solía ser una propiedad magnífica.
-Volverá a serlo -afirmó Madelyn con confianza-. Reese está trabajando con ahínco para recuperarla.
-Si algo tiene de bueno, es que nunca le ha tenido miedo al trabajo. No como algunos de los hombres que hay por aquí -miró furiosa hacia la puerta, como si aún pudiera ver al vaquero que acababa de marcharse.
Charlaron un rato más, luego Madelyn cargó las provisiones en la ranchera y regresó a la casa. No era mediodía, de modo que dispondría de un montón de tiempo para preparar la tarta que había planeado.
Para su sorpresa, la furgoneta de Reese se hallaba en el patio cuando llegó. Salía de la parte de atrás con un cubo de agua cuando la vio cambió de dirección y se dirigió hacia ella con expresión sombría y echando chispas por sus ojos verdes.
-¿Dónde diablos has estado? -bramó.
A ella no le gustaron sus modales, pero le contestó con tono razonable.
-No tenía suficiente harina para la comida, así que fui a Crook a comprar provisiones.
-¡Maldita sea, no vuelvas a salir sin decirme adónde vas!
A Madelyn le costó retener la compostura.
-¿Cómo habría podido hacerlo si no estabas?
-Podrías haber dejado una nota.
-¿Por qué iba a dejar una nota si se suponía que no ibas a volver para el almuerzo y yo iba a regresar mucho antes que tú? ¿Por qué has vuelto?
-Una de las mangueras pierde. He regresado para cambiarla -por el motivo que fuera, no tenía ganas de dejarlo estar-. Si no hubiera vuelto, no habría averiguado que habías empezado a recorrer el campo por tu propia cuenta, ¿verdad? ¿Desde cuándo lo haces?
¿Comprar comida? Diría que varios siglos.
Con cuidado, él puso el cubo en el suelo. Al erguirse, Madelyn vio sus ojos; no solo estaba enfadado u ofendido, sino furioso. Nunca había estado tan furioso, ni siquiera por la pintura.
-Te vestiste de esa manera para comprar comida? -preguntó con los dientes apretados.
Ella bajó la vista a la ropa que llevaba. Una simple falda rosa que terminaba justo encima de las rodillas y una blusa de seda blanca con las mangas subidas. No llevaba puestas medias e iba calzada con unas sandalias.
-¡Sí, me vestí así para comprar comida!
Por si no lo has notado, hace calor. No quería ponerme vaqueros, quería ponerme una falda, porque es más fresca.
-¿Te gusta que los hombres te miren las piernas?
-Por lo que he notado, nadie me ha mirado a las piernas. En una ocasión te dije que no iba a pagar por los pecados de April, y hablaba en serio. Y ahora, si no te importa, necesito entrar la comida en la casa.
Cuando se dio la vuelta, la tomó del brazo y la obligó a girar para mirarlo.
-No te vayas cuando te estoy hablando
-¡Perdón, majestad!
Le asió el otro brazo y la sostuvo delante de él.
-Si quieres ir al pueblo, yo te llevaré -afirmó con voz de hierro-. De lo contrario, mantendrás

tu pequeño trasero aquí en el rancho, y nunca, nunca, te vayas de la casa sin comunicarme dónde estás.
Madelyn se puso de puntillas, tan enfadada que temblaba.
-Deja que te diga algunas cosas, y será mejor que escuches. Soy tu esposa, no tu prisionera de guerra. No te pediré permiso para comprar comida, y no permitiré que se me mantenga encerrada aquí como si fuera una especie de delincuente. Si escondes las llaves del coche o le haces algo para que no funcione, entonces iré andando adonde quiera ir, y puedes apostar el rancho a que lo haré. No soy April, ¿lo has entendido? No soy April.
Le soltó los brazos y ambos permanecieron paralizados sin ceder un centímetro. Con lentitud, Madelyn se agachó para levantar el cubo con agua; y luego se lo volcó encima. El agua cayó sobre su cabeza y hombros y descendió por su torso hasta formar un pequeño charco alrededor de sus botas.
-Si con eso no ha bastado para enfriarte, puedo ir a buscar otro -ofreció con tono helado.

Los movimientos de él fueron, igual de deliberados al quitarse el sombrero y agitarlo contra la pierna para eliminar el exceso de agua, luego lo soltó en el suelo. Ella vio que tenía los dientes apretados; entonces se movió como una serpiente que ataca para asirla por la cintura, levantarla y depositarla sobre el parachoques delantero.
Los antebrazos le temblaban con la fuerza que necesitaba para contener su temperamento. Tenía el pelo negro pegado al cráneo; el agua aún le chorreaba por la cara y sus ojos eran un fuego verde.
Temblaba de furia pero no había nada que pudiera hacer. Su esposa no retrocedía ante nadie, ni siquiera ante él, y se cortaría las manos antes que causarle algún daño. Lo único que podía hacer era quedarse allí mientras trataba de recuperar el control.
Se observaron en silencio durante un minuto, con Reese sosteniéndola aún sobre el parachoques. Él bajó la vista a las piernas de Madelyn y lo recorrió un escalofrío. Cuando volvió a mirarla, ya no había furia en sus ojos.
Enganchó los dedos en el bajo de la falda y la levantó, al tiempo que le abría las piernas y se situaba entre ellas. Ella hundió los dedos en su pelo mojado, y le sostuvo la cabeza mientras con los labios atacaba su boca en un beso apasionado que contenía furia y deseo.
-Maddie -dijo él mientras le apartaba las braguitas y se desabrochaba el cinturón , los vaqueros.
Fue igual que había sido en la parte de atrás de la furgoneta. El torrente de pasión fue duro, veloz y abrumador. Con una mano Reese se guió mientras la otra le adelantaba las caderas hacia él. Ella gimió y enroscó las piernas en torno a su marido, luego le sostuvo la cabeza hasta que sus ojos se encontraron.
-Te amo -declaró con fiereza-. Te amo, maldita sea.
Las palabras lo golpearon como un rayo, pero los ojos de Madelyn eran claros y directos, y él se perdió en sus profundidades. Lo que empezó como algo salvaje se tornó lento, encendido y tierno. Comenzó a moverse dentro de ella, despacio. Y volvió a repetir su nombre, en esa ocasión con voz trémula.
Ella era como el fuego, y toda suya. Ardía por él y con él, y su intensa sensualidad era igual a la de Reese. Juntos disfrutaron de la lenta ascensión de la pasión y de los toques eróticos que la alimentaban y que al cabo terminarían por extinguirla, pero no en ese momento.
Él le desabrochó la blusa mientras ella hacía lo mismo con su camisa. Cuando le soltó el sujetador, despacio unió sus torsos desnudos y osciló de un lado a otro para que los pechos de ella se frotaran contra el suyo y el vello le excitara los pezones e hiciera que se arqueara en sus brazos.
-Dios, no consigo tener suficiente de ti -musitó Reese.
-No quiero que lo tengas.
La pasión le había puesto los ojos vidriosos. El volvió a tomarle los labios y seguía besándola cuando Madelyn gritó y se convulsionó en una oleada de placer. Se contuvo en lo más hondo

Librodot

de ella, sintiendo la compresión ardiente y gentil de las caricias interiores a su alrededor. Sabía que jamás encontraría ese tipo de pasión abrumadora con otra mujer. Únicamente con Maddie.
La liberación la dejó débil. Se echó sobre el capó del vehículo con respiración entrecortada y los ojos cerrados. Reese le sujetó las caderas y comenzó a embestirla con fuerza, anhelando esa dulce debilidad para sí mismo. Madelyn abrió lentamente los ojos mientras la penetraba y cerró las manos en torno a las muñecas de él.
-Te amo -repitió.
Hasta oír las palabras por segunda vez no se había dado cuenta de lo mucho que las necesitaba y anhelaba. Gimió y sus caderas experimentaron una sacudida; luego el placer lo golpeó y tardó mucho tiempo en poder pensar. Solo fue capaz de sentir, y de tumbarse sobre el. cuerpo suave de ella y los brazos que le daban la bienvenida.
En la cama aquella noche, pasó los dedos con suavidad por la curva de los hombros de Madelyn.
-Lo siento -murmuró-. Hoy me pasé.
Ella le dio un beso somnoliento en la mandíbula.
-Creo que entiendo más que antes. ¿April alguna vez... ?
-¿Estuvo con otros hombres? Sí.
-La muy tonta -murmuró, bajando la mano para acariciarlo íntimamente.
-Yo no fui un santo, Maddie -le alzó la cabeza-. Puede ser duro vivir conmigo.
Ella abrió mucho los ojos con gesto burlón y emitió un sonido de incredulidad. Él rio entre dientes y suspiró.. Lo que la mano de Madelyn le hacía era tan grato que parecía casi criminal.
-Tienes razón, he intentado mantenerte prisionera en el rancho. No volverá a suceder.
-No pienso fugarme -le aseguró en un susurro-. Tengo lo que quiero aquí mismo. Y tenías razón en una cosa.
-¿En qué?
-Hacer el amor es una de las mejores formas de establecer las paces.

Ocho

Reese vendió el ganado por más de lo que había esperado. Pagó la hipoteca con sombría satisfacción, ya que le quedaba lo suficiente como para expandir el rebaño en la primavera y aportar nueva sangre que había querido probar con sus animales. Podría reparar el equipo cuando fuera necesario. Incluso podría llevar a Madelyn a cenar fuera de vez en cuando. Quería poder llevarla a sitios agradables y mimarla, comprarle ropa y joyas, todas las cosas que otrora había dado por hechas en su vida. Faltaba mucho para que el rancho fuera tan rico como había sido, pero iba camino de ello.
Madelyn lo había acompañado a Billings cuando él fue a hablar con su banquero. Había esperado que después quisiera ir de compras, aunque cada día comprendía más lo diferente que era de April, también aceptaba con ironía que su mujer era una amante de la ropa.
Y sí fue de compras, pero otra vez lo sorprendió. Compró ropa interior y vaqueros para él; luego estuvo lista para ir a casa.
-No sé cómo alguna vez he podido soportar una ciudad tan grande como Nueva York -comentó distraída, mirando el tráfico-. Esto es demasiado ruidoso.
El se mostró asombrado; Billings tenía menos de setenta mil habitantes, y las peleas en los bares eran más normales que la violencia de pandillas o relacionada con la droga. No, Maddie no era como April, que había considerado que Billings no era más que un cruce de caminos perdido en el mapa. Para April, solo las ciudades como Nueva York, Londres, París, Los Angeles y Hong Kong habían sido lo bastante sofisticadas como para que pudieran proporcionarle diversión.
Madelyn estuvo más que contenta de regresar al rancho. Comprendía que allí era donde más

feliz se sentía. Aportaba la paz que nacía solo de la proximidad con la tierra y la naturaleza. Y ya era su hogar.
Regresaron mediada la tarde y Reese fue a cambiarse de ropa para comenzar sus tareas. Era demasiado pronto para ponerse a preparar la cena, así que Madelyn salió al porche a sentarse en la hamaca. Casi había llegado el otoño y el calor ya comenzaba a abandonar el día.
Cuando él bajó de cambiarse, la encontró allí. Se sentó con ella en la hamaca, pensando que el trabajo podía esperar un poco. Le pasó el brazo por los hombros y la acercó hasta que ella apoyó la cabeza en el hueco de su hombro.
-El invierno no tardará en llegar -comentó ella.
-Más pronto de lo que imaginas.
-Las navidades ya no están tan lejos. ¿Puedo invitar a Robert?
-Desde luego. Es tu familia.
-Lo sé -sonrió- pero el calor que hubo entre vosotros en la boda no fue abrumador.
-¿Qué esperabas, dadas las circunstancias? Los hombres somos territoriales. El no quería entregarte y yo estaba decidido a tenerte, lloviera o tronara -le dio un beso lento-. Y era un desconocido que esa noche se iba a llevar a su hermana a la cama -durante un momento solo se oyó el crujido de la hamaca. La besó otra vez y luego la abrazó.. Con vaga sorpresa, pensó que no había imaginado que el matrimonio sería de esa manera, pasión y satisfacción-. Tengamos un bebé -musitó.
-Dejaré de tomar la píldora -repuso ella pasado un rato. Luego le tomó la mano y se la llevó a la mejilla.
La ternura del gesto fue casi dolorosa. La alzó y la sentó a horcajadas sobre su regazo, para poder verle la expresión.
-¿Es lo que quieres?
-Sabes que sí -el rostro parecía iluminado desde dentro. De repente rio y le rodeó el cuello con los brazos para abrazarlo con fuerza-. ¿Hay gemelos en tu familia?
-¡No! -se echó para atrás y la miró con suspicacia-. ¿En la tuya?
-De hecho, sí. La abuela Lily tenía una gemela.
La idea de unos gemelos fue demasiado. Movió la cabeza, negando la posibilidad.
-Uno por vez, cariño. Nada de dobles -introdujo las manos por debajo de la falda y de las braguitas para tomarle los glúteos-. Podrías estar embarazada para la Navidad.
-Mmm, eso me gustaría.
-Me esforzaré -le brillaron los ojos.
-Pero probablemente haga falta más tiempo.
-Entonces tendré que esforzarme más.
-Es imposible que pierda -comentó satisfecha.

La primera nevada cayó en octubre, diez centímetros de polvo fino y seco. Madelyn descubrió que la nieve no detenía el trabajo de un ranchero, solo lo intensificaba, aunque diez centímetros no era nada que produjera preocupación. En pleno invierno Reese tendría que llevarle heno al ganado y romper el hielo en los estanques para que las reses pudieran beber. Tendría que encontrar a los terneros perdidos ante de que fuera tarde.En reconocimiento de él, los inviernos podían ser un infierno.

Robert llegó el veinticuatro y pasó tres días con ellos. Apenas ver a Madelyn, la estudió con ojos penetrantes, pero fuera lo que fuere lo que vio, debió de reafirmarlo, porque entonces se relajó y fue un invitado afable. La divirtió ver el modo en que Reese y Robert se relacionaron, ya que ambos eran muy parecidos, hombres muy reservados y fuertes. Su conversación consistía de fragmentos de oraciones, como si lanzaran comentarios al azar, aunque ambos

Librodot

parecían cómodos de esa manera. Diferían únicamente en que ella jamás había visto a Robert perder los estribos, mientras que el temperamento de Reese era como un volcan.
Robert se mostró interesado en el funcionamiento de un rancho y salió a caballo con Reese todos los días de su estancia. Dedicaron mucho tiempo a hablar de futuro y otras opciones, de intereses, de la inflación y de los subsidios del gobierno. Robert se mostró muy pensativo, como si sopesara todo lo que decía Reese.
El día antes de marcharse, Robert se acercó a Madelyn. Estaba estirada en un sillón grande; escuchaba música con los ojos cerrados y seguía el ritmo con un pie.
-Nunca corras -si puedes caminar, nunca camines si puedes estar de pie -comentó divertido- nunca estés de pie si puedes sentarte, nunca te sientes si puedes tumbarte.
-Nunca hables si puedes escuchar -añadió ella sin abrir los ojos.
-Entonces escucha, que yo hablaré.
-Suena serio. ¿Vas a decirme que estás enamorado de alguien y que piensas en casarte?
-Santo cielo, no -negó más divertido.
-¿Hay alguna mujer en el horizonte?
-Algo más parecido a eso.
-¿Por qué no la trajiste? ¿Se trata de alguien que conozco?
-Es una Navidad de familia -repuso, diciéndole con esa breve oración que su nueva amante no lo había tocado de forma más profunda que ninguna de las otras-. Se llama Natalie VanWein.
-No, no la conozco.
-Se supone que debes escuchar mientras yo hablo, no hacer preguntas acerca de mi vida amorosa -acercó un puf y se sentó, sonriendo un poco al notar que ella ni siquiera había abierto los ojos durante la conversacion.
-Bien, habla.
-Nunca he conocido a nadie con una mente más clara para los negocios que Reese... excepto yo, desde luego -comentó con tono burlón.
-Oh, desde luego. ,
-Escucha, no hables. El ve lo que hay que hacer y lo hace, sin pensar en los obstáculos. Posee el tipo de determinación que no cede, sin importar las condiciones desfavorables. Pondrá en marcha este rancho. Luchará como un demonio hasta que lo tenga como solía estar.
-¿Y adónde quieres llegar? -abrió un ojo.
-Soy un hombre de negocios. El me parece un riesgo mejor que muchas de las empresas en las que apuesto. No tiene por qué esperar para reconstruir este sitio. Podría aceptar un inversor y empezar ahora mismo.
-Y el inversor, por supuesto, serías tú.
-Yo busco beneficios -asintió-. El los daría. Quiero invertir en ello personalmente, sin involucrar a Empresas Cannon.
-¿Has hablado ya con él sobre el asunto?
-Primero quería hablar contigo. Tú eres su mujer, lo conoces mejor que yo. ¿Lo aceptaría o estaría perdiendo mi tiempo?
-Bueno, no pienso darte ninguna opinión. Dependes de ti. Como has dicho, él conoce el negocio, así que deja que tome una decisión sin tener que considerar cualquier cosa que hubiera podido decir yo, a favor o en contra.
-También es tu hogar.
-Todavía sigo aprendiendo a ayudar, pero no sé lo suficiente sobre el negocio del rancho ni siquiera para ofrecer una conjetura sensata. Y reduciendo la cuestión, mi hogar se basa en mi matrimonio, no en dónde vivo. Podríamos vivir en cualquier parte y estaría satisfecha.
La miró con una extraña expresión de ternura.
-Estás realmente enamorada, ¿verdad?
-Lo he estado desde el principio. De lo contrario, jamás me habría casado con él. Asintió y se puso de pie.
-Entonces le plantearé la propuesta a Reese y veré qué piensa.

Reese la rechazó, tal como Madelyn había esperado que hiciera. El rancho era suyo; quizá tardara más y fuera más duro si lo hacía solo, pero cada árbol y cada brizna de hierba de su propiedad eran suyos, y no quería a ningún inversor de fuera. Robert aceptó la negativa de buen humor, porque los negocios eran los negocios, y jamás involucraba sus emociones.
Reese se lo contó aquella noche, en la oscuridad del dormitorio.
-Robert me hizo una oferta hoy. Si lo acepto como inversor, podría duplicar el rendimiento del rancho, contratar suficiente mano de obra para trabajar y probablemente recuperar su extensión original en cinco años.
-Lo sé. También habló conmigo.
-¿Qué le dijiste? -se puso rígido.
-Que hablara contigo. Es tu rancho, y tú sabes más que nadie cómo dirigirlo.
¿Habrías preferido que aceptara su oferta?
-¿Por qué habría de importarme?
-Dinero -indicó de forma sucinta.
-No me falta -comentó con tono divertido y cálido.
-Podrías tener mucho más.
-También mucho menos. Soy feliz, Reese. Si aceptaras la oferta, seguiría siendo feliz, y también lo sería si no la aceptaras.
-Robert dijo que no tomarías partido.
-Así es. No lo tomaré. Para mí sería una situación que no me aportaría nada, y no me gusta desperdiciar mi energía.
El permaneció despierto largo rato después de que Madelyn se durmiera en sus brazos. Era un camino hacia la seguridad financiera instantánea, pero requeriría que hiciera algo que había jurado que nunca haría poner en peligro la propiedad del rancho. Ya tenía una hipoteca, pero lograba realizar los pagos. Si. aceptaba un inversor podría pagarle al banco, pero tendría otro acreedor, a un precio que quizá no pudiera cubrir. La gran tentación radicaba en que quería darle a Madelyn todos los lujos que le habría podido proporcionar antes.
Para cuidar de su esposa como quería, tendría que arriesgar su rancho. No se le pasó por alto la ironía de la situación.

El día después de que Robert se marchara, llegó un gran frente tormentoso desde el Canadá y se puso a nevar. Al principio solo fue nieve, pero no paró. La temperatura comenzó a descender en picado y el viento aumentó.. Los informes meteorológicos decían que empeoraría. Mientras aún podía, Reese condujo el ganado hacia las zonas resguardadas, pero no estaba seguro de que dispondría del suficiente para llevarse todas las reses.
De regreso al granero la nieve cayó con tanta profusión que la visibilidad se redujo a unos tres metros. El propio rancho se convirtió en un paisaje alienígena, sin ningún hito familiar que lo guiara. Pudo continuar gracias a su propio sentido de la orientación. El caballo avanzaba con cuidado, tratando de evitar los agujeros cubiertos de nieve que podrían provocarle una caída fácil y quizá que se rompiera la pierna.
Un trayecto que por lo general requeriría veinte minutos se extendió a una hora. Comenzó a preguntarse si habría pasado por alto el granero cuando este se materializó de la nieve remolineante, e incluso entonces no lo habría visto si la puerta no hubiera estado abierta para revelar el resplandor amarillo de la luz. Frunció el ceño; sabía que había cerrado la puerta, y bajo ningún concepto había dejado una luz. Pero dio las gracias; media hora más y no lo habría conseguido.
Agachó la cabeza y fue directamente al interior del granero. Cuando captó movimiento por el rabillo del ojo comprendió que Madelyn había safido a esperarlo, literalmente con una luz en la ventana. Ella luchó contra el viento para cerrar las grandes puertas. Reese desmontó y la ayudó con el peso de su cuerpo, luego las aseguró con la barra de madera.
-¿Qué diablos haces aquí afuera? -preguntó con voz ronca mientras la atraía hacia él- ¡Maldita

Librodot

sea, Maddie, te puedes perder yendo de la casa al granero con una ventisca así!
-Me enganché al cabo -explicó, aferrándose a él-. ¿Cómo regresaste? Ahí afuera no se ve nada.
Sintió el pánico que la dominaba, ya que él mismo había empezado a experimentarlo un poco. Si hubiera estado dos metros más lejos, no habría visto la luz.
-Simple buena suerte -respondió con tono lóbrego.
Alzó la vista al hielo que cubría parte de su cara.
-Tienes que entrar en calor antes de que empiece la congelación.
-El caballo primero.
-Yo lo haré -señaló el cuarto de las herramientas, donde guardaba un pequeño calentador-. Encendí el calentador para que estuviera templado. Ve.
Después de estar fuera, el granero le parecía templado. Los animales emitían suficiente calor para que la temperatura estuviera por encima del nivel de congelación. No obstante, fue al cuarto de las herramientas y sintió que el calor lo envolvía casi de forma insoportable. No intentó quitarse el hielo de la cara; dejó que se derritiera para que no le dañara la piel. De hecho, le había aislado la cara del viento pero mucho más y habría comenzado la congelación.
Madelyn le quitó la silla de montar al caballo. El gran animal suspiró de placer. Luego lo cubrió con una manta y le dio de comer y de beber, palmeando el cuello musculoso en agradecimiento. Se lo había ganado.
Regresó junto a Reese con el corazón todavía pesado. No tenían que decirle lo fácil .que habría sido que no lo hubiera conseguido; no soportaba tener ese pensamiento.
-No será fácil volver a la casa -comentó él con voz sombría El viento probablemente sopla a más de cien kilómetros por hora. Los dos nos engancharemos al cabo, pero como protección extra voy a atarte a mí -se anudó una cuerda a la cintura, luego alrededor de ella, sin dejar más de un metro de separación entre ellos-. Te quiero tener a mi alcance. Voy a intentar aferrarme a ti, pero si debo soltarte, no te quiero más lejos que esto -volvió a ponerse el abrigo y el sombrero. Miró a Madelyn con severidad-. ¿No llevas sombrero?
Ella sacó una bufanda de lana del bolsillo y se la enroscó alrededor de la cabeza, luego juntó los extremos al cuello. Cada uno tenía una extensión de cuerda de nailon con pesadas presillas metálicas en los extremos; engancharon una a los cinturones y la otra al cabo. Salieron del granero por la pequeña puerta lateral. Aunque el cabo estaba fijado justo al lado, Reese tuvo que aferrar a Madelyn de la cintura para evitar que el viento le diera la vuelta. Sin soltarla, agarró la cuerda de ella para asegurarla por encima de la cabeza y luego aseguró la suya.
Casi era imposible avanzar. Por cada metro que progresaban a trompicones, el viento los hacía retroceder dos terceras partes de esa distancia. Cuando la arrancó de la sujeción que le brindaba Reese y la levantó en el aire, haciéndola colgar del cabo, él se lanzó a asirla, gritando algo que Madelyn no pudo entender, y la pegó a su cuerpo. La fijó contra su costado con una prensa que le comprimió las costillas y casi la dejó sin aliento. No habría podido gritar para transmitírselo, aunque hubiera tenido aire, porque el aullido del viento ahogaba todo lo demás.
Reese tropezó con los escalones posteriores y luego subió al porche. La casa bloqueaba algo de viento y logró abrir la puerta trasera, para después desenganchar los cabos. Entró trastabillando y cayó al suelo del cuarto de lavar con Madelyn todavía en brazos, pero logró girar para recibir casi todo el impacto.
-¿Te encuentras bien? -jadeó por el esfuerzo. El viento había empeorado mucho desde que llegara al granero. Ella no respondió y un miedo súbito hizo que él se pusiera de rodillas a su lado. Tenía los ojos cerrados y los labios azules. La asió por el hombro y le gritó-:
¡ Maddie ! Madelyn, maldita sea, ¿qué sucede? ¿Estás herida...? ¡Despierta y respóndeme!
Ella tosió, luego gimió y trató de acurrucarse sobre su lado, alzando los brazos para cruzarlos. Volvió a toser, después entró en un paroxismo de tos y arcadas convulsivas, retorciéndose debido a la fuerza del ataque. Reese la tomó en brazos y la sostuvo contra el pecho con el rostro pálido.

Librodot

Finalmente Madelyn consiguió estornudar.
-Cierra la puerta.
El la cerró de una patada con una fuerza que hizo que se sacudiera. Le quitó la bufanda de la cabeza y comenzó a abrirle el abrigo. La cuerda alrededor de sus cinturas aún los unía y se apresuró a soltar los nudos.
-¿Estás herida? -preguntó otra vez; el rostro era una máscara sombría.
La tos le había devuelto el color a la cara, pero empezaba a desvanecerse, dejándole una palidez mortal.
-Estoy bien -afirmó con voz áspera con la que apenas lograba emitir un sonido-. Lo que pasa es que no podía respirar.
La comprensión lo golpeó como la patada de una mula. Había estado a punto de aplastarla con la fuerza de su apretón. Se maldijo, la apoyó de nuevo en el suelo con la máxima gentileza y alargó la pierna para poder sacar la navaja del bolsillo. Ella abrió mucho los ojos cuando extendió la hoja y se puso a cortarle el jersey. que llevaba bajo el abrigo. Debajo del jersey había una camisa, pero se abrochaba por delante y eso la ayudó a escapar de ser cortada. Cuando tuvo el torso desnudo, con cautela comenzó a tantearle las costillas con expresión intensa mientras buscaba alguna señal de incomodidad en el rostro de Madelyn. Ella se encogió varias veces, pero las costillas estaban bien.
-He estado a punto de matarte -comentó con aspereza mientras la alzaba en brazos y se ponía de pie.
-No fue tan malo -logró decir ella.
-Estabas inconsciente -la llevó escaleras arriba hasta el dormitorio, donde la depositó en la cama. Se quitó el abrigo y lo dejó caer en el suelo. Luego la desnudó por completo y la examinó de la cabeza a los pies. Salvo por los moratones que empezaban a notarse en las costillas, estaba bien.
-Reese, me encuentro bien, te lo prometo -le acarició el pelo.
-Te pondré una compresa fría en las costillas para frenar los hematomas -se levantó.
-De verdad, no puedo quedarme aquí tendida y dejar que me pongas una bolsa con hielo. Tengo frío. Preferiría tomar una taza de chocolate caliente o de café -se sentó, sosteniéndose el costado con cautela pero sin dolor, y lo observó con ojos de esposa-. Estás empapado de cabalgar en esa ventisca. Necesitas quitarte esa ropa y luego los dos beberemos algo caliente.
Sacó ropa seca para ambos y comenzó a vestirse mientras Reese se desnudaba y se secaba. Se puso la ropa interior y los vaqueros secos que ella le había preparado. Cuando Madelyn pasó a su lado para ir a la planta baja, la atrapó en sus brazos durante un largo minuto. Ella le rodeó la cintura y se permitió disfrutar con su proximidad; estaba en casa, sano y salvo. No dijeron nada porque no era necesario. Bastaba con abrazarse.
Aquel día Reese fue de un lado a otro de la casa como un puma inquieto. Buscó una emisora de radio, pero no consiguió oír nada en la estática. Cerca del anochecer se fue la electricidad y encendió un fuego en laa chimenea, luego llevó un calentador de queroseno a la cocina. Madelyn encendió velas, y lámparas, y dio gracias al cielo de que el calentador de agua y la cocina funcionaran a gas.
Comieron sopa y sándwiches a la luz de las velas, luego bajaron mantas, edredones y almohadas para dormir delante de la chimenea. Se sentaron con la espalda apoyada contra el sofá y las piernas extendidas hacia el fuego. La cabeza de Madelyn reposaba en el hombro de él.
Sacaron una baraja y se pusieron a jugar un strip póquer, que no representó mucho desafío, ya que ella solo llevaba puesta una camisa de él y un par de calcetines, y Reese únicamente unos vaqueros. Cuando Madelyn lo tuvo desnudo, perdió interés en el juego y se dedicó a una tarea más gratificante. Con la piel iluminada por las llamas, se movieron juntos y durante largo rato olvidaron la remolineante tormenta blanca que los rodeaba.
A la mañana siguiente las condiciones de la ventisca habían amainado, aunque el viento había acumulado mucha nieve. La electricidad regresó y el informe del tiempo predijo temperaturas

Librodot

en lenta mejoría. Reese salió a comprobar el ganado y descubrió que los animales habían resistido la tormenta en buenas condiciones; perdió solo un ternero, que se había extraviado de su madre. Encontró al pequeño animal tendido en una hondonada cubierta de nieve.
En esa ocasión habían tenido suerte. Alzó la vista al cielo gris, donde fragmentos de azul comenzaban a ser visibles. Lo único que necesitaba era un invierno suave, o al menos uno en que las tormentas no duraran tanto como para poner en peligro el rebaño.
Empezaba a salir de las trampas de las deudas, pero un año de beneficios distaba mucho de acercarlo a la libertad. Necesitaba pagar la hipoteca, aumentar el rebaño y dinero para contratar a vaqueros que se ocuparan de las reses. Cuando pudiera diversificar su capital a otros campos como para no depender del tiempo y del mercado de la carne, entonces se sentiría más seguro respecto de su futuro.
. -Los años siguientes no serían fáciles. Madelyn no estaba embarazada todavía, pero en cuanto lo estuviera, tendrían facturas médicas que tomar en consideración, al igual que el coste de cuidar de un bebé. Quizá debería aceptar la oferta de Robert a pesar de su falta de propensión a dejar que alguien ejerciera alguna autoridad sobre el rancho. Le proporcionaría un cojín financiero, el medio para llevar antes sus planes a la práctica, al igual que cuidar de Madelyn y su bebé, o bebés.
Pero había pasado por mucho y luchado con denuedo para cambiar de idea en ese momento. El rancho era suyo, formaba parte de su sangre.
Le sería más fácil perder la vida que el rancho. Había crecido con el sol en la cara y el olor a ganado en la nariz, tan parte de esa tierra como las montañas teñidas de púrpura y el cielo enorme.
-Lo conseguiré -dijo en voz alta a la tierra blanca y silenciosa.
No formaba parte de su naturaleza rendirse, pero la tierra había requerido de hombres como él desde el principio. Habíaquebrantado a hombres más débiles, y los que habían sobrevivido eran más duros y fuertes que la mayoría. La tierra también había necesitado mujeres fuertes, y si Madelyn no terminaba de ser lo que él había planeado, estaba demasiado satisfecho como para que le importara.

Nueve

A finales de enero comenzó a acercarse desde el Ártico otro frente frío, y ese tenía mala pinta. Dispusieron de un par de días de advertencia y trabajaron juntos para hacer todo lo que estuvo a su alcance para salvaguardar el rebaño. El frío llegó por la noche y a la mañana siguiente despertaron con una caída continua de nieve y una temperatura de diez grados bajo cero, aunque por lo menos el viento no soplaba con tanta fuerza como la vez anterior.
Reese realizó un par de salidas para quebrar el hielo en los abrevaderos y estanques para, que el ganado pudiera beber, y Madelyn se sintió aterrada cada vez. Era un frío que mataba, y los partes meteorológicos decían que empeoraría.
Y así fue. Todo aquel día la temperatura bajó, y al anochecer se puso a veintitrés bajo cero.
Al llegar la mañana, estaba a cuarenta grados bajo cero y con un fuerte viento.
Si Reese había estado inquieto antes, en ese momento era como un animal enjaulado. Llevaban muchas capas de ropa, incluso en la casa, y mantenían un gran fuego en la chimenea, a pesar de que funcionaba la electricidad. No paraban de beber café o chocolate caliente y se trasladaron a dormir al salón delante de la chimenea.
El tercer día, él simplemente permaneció sentado, y en sus ojos ardió una furia negra. Su ganado se estaba muriendo en el exterior y no podía hacer nada al respecto; la nieve impulsada por el viento le impedía llegar hasta sus reses. Las temperaturas mortales lo matarían incluso más rápidamente que al ganado.
Aquella noche ante el fuego, Madelyn apoyó una mano sobre su pecho y sintió la tensión de su cuerpo. Tenía los ojos abiertos y miraba el techo. Se apoyó en un codo.

-Sin importar lo que pase -musitó-, lo conseguiremos.
-No podremos sin el ganado -repuso con aspereza.
¿Entonces te vas a rendir?
La mirada que le lanzó fue violenta. No sabía lo que era rendirse; las palabras le sonaban obscenas.
-Trabajaremos más duramente -continuó ella-. La primavera pasada no me tenías a tu lado para ayudarte. Podremos hacer mas.
El rostro de Reese se suavizó. Llevaban siete meses casados y ella no se había echado atrás ante nada de lo que él le hubiera arrojado. Desde luego, ante él no se había arredrado. Al recordar algunas de sus peleas, sonrió. No habían sido siete meses aburridos.
-Tienes razón -corroboró, alzándole la mano-. Trabajaremos más duramente.
No pudieron salir hasta el cuarto día. El viento había muerto y el cielo era un cuenco azul que se burlaba del frío amargo. Tuvieron que protegerse las caras incluso para respirar, y fue una sobrecarga para su resistencia llegar hasta el granero para ocuparse de los animales que había allí. La vaca se hallaba en un sufrimiento abyecto, su ubre tan hinchada y escocida que patea-ba cada vez que Reese trataba de ordeñarla. Necesitó una hora de constantes intentos hasta que aceptó quedarse quieta y lo dejó concluir el trabajo. Mientras tanto, Madelyn se ocupó de los caballos, llevándoles agua y pienso, para luego limpiar los establos y poner paja fresca.
Los animales parecían nerviosos y contentos de verlos; las lágrimas le aguijonearon los ojos al acariciarle la frente a la montura favorita de Reese. Esos animales disponían de la protección del granero; ni siquiera se atrevía a pensar en las reses.
Reese consiguió arrancar la furgoneta, que cargó de heno junto con un pequeño remolque. Madelyn subió a la cabina, y lo miró con firmeza cuando él la observó ceñudo. Bajo ningún concepto pensaba dejarlo salir solo; si algo le sucedía, si se caía y no conseguía volver al vehículo o perdía la conciencia, moriría en poco tiempo.
Condujo con cuidado hasta la zona resguardada adonde había llevado el rebaño y se detuvo con el rostro desolado. No había nada, solo un paisaje blanco. El sol brillaba sobre la nieve y se puso las gafas de sol. En silencio, Madelyn lo imitó.
Comenzó a conducir, buscando cualquier rastro del rebaño, si es que alguna res había sobrevivido. El manto blanco podría estar cubriendo sus cadáveres congelados.
Al final, fueron los tristes mugidos los que los condujeron hasta algunos de los animales. Habían salido a buscar comida, o quizá más abrigo, pero se hallaban dentro de una arboleda donde la nieve había levantado una enorme barrera contra los troncos de los árboles, bloqueando parte del viento y quizá salvándolos.
El rostro de Reese seguía impertérrito mientras bajaba algunos haces de heno del remolque; Madelyn supo cómo se sentía. Temía albergar esperanzas al tiempo que temía que solo hubieran sobrevivido algunas reses. Distribuyó el heno y luego sacó una pala para abrir una abertura en el banco de nieve. El ganado ansioso salió de lo que se había convertido en un corral y se dirigió hacia el heno. Reese contó las cabezas y su expresión se contrajo. Madelyn supo que se trataba de una fracción de los animales que debería haber habido.
Volvió a la furgoneta y se sentó con las manos cerradas sobre el volante.
-Si estas han sobrevivido, podría haber más -indicó Madelyn-. Tenemos que seguir buscando.
Junto a un estanque helado, encontraron más, pero esas estaban tumbadass de costado en montones patéticos cubiertos de nieve. Reese volvió a contar. Treinta y seis muertas, y podría haber terneros demasiado pequeños para encontrar bajo toda esa nieve.
Encontraron supervivientes en una hondonada, y otros diez cadáveres a menos de quinientos metros de distancia. Así continuó el resto del día: tantas como encontraban vivas, encontraban muertas. Reese sacaba heno, usaba un hacha para abrir agujeros en los estanques cubiertos de hielo y llevaba la cuenta de las pérdidas y de las reses que habían sobrevivido. La mitad del rebaño estaba muerto, y más podía morir. Lo tétrico de la situación lo abrumó. Había estado tan cerca de conseguirlo...
Al día siguiente salieron a agrupar a los animales perdidos. Reese iba a caballo y Madelyn

llevaba la furgoneta con otro remolque con heno. La temperatura se iba moderando, si se podía llamar moderada a diez bajo cero, pero ya era demasiado tarde.
Un ternero se opuso a dejar que lo juntaron con los demás y sé lanzó hacia la izquierda mientras el caballo lo seguía de inmediato para devolverlo por el sendero que había seguido. El joven toro se negó a moverse y Reese sacó la cuerda y se acercó a la orilla del estanque donde se había detenido. En cuanto le rodeó él cuello, el caballo retrocedió un poco y Reese mantuvo una mano en la cuerda mientras trataba de soltar el nudo en el cuello del animal. En cuanto quedó libre, soltó un mugido asustado y al huir hacia el rebaño con el cuerpo lanzó a Reese al agua.
Madelyn contuvo un grito al emprender la carrera, a la espera de que él emergiera a la superficie. Lo hizo, apenas a unos tres metros de la orilla, pero eran tres metros que no podía recorrer. El frío embotador del agua paralizaba casi de inmediato. Lo único que pudo hacer fue pasar los brazos sobre el borde del hielo roto y aguantar.
Ella asió la cuerda e instó al caballo a avanzar, pero no sabía cómo lazar y, en todo caso, no iba a arrastrarlo por el cuello.
-¿Puedes agarrar la cuerda? -preguntó con tono urgente, y una mano enguantada se movió en lo que ella esperaba que fuera una respuesta afirmativa. Lanzó la cuerda en dirección a él, que hizo un esfuerzo por levantar el brazo y atraparla, pero su movimiento fue demasiado lento y torpe y la cuerda cayó en el agua.
Debía sacarlo de allí de inmediato. Dos minutos después podían ser demasiado tarde. El corazón le martilleaba y tenía el rostro blanco como el papel. La única ayuda para Reese era ella, y no había tiempo para la indecisión. Recuperó la cuerda y corrió hacia el estanque, avanzando por el hielo.
Él levantó la cabeza con los ojos llenos de horror al ver que se dirigía en su direcclon.
-¡No! -exclamó con voz ronca.
Madelyn se tumbó boca abajo y comenzó a arrastrarse despacio, distribuyendo el peso sobre el hielo como pudo, pero aun así sintió que el hielo se resquebrajaba bajo su peso. Tres metros. Solo tres metros. En teoría parecía tan cerca, pero en la práctica era una eternidad.
El borde del hielo que Reese había estado asiendo se desmembró y él se hundió. Ella se olvidó de la seguridad para avanzar a toda velocidad. Justo cuando volvió a salir a la superficie, Madelyn le aferró el cuello del abrigo y lo empujó hacia arriba; la presión combinada del peso de ambos hizo que se resquebrajara más hielo y ella estuvo a punto de caer con Reese, pero logró retroceder la distancia suficiente.
-Tengo la cuerda -dijo ella con los dientes que le castañeteaban por el terror-. Voy a pasarla por encima de tu cabeza y bajo tus brazos. Luego el caballo te sacará. ¿De acuerdo?
Él asintió. Tenía los labios morados, pero logró subir un brazo por vez para que ella pudiera pasarle la cuerda. Madelyn se adelantó para ajustar el nudo corredizo, y el hielo bajo su cuerpo cedió con un crujido agudo.
Nunca había conocido semejante frío. Le quitó el aliento y al instante las extremidades se le entumecieron. Tenía los ojos abiertos y vio que el cabello flotaba delante de su cara. Se hallaba bajo el agua. Era extraño que no importara. Sobre ella podía ver un manto blanco con motas oscuras y una peculiar perturbación. Reese... quizá fuera Reese.
Pensar en él hizo que centrara sus pensamientos fragmentados. De algún modo consiguió mover los brazos y las piernas para luchar por salir a la superficie, apuntando a uno de esos puntos oscuros que debían ser aberturas en el hielo.
Su cara emergió en el instante en que el caballo, por cuenta propia, sacaba a Reese a la orilla. Estaba entrenado para tirar cuando sentía peso en el extremo de la cuerda, así que eso había hecho. Ella trató de asirse al borde del hielo en el momento en que Reese se apoyaba sobre rodillas y manos.
-¡ Maddie ! -su voz fue un grito ronco mientras luchaba por soltarse de la cuerda, casi perdida la coordinación.
Lo único que tenía que hacer era aguantar. Era lo que había rezado para que hiciera él, y en

ese momento era lo que debía hacer ella. Lo intentó, pero carecía de fuerza. Su peso comenzó a arrastrarla hacia abajo y no, pudo evitarlo. El agua volvió a cerrarse sobre su cabeza.
Tenía que luchar para subir, tenía que nadar. Sentía los pensamientos pesados, pero dirigieron sus movimientos lo suficiente, de modo que cuando creyó que los pulmones torturados iban a ceder y que debería inhalar, volvió a emerger a la superficie.
-Agarra el hielo..¡Maddie, agarra el hielo! -ordenó él con un tono de voz que hizo que ella alargara la mano en un movimiento ciego y que por casualidad le dejó el brazo sobre el hielo.
La cuerda mojada se estaba congelando, poniéndose rígida. Reese luchó contra el frío, luchó contra su propia torpeza mientras lanzaba el lazo.
-Levanta el. otro brazo para que pueda enganchártelo. ¡ Maddie, levanta... el otro... brazo!
No podía. Llevaba mucho tiempo en el agua. Lo único que pudo hacer fue levantar el brazo que había estado agarrando el hielo y esperar que él pudiera lazarlo antes de que se hundiera.
Lanzó la cuerda en el momento en que la cara de Madelyn desaparecía bajo el agua. Se asentó en su brazo extendido y con un tirón frenético la tensó hasta que el lazo prácticamente se desvaneció en torno a su muñeca fina.
-¡ Atrás, atrás ! -le gritó al caballo, que ya empezaba a prepararse ante el peso que sentía.
Fue arrastrada por debajo del agua hasta la orilla y al final sobre ella. Reese cayó de rodillas a su lado, gritando hasta que Madelyn comenzó a atragantarse y a tener arcadas.
-Nos pondremos bien -afirmó convencido mientras trataba de quitarle el nudo de la cuerda de la muñeca-. Lo único que tenemos que hacer es llegar a la casa y nos pondremos bien ni siquiera se permitió pensar que pudieran no conseguirlo. Estaba demasiado frío para alzarla en brazos, de modo que la arrastró hasta la furgoneta. Los ojos de ella no paraban de cerrarse-. No te duermas. Abre los ojos. ¡Lucha, maldita. sea! ¡Lucha!
Abrió los ojos grises, pero en ellos no se veía una comprensión real. Para asombro de Reese, ella cerró el puño y trató de golpearlo mientras obedecía la orden que le había dado.
Abrió la puerta de la furgoneta y con esfuerzo la empujó hasta lograr sentarla. Ella se tumbó en el asiento, chorreando agua. El caballo le dio con el hocico. Si el animal no hubiera estado tan cerca, lo habría dejado atrás, pero una vida entera de cuidar de sus animales lo instó a atarle las riendas al parachoques trasero. No sería capaz de conducir a tanta velocidad como para que el caballo no pudiera mantener el ritmo.
Se subió al asiento detrás del volante y giró la llave de arranque, luego luchó por girar el mando de la calefacción. Por los conductos salió aire caliente, pero se hallaba demasiado embotado para sentirlo.
Tenían que quitarse la ropa. La humedad helada extraía más calor de sus cuerpos. Comenzó a quitarse el abrigo mientras le daba órdenes a Madelyn para que hiciera lo mismo.
De algún modo ella logró sentarse, pero carecía de coordinación. Había estado en el agua mucho más tiempo que él. No le resultó fácil, pero para cuando quedó desnudo, ella se quitaba débilmente el pesado abrigo de piel de cordero. Reese alargó la mano hacia los botones de Madelyn.
-Vamos, cariño, tenemos que desnudarte. La ropa te dará mucho más frío. ¿Puedes hablarme? Di algo Maddie. Háblame.
Vio un brillo en sus ojos y eso le dio esperanzas.
A Reese comenzaron a castañetearle los dientes y se vio sacudido por unos temblores convulsivos. Maddie no temblaba, y esa era una mala señal. En invierno, en la furgoneta siempre había una manta y un termo con café; sacó la manta de detrás del asiento. Hasta el movimiento más simple era una batalla que requería toda su fuerza, pero al final lo logró y de forma tosca se seco lo mejor que pudo y luego envolvió a Madelyn con ella.
Con manos temblorosas abrió el termo y vertió una pequeña cantidad de café humeante en la tapa y la acercó a sus labios.
-Bebe, cariño. Está rico y caliente.
Madelyn consiguió tragar un poco, y él se bebió el resto, luego rellenó el tapón. Sintió que le quemaba el estómago. Si no conseguía estar en forma para conducir hasta el rancho, ninguno

Librodot

de los dos sobreviviría. Luchó contra el temblor de sus manos hasta haberse bebido todo el tapón, luego sirvió más y convenció a Madelyn para que lo tomara. Eso era todo lo que podía hacer por el momento. Centró su atención en poner la primera marcha de la furgoneta.

Fue una marcha lenta. Temblaba con tanta fuerza que el cuerpo no le obedecía. Estaba un poco desorientado, a veces incapaz de ver adónde iban. A su lado, Madelyn comenzó a temblar cuando el calor de la calefacción del coche se mezcló con el café para revivirla un poco.

La casa jamás le había parecido tan invitadora como cuando apareció a la vista y enfiló la furgoneta hacia ella. Aparcó lo más cerca que pudo de la puerta de atrás y desnudo rodeó el vehículo para sacar a Madelyn por la puerta del lado del pasajero. No sentía la nieve bajo los pies descalzos.

Ella ya podía caminar un poco, y eso ayudó. Sosteniéndose mutuamente, se arrastraron por los escalones del porche y luego entraron en el cuarto de lavar. El baño de la planta baja se hallaba justo enfrente; arrastró a Madelyn a su interior y la apoyó contra la pared mientras abría el grifo de la bañera para dejar que el agua se calentara. Cuando comenzó a salir vapor, abrió el grifo del agua fría y esperó haberlas ajustado bien, porque si no se quemarían. Tenía las manos tan frías que no lo sabía.

-Vamos, entra en la bañera.

Ella se puso de rodillas y Reese la empujó el resto, pero al final fue más sencillo para ambos meterse en el agua por encima del borde de la bañera. Ella se sentó delante de él y entre sus piernas, apoyándose en su pecho. Por la cara le caían lágrimas mientras el agua caliente rompía contra su piel fría, devolviéndola dolorosamente a la vida. Con los dientes apretados, Reese echó la cabeza atrás hasta apoyarla contra la pared.

Despacio, el dolor en las extremidades se mitigó. Cerró el grifo cuando el agua amenazó con derramarse por el borde y se hundió hasta que le cubrió los hombros. El cabello de Madelyn flotaba en la superficie como si fuera oro mojado.

La abrazó con más fuerza, tratando de absorber sus temblores.

-¿Mejor?

-Sí -musitó con voz más ronca que de costumbre-. Ha estado cerca -él la giró en los brazos y la abrazó con desesperación apenas controlada-. No te deshagas nunca de ese caballo. Nos salvó la vida.

-Le daré el establo más grande el resto de su vida.

Se quedaron en el agua hasta que empezó a enfriarse; luego Reese quitó el tapón y la ayudó a levantarse. Ella aún parecía somnolienta, de modo que la abrazó mientras corría la cortina y abría la ducha. El agua los bañó. Le alzó el rostro y le tomó la boca, necesitado de su sabor, de su contacto, para asegurarse que realmente se encontraban bien. Había estado a punto de perderla, y más cerca aún de morir.

Cuando el agua caliente comenzó a agotarse, cerró el grifo y sacó unas toallas, con las que le cubrió el pelo y comenzó a secarla. A pesar de que los labios y las uñas de ella en ese momento tenían color, todavía temblaba un poco, por lo que la ayudó a salir de la bañera. Sacó otra toalla y empezó a secarse el pelo.

Madelyn se sentía cálida, pero increíblemente letárgica. No tenía más energía que la que tendría si hubiera estado recobrándose de un agudo caso de gripe. Quería tumbarse delante del fuego y dormir durante una semana. Se sentó en la tapa del inodoro y lo miró secarse. Él le brindaba un motivo para luchar contra el letargo, igual que cuando había estado hundiéndose en el estanque.

Reese le enmarcó la cara entre las manos, cerciorándose de que le prestaba atención.

-No te vayas a dormir -advirtió-. Quédate aquí que hace calor mientras yo subo a buscarte la bata, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -asintió.

-No tardaré ni un minuto.

-Tráeme también los cepillos para el pelo y los dientes -logró sonreír para tranquilizarlo.

Tardó varios minutos, pero regresó con la bata caliente de haberla metido en la secadora de ropa y Madelyn tembló de placer cuando Reese se la puso. Él también se había puesto unos calcetines, unos vaqueros abiertos y una camisa de franela sin abrochar. Le había bajado calcetines; se arrodilló para ponérselos.

La llevó de la cintura al ir hacia la cocina. Apartó una silla y la sentó.

-Abre la boca -dijo, y cuando ella obedeció, le introdujo el termómetro bajo la lengua-. Quédate sentadita y quieta mientras preparo café.

No le costó. Lo único que deseaba, más que quedarse sentada, era tumbarse.

Cuando sonó la alarma del termómetro digital, Reese se lo quitó de la boca y frunció el ceño.

-Treinta y cinco y medio. Quiero que suba como mínimo otro grado.

-¿Y tú?

-Estoy más alerta que tú. Soy más grande y permanecí menos tiempo en el agua -aún podía sentir un frío interior, pero nada parecido al frío entumecedor que había experimentado antes. La primera taza de café casi consiguió desterrar el resto del frío. Obligó a Madelyn a beberse tres tazas. Cuando se sintió más seguro de que podía dejarla, la depositó sobre una colcha delante del fuego-

. He de volver a salir -indicó, y vio pánico en sus ojos-. No a los pastizales -añadió con premura-. He de llevar al caballo al granero y ocuparme de él. Volveré en cuanto termine.

Ella aún tenía miedo de echarse y quedarse dormida, a pesar de que no sabía si la cafeína que zumbaba por su sistema le permitiría dormir aquella noche. Se quitó la toalla del pelo y comenzó a desenredárselo.

Cuando él regresó, tenía el cabello seco y se lo cepillaba.

-¿Cómo te sientes? -le preguntó emocionado al verla.

Ella alzó la vista, y la lenta sonrisa que esbozó le calentó aún más la sangre.

-Mejor. Templada y despierta. ¿Cómo estás tú después de haber vuelto al frío?

-Bien -más que bien. Los dos estaban vivos y en su cuerpo no quedaba ni una sola célula que tuviera frío.

La sonrisa de ella se desvaneció y los ojos grises se oscurecieron cuando alargó la mano para tocarle la cara.

-He estado a punto de perderte.

Vio el destello de puro pánico antes de que cerrara los ojos y la abrazó casi con alivio desesperado.

. -Cariño, yo he estado mucho más cerca de perderte a ti que tú a mí -musitó con los labios sobre su cabello.

Madelyn le rodeó el cuello con los brazos. No lloraba a menudo. Desde que estaban casados, había llorado dos veces, y ambas como resultado del dolor. Pero de pronto la enormidad y la tensión por lo que habían pasado la dominaron y sintió un nudo en el pecho. Intentó oponerse, mantener la serenidad, pero no lo consiguió. Con un sollozo desgarrador enterró la cara en su cuello y se aferró a él mientras el cuerpo le temblaba por la fuerza del llanto.

Tardó largo rato en aquietarse. El no intentó detenerla, ya que sentía que necesitaba esa liberación, tal como él había necesitado la liberación de dar una patada a un cubo con pienso después de cobijar al caballo en el granero. Simplemente la abrazó hasta que la tormenta pasó, luego le ofreció su pañuelo.

Tenía los párpados hinchados y parecía exhausta, pero ya no había tensión en los ojos. Reese se apoyó sobre un codo y tiró del cinturón de la bata de ella, soltándolo y abriendo los lados para revelar su cuerpo desnudo.

-¿Te he dicho alguna vez que con solo mirarte me pongo tan duro que me duele? -susurró.

-No -respondió ella con voz ronca-, pero lo has demostrado algunas veces.

-Duele. Siento como si fuera a explotar. Luego, cuando estoy dentro de ti, el dolor se transforma en placer.

Le acarició un pecho con la palma de la mano y sintió que el pezón comenzaba a endurecerse. La tocó con suavidad y con el dedo pulgar jugó con el pezón hasta que se puso duro y se

Librodot

oscureció. Luego se inclinó para besar la tentadora protuberancia.
En una ocasión había intentado negarse el placer sensual de ella, pero ya no. Se entregó mientras bajaba la mano a su cuerpo, disfrutando de la textura sedosa de su piel, adaptando la mano a las curvas que fluían de una a otra, desde la elevación del pecho hasta la llanura del estómago, de la exuberancia de las caderas a la unión de las piernas. Contempló sus dedos bronceados y fuertes introducirse en el pequeño triángulo de rizos para luego tantear los pliegues suaves, fascinado por el contraste entre su mano y la pálida feminidad del cuerpo de Madelyn.
El vientre de ella estaba fresco bajo sus labios, y de una suavidad sedosa. El ombligo pequeño y compacto invitaba a la exploración, por lo que lo rodeó con la lengua. Las manos de Madelyn se cerraron sobre su pelo mientras él descendía, le separaba los muslos y los acomodaba sobre sus hombros.
Ella respiraba de forma entrecortada al tiempo que retorcía el cuerpo. Reese le sostuvo las caderas y la amó, sin detenerse hasta que se arqueó hacia arriba y gritó a medida que era dominada por las oleadas de compleción.
Se sentía más extenuada que antes. Se quedó quieta mientras él se arrodillaba entre sus piernas y se quitaba la ropa. Apenas pudo mantener abiertos los ojos cuando Reese se situó para invadirla con un embate lento y pesado que lo introdujo hasta el fondo de su interior. Como siempre, se sintió levemente sobresaltada por la abrumadora sensación de plenitud al adaptarse a él.
En ese momento él no irradiaba nada caballeroso, únicamente la necesidad de penetrarla todo lo posible y llevar el abrazo hasta el máximo para que no hubiera ninguna parte de ella que no sintiera su posesión. A menudo Reese le hacía el amor de forma dominante, pero ella solía salir a su encuentro con fuerza propia. En ese momento no pudo; en él había un salvajismo que había que apaciguar, un hambre que había que alimentar. A pesar de que siempre se contenía para no hacerle daño, Madelyn no pudo hacer otra cosa que yacer y aceptarlo.
El se detuvo cuando la tensión alcanzó un nivel crítico, sin querer alcanzar todavía el fin. Le tomó la cara entre las manos y le rozó la oreja con los labios.
-¿Sabías que por lo general un hombre tiene... ?
Madelyn le apretó la espalda mientras luchaba por mantener el control. Aunque le encantaban las trivialidades a las que a veces se dedicaban, en ese momento no estaba de humor.. Al final jadeó:
-Me pregunto por qué hay tantos cuando con uno basta.
Con su mejor voz de lobo malo, él respondió:
-Para dejarte embarazada, querida -y comenzó a moverse otra vez con fuerza. Y en algún momento de la siguiente hora, lo hizo.

Diez

Reese volvió a repasar los números, pero los totales no cambiaron. Se puso de pie y miró por la ventana. Tantos años de trabajo. Tantos malditos años de trabajo para nada.
Había hecho todo lo que se le había ocurrido, había reducido todos los gastos hasta que no le quedó nada por reducir, y no obstante los números no engañaban: había perdido. La ventisca de enero, que había matado a la mitad de su rebaño, lo había arrinconado tanto que el banco ya no podía darle margen. No llegaba a cubrir la hipoteca, y ya no habría más prórrogas.
Disponía de tres opciones: podía dejar que el banco ejecutara el crédito, y entonces lo perderían todo; podía declararse en bancarrota y quedarse con el rancho pero estropear su crédito; y podía aceptar la oferta de Robert de ser un inversor. Sonrió con gesto lóbrego. La número tres solo era una opción si la oferta de Robert seguía en pie, teniendo en cuenta que la había hecho cuando el rancho era rentable y que en ese momento volvía a estar en números rojos.

Lo que April había comenzado casi ocho años atrás al fin alcanzaba su compleción: la destrucción del rancho. Quizá lo había hecho porque Reese amaba demasiado esa propiedad, más de lo que alguna vez pensó que la amaba a ella. Era su sangre, y la iba a perder, a menos que Robert Cannon todavía quisiera invertir. ertir. No albergaba muchas esperanzas en cuanto este viera los números, pero realizaría el esfuerzo, porque no podía hacer otra cosa. En ese momento no era solo él, estaba Madelyn, y haría lo necesario para que ese siguiera siendo su hogar. Ella no se había casado contando con la posibilidad de que él se declarara en bancarrota.

Era marzo; la nieve aún cubría la tierra, pero en el aire flotaba la palpitante promesa de la primavera. En una o dos semanas los capullos comenzarían a llenar los árboles y los arbustos; la tierra estaba viva.

Podía oír a Maddie en la cocina, tarareando con la radio mientras reunía los ingredientes para preparar una tarta. Era feliz allí. No se había casado con ella esperando algo más que una compañera de trabajo, pero a cambio había recibido a una mujer cálida, inteligente, divertida y sexy que lo amaba. Nunca trataba de presionarlo para que le diera más de lo que él podía; simplemente lo amaba y no trataba de ocultarlo.

No sabía cómo se lo iba a decir, pero tenía derecho a saberlo.

Al entrar en la cocina, ella le guiñó un ojo. y extendió una cuchara de madera. -¿Quieres lamer un poco?

Madelyn también tenía masa en los dedos. Comenzó por ellos y subió hasta llegar a la cuchara. Cuando la dejó limpia, regresó a los dedos para asegurarse de que los había repasado todos.

-¿Algo más?

Ella mostró el cuenco, que limpiaron como si fueran dos niños. Probablemente, ese era el rasgo más tierno de Maddie, la facilidad con la que encontraba gozo en la vida, aparte de que lo había enseñado a volver a divertirse. Odiaba tener que decirle que podrían perder su hogar. Se suponía que un hombre debía cuidar de su esposa. Quizá fuera una noción antigua y chovinista, pero así lo sentía. Lo devoraba el orgullo, no poder ocuparse de ella.

Suspiró y apoyó las manos en sus caderas con expresión sombría.

-Tenemos que hablar.

-Nunca me han gustado las conversaciones que empezaban con esa frase -lo miró con cautela.

-Esta tampoco te va a gustar. Es seria.

-¿De qué se trata?

-Perder la mitad del rebaño nos situó en una posición peligrosa. Ya no puedo cubrir la hipoteca -era lo más sucinto que podía ser.

-No podemos solicitar una prórroga...

-No. Si dispusiera de todo el rebaño como aval, sería posible, pero no tengo suficientes reses para cubrir la deuda -le perfiló las tres cosas que podían pasar y ella escuchó con expresión intensa.

-¿Por qué crees que la oferta de Robert no seguirá en pie? -preguntó cuando Reese terminó.

-Porque ahora el rancho es una idea perdedora.

-Tú sigues aquí, y él estaba dispuesto a apostar en ti, no en un número determinado de vacas -entonces añadió-: Hay otra opción que no has mencionado.

-¿Cuál?

-Ya te lo he dicho, tengo algo de dinero...

-No. Yo también ya te lo he dicho.

-¿Por qué no? preguntó ella con calma.

-Lo hemos hablado. No ha cambiado.

-¿Quieres decir que perderías el rancho antes que dejar que yo pusiera dinero en él?

-Exacto -sus ojos parecieron pedernal. Maddie había cambiado muchas de sus actitudes, pero esa seguía tan fuerte como siempre. Un socio era una cosa, porque los respectivos derechos quedaban limitados por un contrato. Un matrimonio era otra, sujeto a los caprichos de un juez,

con poca consideración por la justicia. April se lo había demostrado.
Madelyn le dio la espalda antes de que su expresión la traicionara.
-Es tu rancho, y tu decisión -dijo con voz normal. Por nada del mundo lo dejaría ver que la había herido.
-Así es, y seguirá siendo mi rancho, mi decisión, hasta el día en que me desahucien.
Madelyn no dejó de pensar mientras, preparaba la cena, y la determinación creció en su interior. Si él creía que se iba a quedar mirando mientras el rancho se hundía, cuando disponía de los medios para salvarlo, vería que se equivocaba. No sabía a cuánto ascendía la hipoteca, pero sin duda el fideicomiso bastaría para permitirles ganar tiempo hasta que el rancho recuperara solidez.
Si había vivido con ella nueve meses y aún la consideraba capaz de hacer lo mismo que había hecho April, entonces quizá no la quería tanto como ella había pensado. Madelyn había sido feliz, pero en ese momento el globo comenzaba a desinflarse.
Ese no era el momento de decirle que estaba embarazada. O quizá sí. Tal vez conocer la existencia del bebé le brindaría cordura, lo reafirmaría en que no pensaba irse a ninguna parte y que debía emplear los medios que estuvieran a su alcance para salvar la herencia de su bebé.
Pero no se lo dijo. El estado de ánimo de Reese pasó de taciturno a sarcástico, como le sucedía cuando estaba enfadado, y no tenía ganas de que estallara por completo. Aunque solo llevaba dos meses embarazada, ya empezaba a sentir los efectos en que tenía más bajos los niveles de energía y el estómago un poco revuelto, y no era el mejor momento para pelearse con su marido.
El seguía de malhumor al marcharse a la mañana siguiente, y se llevó el almuerzo, lo que significaba que no volvería hasta la hora de cenar. Madelyn titubeó unos cinco minutos.
No le gustaba actuar a sus espaldas, pero si así era como tenía que ser, así sería. Era un trayecto largo hasta Billings; tal vez no regresara antes que Reese, pero ese sería otro puente que cruzaría a su debido momento. Mientras estuviera allí, pediría hora con un tocólogo, porque no había ningún médico en Crook. Podría ser interesante cuando llegara el momento de dar a luz tener a su especialista a tres horas de distancia.
Se vistió a toda velocidad, sacó la chequera y los documentos necesarios y corrió al coche. Condujo deprisa pero con cuidado, y gracias a que apenas había tráfico, llegó al banco a las once y media. Sabía con quien trataba Reese, ya que lo había acompañado con anterioridad, y solo tuvo que esperar quince minutos antes de que el hombre pudiera verla.
La recibió con la sonrisa de los bancarios y la mano extendida.
-Buenos días, señora Duncan. ¿Qué puedo hacer por usted?
-Buenos días, señor Van Roden. Me gustaría conocer la cantidad a la que asciende nuestra actual hipoteca.
Él se tocó el labio superior como si llevara bigote y se mostró pensativo.
-Bueno, no estoy seguro de poder revelárselo. Verá, en la hipoteca solo figura el nombre de su marido.
No se molestó en tratar de discutir sobre burocracia o procedimientos del banco y fue directamente al grano.
-Si es inferior a doscientos mil dólares, quiero cancelarla.
No había nada mejor para atraer la atención de un bancario que el dinero. La estudió mordiéndose el labio y se decidió con un mínimo de dilación.
-Deje que compruebe la ficha -indicó-. Enseguida vuelvo.
Madelyn esperó, convencida del resultado. Ningún banco se negaría a la cancelación de un préstamo, sin importar quién pagara. Van Roden regresó en menos de cinco minutos con un fajo de papeles en la mano.
-Creo que podemos solucionarlo, señora Duncan. El señor Duncan no dispone del dinero suficiente en su cuenta corriente para cubrir el préstamo, por lo tanto, ¿cómo pensaba cancelarlo usted?
-Tengo un fideicomiso, señor Van Roden. Los transferí de Nueva York a otro banco aquí en

Billings. Primero, ¿la deuda actual de la hipoteca es inferior a doscientos mil dólares?
-Sí -tosió-, lo es.
-Entonces volveré. Ahora iré a mi banco para pedir que transfieran el fideicomiso a mi cuenta corriente. He tenido pleno acceso a él desde que cumplí los veinticinco años, así que no habrá problemas.
Él empujó el teléfono hacia ella.
-Llámelos para que la dejen pasar. Van a cerrar muy pronto para el almuerzo.
Ella le sonrió mientras acercaba el aparato.
-A propósito, ¿conoce a algún buen obstetra?
Una llamada telefónica más tarde, se había arreglado que entrara en su banco por una puerta lateral. Una hora después, regresaba al primer banco con un cheque conformado en la mano por la suma que Van Roden le había dado antes de marcharse.
Firmó los papeles necesarios y salió del banco con el título de propiedad del rancho y los papeles que indicaban que la deuda se había pagado en su totalidad. Asimismo, a la semana siguiente tenía cita con el obstetra que había usado la mujer de Van Roden.
Sonrió al entrar en el coche. Los contactos servían para algo, incluso los improbables. El pobre Van Roden se había mostrado sorprendido de que le pidiera que le recomendara un obstetra, luego la había felicitado.
No se hacía ilusiones de que a partir de ese momento, por haber pagado la hipoteca, las cosas irían bien. Había cancelado la deuda con el pleno conocimiento de que Reese se pondría furioso, pero estaba dispuesta a luchar por su futuro, el futuro de su bebé. Debía tratar con las cicatrices que había dejado el primer matrimonio de Reese, y ese tema era mucho más serio que pintar la casa.
Pero saber que se lo tenía que contar y saber cómo contárselo eran dos cosas diferentes. No podía decirle: «Hoy fui a Billings para pedir cita con el obstetra porque estoy embarazada, y de paso pagué la hipoteca».. Por otro lado, era un buen ejemplo de cómo matar dos pájaros de un tiro.
Seguía pensando en ello al llegar a casa a eso de las cuatro y media. No había señal de la furgoneta de Reese, y pensó que quizá lo había conseguido sin que él se enterara de que había salido. Era sorprendente lo cansada que estaba, e igual de asombroso lo bien que podía sentirse a pesar de la extenuación.
Si había calculado bien, tendría el bebé a finales de octubre o principios de noviembre. Ese conocimiento le producía una gran calidez interior, y nunca había querido algo más que compartirlo con él. Solo la preocupación que lo había agobiado por el rancho le había impedido que se lo contara, vaquero o no quería proporcionarle algo más de qué preocuparse. ¿Cómo podía abrumarlo también con la certeza de que a partir de ese momento tendrían que pensar en facturas médicas?
«Pero, ¿cómo no contárselo?», se preguntó.
Mientras se cambiaba de ropa, la fatiga la dominó. Y de pronto se le revolvió el estómago al pensar que debía empezar a preparar la cena. Se puso a sudar y se hundió débilmente en la cama. Permaneció sentada allí un minuto y las náuseas se desvanecieron, aunque la fatiga empeoró. No tenía fuerzas para bajar; el agotamiento tiró de sus extremidades y párpados. Con un suspiro se estiró en la cama. Se dijo que sería una cabezadita; que era lo único que necesitaba.
Reese la encontró allí. Al llegar a casa había notado que la luz de la cocina no estaba encendida, pero se había encargado de las tareas de la noche antes de entrar. La cocina estaba vacía, sin señal alguna de preparativos para la cena, y en el rancho -reinaba un silencio extraño.
-¿Maddie? -al no recibir respuesta, frunció el ceño preocupado; después de buscar en la planta baja, subió a la primera-. ¿Maddie?
Encendió la luz del dormitorio, y allí estaba, acurrucada en su lado de la cama. No se movió ni siquiera cuando se encendió la luz. Al instante se sintió alarmado, ya que nunca la había

Librodot

visto dormir por el día.- Se sentó y la giró hasta dejarla boca arriba.
-¡Maddie, despierta! -la sacudió más preocupado.
Ella levantó los párpados despacio y suspiró.
-Reese -murmuró, pero no podía mantener los ojos abiertos.
-¿Te encuentras bien? -la sacudió otra vez-. Despierta.
Con renuencia, ella alzó una mano para frotarse los ojos.
-¿Qué hora es? -entonces volvió a mirarlo y se dio cuenta-. ¡Oh, Dios mío, la cena !
-La cena puede esperar. ¿Te encuentras bien?
Le dio un vuelco el corazón mientras lo miraba. Vio preocupación en sus ojos, no irritación. Automáticamente le acarició la mejilla. Amaba todo de ese hombre, incluso su temperamento obstinado. Le tomó la mano y la apoyó en su vientre.
-Estoy embarazada -susurró-. Vamos a tener un bebé.
. Las pupilas de él se dilataron y fijó la vista en la mano que tenía sobre el cuerpo esbelto. Cada vez que le había hecho el amor había sido consciente de que podría inseminarla, pero la realidad de que le anunciara que estaba embarazada seguía siendo una conmoción física.
Aturdido, se puso de rodillas junto a la cama.
-¿Cuándo? -preguntó.
-Para la última semana de octubre o la primera de noviembre.
Le desabrochó los vaqueros y le bajó la cremallera, luego se los abrió para poder tocarle la piel. Se adelantó y depositó un beso leve sobre su vientre, luego apoyó la mejilla en él. Madelyn le acarició el pelo. Pensar en siete meses de pronto le pareció mucho tiempo para esperar con el fin de sostener a su bebé, de ver las poderosas manos de Reese mientras lo acunaba.
-¿Quieres que sea niño o niña? -preguntó todavía en un murmullo, como si el habla normal pudiera estropear la dulzura del momento.
-¿Importa? -frotó la mejilla áspera contra el vientre con los ojos cerrados, disfrutando de la caricia.
-A mí no.
-Ni a mí -el silencio se extendió en la habitación mientras él absorbía plenamente la noticia; luego alzó la cabeza-. ¿Te sientes enferma?
-Tuve un poco de náuseas, pero principalmente me sentí muy cansada. Lo intenté, pero no pude mantener los ojos abiertos -se disculpó.
-¿Te encuentras bien ahora?
-Todo está a la perfección -asintió.
El retrocedió y dejó que se pusiera de pie, luego la pegó a su cuerpo y le levantó la boca. La expresión en sus ojos fue intensa al darle un beso breve y apasionado.
-¿Estás segura?
-Lo estoy -sonrió y le rodeó el cuello con los brazos-. Te enterarás cuando me sienta mal. Me pondré verde y me escoraré.
Le aferró el trasero y la pegó contra él mientras la besaba otra vez, y en esa ocasión no hubo nada breve. Madelyn le devolvió el abrazo y dejó que su proximidad la impregnara con su calidez. Amaba tanto a ese hombre, que a veces la asustaba; esperó que él lo recordara.
Cuando esa noche hicieron el amor, fue con extremada ternura y un acto muy prolongado. Reese no parecía cansarse, tomándola una y otra vez, para permanecer largo tiempo dentro de ella después del orgasmo. Finalmente se quedaron dormidos de esa manera, y Madelyn pensó que nunca había sido tan perfecto como en ese momento, con Reese en sus brazos y el hijo de él en su vientre.
Una semana más tarde, Reese regresó del granero a la casa con expresión de derrota en la cara. Madelyn lo observó desde la ventana de la cocina y supo que no podía postergarlo más. Era mejor enfurecerlo en ese momento que ver cómo las arrugas se hacían cada día más profundas. No paraba de repasar cada noche los libros de contabilidad, para llegar a los mismos números que cancelaban toda esperanza.

Librodot

Lo oyó entrar y quitarse las botas embarradas; luego apareció descalzo en la cocina.
-La furgoneta necesita otra bomba de aceite -indicó con tono cansado.
-Pues compra una -indicó mientras estrujaba el trapo que- sostenía.
-¿Para qué molestarse? -comentó con amargura-. De todos modos, en otro mes ya no estaremos aquí.
Despacio, ella colgó el trapo y se apoyó en la encimera para mirarlo.
-Sí estaremos.
Reese pensó que sabía a qué se refería. Podía llamar a Robert... pero su hermano tenía que ser tonto para invertir en ese momento en el rancho. Lo había postergado todo lo que había podido, pero ya no veía qué más podía hacer. Madelyn estaba embarazada; al día siguiente tenía su primera cita con el médico y a partir de ese momento haría falta dinero.
-Llamaré a Robert -dijo con suavidad-. Pero no espero mucho.
Ella echó los hombros hacia atrás y respiró hondo.
-Si quieres, llámalo, pero después de que te haya contado lo que quiero decirte. Entonces te encontrarás en una situación diferente y... -calló, mirándolo con impotencia y comenzó otra vez-. He pagado la hipoteca con el dinero de mi fideicomiso.
Durante un momento, él no reaccionó, simplemente se dedicó a observarla en silencio, y Madelyn comenzó a albergar esperanzas. Entonces los ojos de Reese se tomaron fríos y se preparó para lo peor.
-¿Qué? -preguntó con suma suavidad.
Pagué la hipoteca. Los papeles están en el cajón de mi ropa interior.
Sin decir una palabra, él dio media vuelta y subió por las escaleras. Madelyn lo siguió con el corazón martilleándole. Con anterioridad se había enfrentado a su furia sin inmutarse, pero eso era diferente.
Él abría el cajón de la ropa interior justo cuando ella entraba en el dormitorio. Los papeles estaban allí a la vista. Reese los recogió y los inspeccionó, fijándose en la cantidad y en la fecha de los documentos.
-¿Cómo lo arreglaste? -inquirió sin levantar la cabeza.
-La semana pasada fui a Billings, el día que tú me hablaste de la hipoteca. A los bancos no les importa quién paga los préstamos mientras recuperen el dinero, y como soy tu esposa, tampoco lo cuestionaron.
-¿Pensaste que si me presentabas un hecho consumado cambiaría de parecer? -levantó la cabeza y ella se encogió por dentro-. Respóndeme.
-No -se quedó muy quieta-, no pensé que nada te hiciera cambiar de parecer, y por eso lo hice a tu espalda.
-Tuviste razón. Nada me hará cambiar. Te veré en el infierno antes de que te quedes con alguna parte de este rancho.
-No quiero quitarte el rancho. Nunca he buscado eso.
-Has interpretado muy bien tu parte, Maddie, te lo reconozco. No te has quejado, te has comportado como la esposa perfecta. Incluso lo llevaste tan lejos como para fingir que me amabas.
-Te amo -dio un paso hacia él con las manos extendidas-. Escucha...
De pronto la íra en él estalló y le arrojó el fajo de papeles. Se separaron y remolinearon en tomo a Madelyn, luego descendieron al suelo.
-Eso es lo que pienso de tu así llamado «amor» -soltó con los dientes apretados-. Si crees que hacer algo que sabías que no podría soportar es una expresión de «amor», entonces no tienes ni idea de lo que es verdadero.
-No quería que perdieras el rancho...
-De modo que te ocupaste de la hipoteca. Cualquier tribunal de divorcio ahora te considerará copropietaria, ¿verdad? Supondrá que te convencí para que invirtieras tu herencia y el acuerdo prenupcial no valdrá nada. Diablos, ¿por qué ibas a conseguir menos que April? Este no es el rancho que una vez fue, pero la tierra sigue valiendo mucho.

Librodot

-No quiero un divorcio, ni siquiera he pensado en ello -dijo con desesperación-. Quería mantener el rancho para ti. Al menos de esta manera dispones de una oportunidad para reconstruirlo, ¡si quieres aceptarla!
-Claro, si vale más, tú recibirás más -dijo con sarcasmo. -¡Por última vez, no quiero un divorcio
–Puede que consigas uno de todos modos, muñeca -le alzó la cara por el mentón-, porque es seguro que no quiero una esposa que me apuñale de esa manera por la espalda. Tú no fuiste mi primera elección, y debí hacer caso a mi instinto, perome encendiste como a un adolescente de dieciséis años a punto de hacerlo en el asiento de atrás del coche. April era una zorra, pero tú eres peor, Maddie, porque fingiste que esto era lo que querías. Luego me clavaste la hoja entre las costillas con tanta delicadeza que nunca la vi llegar.
-Es lo que quiero -Madelyn estaba pálida.
-Bueno, pues tú no eres lo que yo quiero. Eres buena entre las sábanas, pero no tienes lo que hace falta para ser la señora de un rancho -comentó con crueldad.
-Reese Duncan, si intentas deshacerte de mí, estás haciendo un buen trabajo -advirtió con voz trémula.
-¿Adónde te gustaría ir? -enarcó las cejas-. Yo te llevo.
-¡Si te bajas de esa montaña de orgullo verás lo equivocado que estas! No quiero quitarte el rancho. Quiero vivir aquí y criar a nuestros hijos aquí. Tú y yo no somos los únicos involucrados en esto. ¡Espero tu bebé, y también es su herencia!
Al recordar al bebé, miró de arriba abajo su esbelta figura.
-Ahora que lo pienso, no vas a ir a ninguna parte. Te vas a quedar aquí hasta que nazca el bebé. Entonces me importa un bledo lo que hagas, pero mi bebé se va a quedar conmigo.
La frialdad se asentó dentro de Madelyn, desterrando el dolor y la ira que había ido creciendo con cada palabra dicha por él. La comprensión y la simpatía tenían un límite. Reese no la amaba y tampoco creía en su amor por él. Lo miró con ojos inexpresivos. Luego sentiría dolor, en ese momento, no.
-Cuando te calmes -comentó con tono mesurado-, lamentarás tus palabras.
-Lo único que lamento es haberme casado contigo -recogió el bolso de ella de la cómoda y lo abrió.
-¿Qué buscas? -no intentó arrebatárselo. En cualquier prueba de fuerza, la humillaría.
-Esto -alzó las llaves de la ranchera. Soltó el bolso y se las guardó en el bolsillo-. Como he dicho, no te irás a ninguna parte con mi bebé en tu vientre. El único traslado será fuera de mi cama. Hay tres dormitorios más. Elige uno y mantén tu trasero allí.
Salió de la habitación. Madelyn se hundió en la cama. Apenas podía respirar y delante de sus ojos veía puntos negros. Tenía escalofríos.
No supo cuánto tiempo pasó hasta que su mente volvió a funcionar, pero al final así fue, al principio despacio, luego con creciente velocidad. Comenzó a ponerse furiosa, una furia serena, profunda y lenta que creció hasta que destruyó todo el embotamiento que la había dominado.
Se levantó y de forma metódica comenzó a sacar sus cosas del dormitorio de Reese para trasladarlas al cuarto en el que había dormido la noche en que lo había visitado. No quedó ni una sola señal de su presencia. Dejó los papeles de la hipoteca donde estaban en el suelo, en el centro del dormitorio. Que él los pisara si no quería recogerlos.
Si quería guerra, le iba a dar guerra.
El orgullo la instó a quedarse en el dormitorio y a no hablarle; el embarazo insistía en que se alimentara. Bajó y preparó la comida con el esfuerzo de restregarle sal por las heridas. Si no quería comer lo que ella había cocinado, tendría que hacerse algo él mismo o no comer.
Pero fue a la mesa cuando lo llamó. Después, mientras recogía los platos, Madelyn dijo:
-No olvides la cita con el doctor por la mañana.
-Te llevaré -indicó sin mirarla-. No pienso devolverte las llaves.
-Bien -entonces subió, se dio una ducha y se metió en la cama.

A la mañana siguiente no se dijeron ni una palabra durante el trayecto hasta Billings. Cuando la llamaron por su nombre, se levantó y pasó delante de él para seguir a la enfermera. La interrogaron, la examinaron, la palparon y la midieron. Cuando volvió a vestirse, se le dijo que pasara a la consulta del médico.

-Bueno, todo parece normal -indicó el doctor mientras estudiaba los gráficos-. Se encuentra en buen estado físico, señora Duncan. Tiene el útero dilatado de trece a catorce semanas en vez de las nueve o diez que usted cree que debería estar, de modo que quizá se equivoque respecto de la fecha de concepción. Cuando el embarazo se encuentre más avanzado, le haremos una ecografía para tener una mejor idea de la madurez del feto. Podría ser un bebé grande o tratarse de gemelos. Veo que su abuela materna fue una gemela, y por lo general los nacimientos múltiples siguen la ascendencia materna.

Reese se irguió en el sillón con mirada alerta.

-¿Hay algún peligro en tener gemelos?

-No mucho. Por lo general son un poco prematuros, y hemos de tener cuidado con eso. A estas alturas, me preocupa más que sea un bebé grande que gemelos. Su esposa debería poder tener gemelos sin ningún problema, ya que su peso al nacer usualmente es menor que el de un solo bebé. El total es superior, pero el peso individual es inferior. ¿Cuánto pesó usted al nacer, señor Duncan?

-Cuatro kilos y medio -repuso.

-Quiero hacer un seguimiento de su esposa si este bebé se acerca a un peso de nacimiento superior a los tres kilos seiscientos gramos. Tiene una pelvis estrecha, aunque no exagerada, pero un bebé de cuatro kilos y medio probablemente requeriría una cesárea.

Dicho eso, comenzó a hablarle a Madelyn de su dieta, de vitaminas y de reposo, y le entregó varios folletos sobre cuidados prenatales. Al marcharse media hora después, ella iba cargada de recetas y material de lectura. Reese fue a una farmacia para comprar todo lo recetado y luego regresó al rancho. Madelyn permaneció recta y silenciosa a su lado. Al llegar a casa, él se dio cuenta de que ella no lo había mirado ni una sola vez en todo el día.

Once

A la mañana siguiente, cuando él iba a marcharse, ella preguntó con frialdad:

¿Puedes oír la bocina del coche desde cualquier parte del rancho?

-Claro que no -pareció sobresaltado. La miró con curiosidad, pero ella seguía sin mirarlo.

-Entonces, ¿cómo se supone que voy a encontrarte o a contactar contigo?

-¿Y por qué querrías hacerlo? -preguntó con sarcasmo.

-Estoy embarazada. Podría caerme, o empezar a sufrir un aborto. Por un montón de cosas.

Era un argumento irrefutable. Apretó la mandíbula, enfrentado a la elección entre brindarle los medios para marcharse o poner en peligro tanto la vida de ella como la del bebé. Llegado ese caso, no le quedaba alternativa. Sacó las llaves del bolsillo y las plantó sobre el armario, pero mantuvo las manos sobre ellas.

-¿Tengo tu palabra de que no te marcharás?

Al final lo miró, pero con ojos fríos e inexpresivos.

-No. ¿Por qué voy a perder el aliento haciendo promesas cuando eres incapaz de creerme?

-¿Y qué es lo que quieres que te crea? ¿Qué no has tramado tener el mismo derecho que yo sobre el rancho? En una ocasión una mujer se burló de mí y me dejó llevándose la mitad de lo que era mío, pero eso no volverá a suceder, aunque tenga que quemar esta casa hasta sus cimientos y malvender la tierra, ¿ha quedado claro? -gritaba cuando terminó, y la miraba como si odiara su visión.

Madelyn no reflejó ninguna expresión ni se movio.

-Si eso fuera todo lo que quisiera, podría haber pagado la hipoteca en cualquier momento.

Vio que eso lo había hecho reflexionar.

Podría haber insistido, pero calló. Le había dado algo en lo que pensar. Antes de que todo eso se acabara, le daría mucho más en lo que pensar.
El se marchó con un portazo dejando las llaves sobre el aparador. Ella las recogió y subió al dormitorio, donde ya tenía algo de ropa guardada en la maleta. En las dos noches que había pasado sola en esa habitación, había meditado en lo que iba a hacer y adónde iba a ir. Reese esperaría que regresara corriendo a Nueva York después de poseer derechos sobre el rancho, pero Madelyn jamás había considerado esa posibilidad. Para. enseñarle la lección que necesitaba, debía estar cerca.
Sería típico de él trabajar cerca adrede por si ella intentaba marcharse, de modo que no lo hizo, y sintió una gran satisfacción cuando apareció para almorzar después de decirle que estaría fuera todo el día. Como ella no había cocinado nada, preparó una bandeja de sándwiches que plantó ante él, luego continuó con lo que había estado haciendo antes, que era limpiar el horno.
-¿No vas a comer? -preguntóReese.
-Ya he comido.
Mas vale que lo hagas -continuó él un rato más tarde,
El tono frío de ella desanimaba cualquier intento ulterior de conversación. No iba a dejar que se librara con tanta facilidad. Por dos veces le había dicho que no iba a pagar por los pecados de April, pero era evidente que él no lo había asimilado; era el momento de que ella se lo demostrara.
Cuando volvió a irse, Madelyn aguardó media hora, luego llevó la maleta al coche. No tenía que ir lejos, y él no tardaría mucho en encontrarla, como mucho unos días. Entonces podría quedarse con el coche si quería, de modo que no se sintió culpable. Además, no lo necesitaba. Esperaba haber regresado al rancho antes de la siguiente cita con el médico, pero si no era así, ya lo informaría a Reese de que debía llevarla. Su plan no tenía nada que ver con mantenerse lejos de él.
Encima de la cafetería de Floris siempre había una habitación en alquiler, porque en Crook nunca había alguien que la necesitara. Le serviría el tiempo que la necesitara. Condujo hasta Crook y aparcó delante de la cafetería. La idea no era ocultarse de Reese; quería que él supiera exactamente dónde se hallaba.
Entró en la cafetería y no vio a nadie. Al rato Floris salió de la cocina.
-¿Quieres café o algo para comer?
-Quiero alquilar la habitación de arriba. Floris la observó con los ojos entrecerrados.
-¿Para qué quieres hacer eso?
-Porque necesito un sitio donde estar.
-Tienes una casa grande en ese rancho, y a un hombre grande que te mantenga abrigada por la noche, si eso es todo lo que necesitas.
-Lo que tengo -respondió con suma claridad-, es un marido terco que necesita que le enseñen una lección..
-Mmm, aún no he conocido a un hombre que no lo fuera.
También estoy embarazada.
-¿Lo sabe él?
-Sí.
-¿Sabe dónde estás?
-No tardará en averiguarlo. No me escondo de él. Probablemente atraviese esa puerta escupiendo fuego, pero no pienso volver hasta que no entienda unas cuantas cosas.
-¿Como cuáles?
-Como que no soy su primera mujer. Le fue mal, pero no fui yo quien le causó todas esas desgracias, y ya estoy harta de pagar por las jugadas de otra persona.
Floris la miró de arriba abajo y asintió con expresión satisfecha en su cara agria.
-De acuerdo, la habitación es tuya. Siempre me gustó ver cómo un hombre recibía su merecido -musitó mientras daba la vuelta para volver a la cocina. Entonces se detuvo y miró a

Madelyn-. ¿Tienes experiencia como cocinera rápida?
-No. ¿Necesitas una?
-No habría preguntado si no la necesitara. Estoy cocinando y sirviendo las mesas. El idiota de Lundy se enfureció conmigo porque le dije que sus huevos eran como goma y me dejó la semana pasada.
Madelyn consideró la situación y descubrió que le gustaba.
-Podría atender las mesas.
-¿Lo has hecho alguna vez?
-No, pero me he ocupado de Reese durante nueve meses.
-Imagino que eso te cualifica -gruñó Floris-. No me da la impresión de que sea un hombre fácil de satisfacer. Bueno, ¿estás bien de salud? No te quiero de pie si tienes problemas para traer el bebé al mundo.
-Perfecta. Ayer fui a ver al médico.
-Entonces el trabajo es tuyo. Te mostraré la habitación. No es nada elegante, pero es cálida en invierno.
La habitación estaba limpia y arreglada, y ese era el límite de sus virtudes, pero a Madelyn no le importó. Tenía una cama individual, un sillón, una mesa de cartas con dos sillas y un cuarto de baño minúsculo. Floris encendió la calefacción para que se calentara y regresó a la cocina mientras Madelyn entraba sus maletas. Después de colgar la ropa en el armario pequeño, bajó a la cafetería, se puso un mandil y comenzó con sus obligaciones como camarera.

Cuando Reese llegó esa noche a la casa estaba extenuado; había recibido coces, lo habían pisoteado y se había quemado el brazo con la cuerda. Al ver que la ranchera no estaba y que no había ninguna luz encendida, fue como si le hubieran pateado el pecho para quitarle todo el aire de los pulmones. Contempló las ventanas oscuras, dominado por una mezcla paralizadora de dolor y furia. Realmente no había pensado que ella se marcharía. En lo más hondo, había esperado que se quedara y luchara, como tantas veces la había visto hacer. Pero se había ido. Cerró los ojos a la dura comprensión de que Madelyn era lo que él más había temido una mujer aprovechada y superficial incapaz de aguantar los tiempos duros. Habría vuelto a la ciudad y a su cómoda vida de ropa elegante.
Y con ella se había llevado a su bebé. Era una traición diez veces peor que cualquier cosa que le hubiera podido hacer April. Había empezado a confiar en Maddie, a pensar en ellos en términos de años y no de meses. Durante casi un año había vivido con él, le había cocinado, lavado la ropa, reído, bromeado y trabajado a su lado, dormido en sus brazos.
Luego le había dado una puñalada en la espalda. Era vivir una pesadilla por segunda vez.
Entró en la casa arrastrando los pies. No había ningún olor procedente de la cocina para darle la bienvenida. A pesar de todo, albergaba la esperanza descabellada e inútil de que había tenido que ir a alguna parte, de que habría una nota de explicación en alguna parte de la casa. Buscó en todas las habitaciones, pero no había nota.
Rápidamente bajó a la primera planta. Los libros de ella aún seguían allí, y también el equipo de música. Podía haberse ido, pero había dejado muchas cosas, y eso significaba que volvería. Probablemente durante el día, cuando creyera que él no estaría, para poder guardar el resto de su ropa y marcharse sin verlo.
Pero si iba a irse a Nueva York, como sin duda había planeado, ¿por qué se había llevado la ropa de rancho para dejar la de ciudad?
Bueno, se había marchado, así que dispondría de mucho tiempo para pensar en ello. Pero le iba a costar regresar para llevarse sus cosas, porque a la mínima oportunidad que tuviera, iba a cambiar las cerraduras de la casa.
Sin embargo, de momento iba a hacer algo que ni siquiera había hecho cuando April le destrozó la vida. Iba a sacar una botella de whisky que llevaba años en el armario y a emborracharse. Quizá entonces pudiera dormir sin Maddie a su lado.

Librodot

Al día siguiente se sentía como mil demonios, con el estómago revuelto y la cabeza martilleándole, pero se obligó a levantarse y a ocuparse de los animales; no era culpa de ellos que él fuera un imbécil. Cuando el dolor de cabeza comenzó a desvanecerse y volvió a sentirse medianamente humano otra vez, era demasiado tarde para ir a la ferretería a comprar cerraduras nuevas.

Al día siguiente las vacas comenzaron a estar de parto con los terneros; pasaron tres días antes de que dispusiera de un minuto de descanso, y cuando lo tuvo, se derrumbó sobre el sofá en un estupor extenuado y durmió durante dieciséis horas. .

Transcurrió casi una semana desde la marcha de Madelyn antes de que al fin tuviera un rato para poder ir a Crook. El dolor y la ira se habían convertido en una sensación vacía y embotada en el pecho.

Lo primero que vio al pasar delante de la cafetería de Floris fue la ranchera blanca aparcada delante del local.

El corazón le dio un vuelco. Había vuelto, sin duda de paso para ir a recoger el resto de sus cosas. Aparcó al lado y se quedó mirando el vehículo, tamborileando con los dedos sobre el volante. La ira familiar estalló en el vacío embotado y de pronto tuvo una revelación cegadora.

No iba a dejarla marchar. Si tenía que enfrentarse a ella en cada tribunal del país, iba a mantener intacto su rancho y Madelyn iba a seguir siendo su esposa. Se había sentido contento de perder de vista a April, pero bajo ningún concepto iba a dejar que Maddie se fuera. Esperaba a su bebé, un bebé que iba a crecer en su casa, aunque para ello tuviera que atar a Maddie a la cama cada vez que se fuera a trabajar.

Bajó de la furgoneta y fue a la cafetería con expresión decidida. Abrió la puerta y entró, deteniéndose en mitad de la sala mientras inspeccionaba las mesas y los taburetes. No había ninguna rubia de piernas largas y sonrisa perezosa en ninguna parte, aunque ante el mostrador había sentados dos vaqueros.

Entonces se abrió la puerta de la cocina y la rubia de piernas largas salió por ella, con un mandil y dos platos con unas hamburguesas enormes y patatas fritas humeantes.

Ella lo miró un instante, y no cambió de expresión ni vaciló al colocar los platos delante de los vaqueros.

-Aquí tenéis. Ya me diréis si deseáis tarta. Floris ha preparado un pastel de manzana esta mañana que os hará llorar de lo bien que sabe -entonces lo miró con ojos fríos-. ¿Qué te sirvo?

Los vaqueros giraron y uno tosió al ver con quién hablaba Madelyn; Reese conocía prácticamente a todo el mundo en un radio de ciento cincuenta kilómetros, y los demás lo conocían a él, de vista si no personalmente. Todo el mundo conocía también a Madelyn; una mujer con su aspecto y estilo no pasaba desapercibida.

-Una taza de café -pidió Reese con voz serena y seria, antes de ir a sentarse en un reservado.

Se la llevó de inmediato.

-¿Algo más? -inquirió con voz impersonal y una sonrisa que no llegó hasta sus ojos, a punto de marcharse.

Él soltó la mano y la detuvo por la muñeca. Pensó que Maddie no era el tipo de mujer que huía, a menos que marcharse fuera algo que hubiera planeado desde el principio. En ese caso, ¿qué hacía allí? ¿Por qué no había vuelto a Nueva York, lejos de su alcance?

-Siéntate -dijo en voz baja y peligrosa.

-Tengo trabajo.

-He dicho que te sientes -tiró de ella hasta sentarla; Madelyn seguía observán dolo con ojos fríos y distantes-. ¿Qué haces aquí? -espetó, sin prestar atención a las miradas que le lanzaron los dos vaqueros.

-Trabajo aquí.

-A eso me refiero. ¿Qué diablos haces trabajando aquí?

-Mantenerme. ¿Qué esperabas que hiciera?

-Que dejaras tu trasero en el rancho como te dije.

-¿Por qué habría de quedarme donde no soy querida? A propósito, si se te ocurre algún modo de llevarte la ranchera a casa, es tuya. Yo no la necesito.
Con gran esfuerzo, él controló la ira- iras conmigo.
-No.
-¿Qué has dicho?
-Que no. NO. Es una palabra de dos letras que significa negación.
-No pienso soportar esto, Maddie -apoyó las palmas sobre la mesa para evitar sacudirla-. Sube a buscar tus cosas -a pesar del esfuerzo, no logró mantener la voz baja, y los dos vaqueros ya lo miraban abiertamente.
Se deslizó del asiento y se puso de pie antes dé que él pudiera asirla.
-¡Dame un buen motivo para hacerlo! -soltó, y el frío de los ojos se convirtió en fuego.
-¡Porque esperas mi bebé ! -rugió, incorporándose también.
-Fuiste tú quien dijo, y cito, que no te importaba lo que hiciera y que lamentabas haberte casado conmigo. También entonces esperaba a tu bebé, ¿qué diferencia hay ahora?
-He cambiado de parecer.
-¡Pues mala suerte para ti ! También me dijiste que no era lo que querías y que no tengo lo que hace falta para ser la señora de un rancho.
-Pues para mí sí que tiene lo que hace falta, señorita Maddie -dijo uno de los vaqueros después de carraspear.
Reese giró hacia el otro con muerte en los ojos y los puños cerrados.
-¿Quieres llevar los dientes puestos o en la mano? -preguntó con voz apenas audible.
El vaquero parecía seguir con problemas en la garganta. Carraspeó otra vez, pero necesitó dos intentos para poder hablar.
-Solo hacía un comentario.
-Entonces hazlo fuera. Esto es entre mi esposa y yo.
En el oeste, un hombre domaba sus propios caballos y mataba a sus propias serpientes, y los demás no se metían en sus asuntos. El vaquero dejó un par de billetes en el mostrador.
-Vamos -le dijo a su amigo.
-Ve tú -el otro vaquero se llevó a la boca una patata bañada en ketchup-. Aún no he terminado de comer -«o de ver el espectáculo», pensó.

El controlo la impaciencia que crecía en su interior. Quizá el objetivo de Madelyn era que perdiera los estribos en público
-¿Dónde te alojas? -preguntó con voz que reveló la tensión que sentía..
-Arriba.
-Ve a buscar tus cosas. Vuelves a casa
Floris salió por la puerta de la cocina con expresión agria y una espátula en la mano.
-¿Quién arma tanto jaleo por aquí? -exigió saber; entonces vio a Reese-. Oh, eres tú.
-He venido a llevarme a Maddie a casa.
-No veo por qué querría irse, con el temperamento tan dulce que tienes.
-Es mi esposa.
-Aquí puede servir mesas y recibir una paga por ello -lo señaló con la espátula-. ¿Qué más puedes ofrecerle tú excepto ese tronco que tienes entre las piernas?
Reese no quería forzar físicamente á Maddie. Primero, porque estaba embarazada; pero, lo más importante, quería que regresara a casa con él porque lo deseara. Un vistazo a su cara le indicó que no iba a dar un paso por propia voluntad en dirección al rancho.
Bueno, al menos ya sabía dónde estaba; y que no había regresado a Nueva York. La miró una última vez, dejó dinero sobre la mesa para pagar el café y se marchó.
Madelyn soltó lentamente el aliento que había contenido. Era evidente que estaba decidido a llevársela al rancho como lo estaba de creer que era una copia de su primera mujer. Y si algo conocía de Reese Duncan era que su terquedad se asemejaba a la de una mula y que no se rendía. Volvería.

Librodot

La mujer mayor alzó la palma de la mano con los dedos extendidos. Madelyn los entrechocó con los suyos en un gesto de victoria.
-Esposa uno, marido cero -anunció Floris con inmensa satisfacción.

Volvió al día siguiente, se sentó en un reservado y la observó con ojos velados mientras atendía a los clientes. Parecía cansada, y se preguntó si habría tenido algún ataque de náuseas antes de salir de su habitación. Eso lo enfureció aún más, porque si se hubiera encontrado en casa, donde estaba su sitio, habría podido descansar.
Sin que se lo pidiera, ella le llevó una taza de café y se volvió para marcharse. Como una réplica del día anterior, la agarró de la mano. Pudo sentir la atención de todos centrada en ellos como si fueran imanes.
-¿Has estado mala? -preguntó con aspereza.
-Esta mañana. Pasó cuando Floris me dio un poco de tostada. Perdona, pero tengo otros clientes.
La soltó porque no deseaba otra escena como la del día anterior. Bebió el café y la observó mientras se movía entre los clientes, dispensando una sonrisa aquí y una broma allá. Comprendió que con él había hecho lo mismo. Los nueve meses que había pasado en el rancho habían sido los más plenos de su vida, emocional y físicamente.
La quería de vuelta. Quería ver cómo paseaba por la casa y lograba los milagros sin dar la impresión de dedicar mucho esfuerzo a ello. Quería que bromeara con él, quería que despertara a su lado, colocarla bajo su cuerpo y abrirle las piernas para penetrarla, y hacerle reconocer que todavía la amaba y que preferiría estar con él antes que en otra parte.
No entendía por qué no estaba ya en Nueva York, por qué se había detenido en Crook, sabiendo que la encontraría. La única respuesta era que jamás había tenido intención de irse a Nueva York. No había querido regresar a la gran ciudad; solo había pretendido alejarse de él.
Por su mente se desplegó el recuerdo de todo lo que le había dicho y a punto estuvo de encogerse. También ella recordaba cada palabra; incluso le había citado algunas. En su momento le había prometido que lamentaría haberlas dicho, pero había estado demasiado encolerizado, se había sentido demasiado traicionado para prestarle atención.
. De modo que si se había quedado era porque le gustaba vivir en Montana. Pero era la ausencia de ella de la casa lo que representaba el mayor castigo. El vacío lo volvía loco.
Al rato volvió para rellenarle la taza.
-¿Quieres acompañar el café con un poco de pastel? Hoy es de coco natural.
-Claro -le brindaría la excusa de quedarse más rato.
Cuando más tarde Madelyn pasó para retirar el plato de postre vacío y volver a servirle café, le preguntó:
-¿No tienes trabajo?
-De sobra. Las vacas han dado a luz -durante un segundo a ella se le iluminaron los ojos; luego se encogió de hombros y se dio la vuelta-.
Espera -pidió él-. Siéntate un minuto a descansar. Llevas de pie desde que entré, y de eso hace... -miró el reloj-... dos horas.
-Ha sido una mañana ocupada. Tú no dejas de conducir un rebaño porque quieres descansar, ¿verdad?
-Siéntate de todos modos -pidió con una sonrisa-. No voy a gritarte.
-Vaya, eso es un cambio -musitó, pero se sentó frente a él y apoyó los pies en el asiento de al lado de Reese con el fin de estirar las piernas. El se los levantó y los apoyó en las rodillas, frotándole los tobillos.
-Relájate -pidió cuando vio que quería apartarlos-. ¿Deberías estar tanto tiempo de pie?
-Si siguiera en el rancho, aún estaría de pie. No cocinaba sentada, ¿sabes? Me siento bien. Solo estoy embarazada, no discapacitada -pero cerró los ojos mientras le masajeaba los músculos agotados.

Librodot

Tenía un buen toque, igual que en la cama. Era un amante apasionado y hambriento, tan generoso con su propio cuerpo como exigente con el de ella. Los recuerdos se juntaron en su estómago como si fueran lava, elevándole la temperatura y obligándola a abrir los ojos. Si se permitía pensar en ello demasiado, estaría en su regazo antes de darse cuenta de lo que hacía.
-Quiero que te vengas conmigo -comentó Reese.
El tono sosegado que empleó invitaba más que ordenaba. Madelyn suspiró y apoyó los codos sobre la mesa.
-Mi respuesta sigue siendo la misma. Dame un buen motivo para volver.
-Y mi respuesta también es la misma. Esperas a mi bebé. Merece recibir su herencia, crecer en el rancho. Incluso me dijiste que ese era uno de los motivos por los que habías pagado la hipoteca.
-No me he llevado al bebé fuera de Montana -señaló-. Ni siquiera me he alejado del rancho. El bebé te tendrá a ti y el rancho, pero yo no he de vivir allí para que eso sea posible.
Reese al final se rindió .y se marcho a casa, pero durante toda la noche dio vueltas en la cama grande, pensando en los pechos de ella y en su sabor, en los sonidos suaves que emitía cuando le proporcionaba placer.
Al día siguiente tuvo que reparar unas vallas, y trabajó de forma automática, con la mente centrada en Maddie, tratando de idear un modo de recuperarla.
El bebé que llevaba era un hijo planeado. Una mujer no se quedaba embarazada adrede si su idea era pasar unos meses con un hombre para luego largarse. La tierra valía una fortuna; si ella únicamente hubiera querido dinero, pagar la hipoteca le habría dado derecho a mucho más sin el valor añadido, pero decididamente fuerte, de un embarazo. No, había quedado embarazada porque había querido ese bebé, y había cancelado la hipoteca por una única causa: salvar el rancho para él. Madelyn podía justificarlo en nombre del bebé, pero este era algo abstracto todavía, sin importar lo poderosos que fueran sus instintos maternales. Había salvado el rancho para su marido, no para su bebé.
Aparte de eso, Maddie no necesitaba dinero. Siendo Robert Cannon su hermanastro, con solo pedirlo podría conseguir lo que quisiera. Robert tenía dinero para hacer que la familia de April pareciera de tres al cuarto.
Todo se reducía a lo mismo, a la misma pregunta. Si no tenía intención de solicitar el divorcio, ¿por qué había pagado la hipoteca cuando sabía la intensidad de su oposición a eso? Y la respuesta también era siempre la misma. Madelyn jamás había intentado ocultarlo. Lo amaba.
Comprenderlo volvió a dejarlo aturdido; tuvo que parar para secarse el sudor de la frente. Maddie lo amaba. Había intentado decírselo cuando él la insultaba a gritos, pero no la había escuchado. Lo amaba lo suficiente como para asumir el riesgo de pagar la hipoteca, cuando sabía lo mucho que ese acto lo enfurecería. Lo había antepuesto a ella, y esa era la verdadera medida del amor, pero él había sido un idiota ciego y obstinado para reconocerlo.
Su malhumor lo había metido en ese lío y el único culpable era él. Debía impedir que la codicia de April le arruinara la vida; debía dejar de ver a otras personas a través de los ojos amargados de April. Eso era lo peor que ella le había hecho, no arruinarlo económicamente, sino arruinar la manera en que había contemplado a otras personas. Incluso lo había admitido ante sí mismo el día que conoció a Maddie. Si la hubiera conocido antes de casarse con April, de haber sido necesario la habría perseguido por todos los estados del país. Maddie había sido la única mujer que había querido que llevara su apellido nada más conocerla.
Si la previsión fuera tan clara como la visión retrospectiva, se habría podido ahorrar un montón de problemas.

Doce

Entró en la cafetería y de inmediato todos los ojos se clavaron en él. Por el modo en que todo el mundo dejaba de hablar y lo miraba cada vez que aparecía por el pueblo, empezaba a

sentirse como un maldito proscrito.
Madelyn no reconoció su presencia, pero no pasó más de un minuto antes de que le pusiera una taza de café humeante delante. Estaba tan guapa que apenas fue capaz de contenerse de abrazarla. Llevaba el pelo rubio trenzado a la espalda, esos vaqueros elegantes y holgados y unos náuticos, con una camisa amplia de color caqui con las mangas subidas. Echó un vistazo más detenido a la camisa y frunció el ceño. ¡Era su camisa! ¡Maldita fuera, al dejarlo se había llevado algo de su ropa!
Unos minutos más tarde -le puso delante una ración de tarta de chocolate; Reese alzó el tenedor y sonrió para sus adentros. Podían estar separados, pero Madelyn aún trataba de alimentarlo.
Finalmente consiguió .atraer su mirada y con un gesto de la cabeza le indicó el asiento que tenía enfrente. Ella enarcó las cejas ante esa llamada arrogante y lo soslayó. Reese debió imaginar una reacción semejante. La siguiente vez que pasó a rellenarle la taza, le pidió:
-Habla conmigo, Maddie. Por favor.
Quizá fue el «por favor» lo que lo consiguió, porque le lanzó una mirada sorprendida y se sentó. Floris salió de la cocina y observó a Reese con las manos en las caderas, como si se preguntara qué hacía todavía allí. El le guiñó un ojo, la primera vez que hacía algo tan juguetón, y la cara de ella se llenó de indignación antes de girar en redondo y regresar a la cocina.
-Floris no tiene una buena opinión de los hombres -comentó Maddie, riendo en voz baja.
-Ya lo he notado -se puso a estudiar el rostro de ella-. ¿Cómo te sientes hoy?
-Bien. Es lo primero que me pregunta todo el mundo cada día. Estar embarazada es algo bastante común, pero te hacen creer que ninguna otra mujer en este condado a tenido jamás un bebé.
-Nadie ha tenido a mi bebé con anterioridad, de modo que tengo derecho a mostrar interés -alargó el brazo sobre la mesa y le tomó la mano con suavidad. Ella aún lucía el anillo de bodas. De hecho, él también. Era la única joya que se había puesto en su vida, pero siempre le habían gustado las finas alianzas en los dedos de los dos. Jugó con el anillo, recordándole a Madelyn su presencia-. Vuelve a casa conmigo, Maddie.
La misma melodía con la misma letra. Sonrió con tristeza al repetir su frase: -Dame un buen motivo por el que deberia
-Porque me amas -lo dijo con gentileza, apretándole la mano. Era el argumento mas poderoso que se le ocurría, el que ella no podía negar.
-Siempre te he amado. Eso no es nuevo. Te amaba cuando guardé mi ropa y salí, de casa. Si no fue motivo suficiente para quedarme, ¿por qué debería ser motivo para volver?
Cuando los ojos grises de ella lo miraron, se le contrajo el pecho al darse cuenta de que no iba a funcionar. Madelyn no iba a volver con él, sin importar el argumento que empleara. Se preguntó si había arruinado lo mejor que le había sucedido por no haber sido capaz de aceptarlo.
Sintió un nudo en la garganta; se obligó a tragarlo antes de poder hablar.
-¿Te... te importa si compruebo tu estado más o menos todos los días? Es para asegurarme de que te encuentras bien. Y me gustaría acompañarte cada vez que tengas cita con el médico, si no te importa.
Fue el momento de que Maddie se tragara el súbito impulso que tuvo de llorar. Nunca antes había visto a Reese diferente, y no le gustaba. Era atrevido y arrogante y con un temperamento vivaz, y así era como lo quería, siempre y cuando comprendiera algunos hechos importantes de su matrimonio.
-También es tu bebé, Reese. Jamás intentaría aislarte de él.
Él suspiró, sin soltarle los dedos.
-Estaba equivocado, cariño. Tengo una fobia con el rancho después de lo que April me hizo... sé que tú no eres April, y no debería castigarte a ti por lo que ella hizo hace ocho años. Tú misma me lo dijiste, pero no te escuché.. Así que dime ahora qué puedo hacer para

compensártelo.
-Oh, Reese, no es una cuestión de compensarme pensarme -musitó-. No llevo los puntos en una pizarra, para que cuando tú te hayas apuntado los suficientes yo pueda volver. Es por nosotros, nuestra relación, y por saber si tenemos un futuro juntos.
-Entonces dime qué es lo que aún te preocupa. Cariño, no puedo solucionarlo si no se que es.
-Si no sabes qué es, entonces nada puede solucionarlo.
-¿Ahora recurrimos a acertijos? No se me da bien leer la mente -advirtió-. Sea lo que sea lo que quieras, dilo claramente. Puedo enfrentarme a la realidad, pero las adivinanzas no son mi fuerte.
-No trato de despistarte. Yo tampoco soy feliz con esta situación, pero no pienso regresar hasta que sepa con certeza que tenemos un futuro. Así están las cosas, y no cambiaré de idea.
Despacio, él se levantó y sacó unos billetes del bolsillo, pero ella alzó la mano.
-Te invito yo. Recibo buenas propinas -añadió con ironía.
La miró con tal ansia que a punto estuvo de deshacerse; no intento combatir lo que sentía. Se inclinó y le cubrió los labios con la boca y su lengua entró automáticamente en los labios entreabiertos. Ella emitió un gemido bajo y la boca respondió a la de Reese. Si hubieran estado solos, el beso habría terminado con los dos haciendo el amor; era así de simple y poderoso.
La cafetería permanecía en un silencio total mientras los pocos clientes que quedaban observaban con aliento contenido. La situación entre Reese Duncan y su vehemente esposa era la mejor diversión que había visto el condado en años.

Era finales de abril. La primavera llegaba deprisa, pero Reese no podía disfrutar del renacer de la tierra. Se movía por la casa más agudamente consciente que nunca de su vacío. Estaba ocupado, pero no satisfecho. Maddie seguía sin volver.
Con el legado de su abuela le había proporcionado seguridad financiera. Sin tener que estar pendiente de las cuotas de la hipoteca, podía emplear el dinero de la venta de las reses del año anterior para expandirse, tal como había planeado en un principio. Gracias a Maddie, en ese momento podía devolverle al rancho la condición que había tenido, incluso con los acres reducidos. Ella nunca lo había visto en su estado original, y quizá no pudiera imaginarse la vida que tenía un rancho ganadero grande y rentable.
Necesitaba tomar alguna decisión cuanto antes. Si iba a expandirse, debía ponerse manos a la obra en el acto.
Pero su corazón no estaba por ello. A pesar de lo mucho que siempre había adorado llevar un rancho, carecía del entusiasmo que había exhibido en el pasado. Sin Maddie, no le importaba mucho nada.
Pero ella tenía razón; era la herencia de su bebé. Por ese motivo, debía ocuparse del asunto como mejor supiera.
La vida siempre era una serie fluida de opciones. Las circunstancias y las opciones podían cambiar de día en día, pero siempre había que realizar elecciones, y en ese momento él debía tomar una muy importante.
Si se expandía solo, la operación absorbería todo su capital y lo dejaría sin ninguna reserva ante otra posible ventisca como la que había estado a punto de borrarlo del mapa. Si iba a pedir otro préstamo al banco, empleando el rancho como aval, volvería a la misma posición de la que lo había sacado Maddie.
Eso dejaba recurrir a un inversor. Robert Cannon era brillante; sería un magnífico socio. Y Reese podía ver todas las ventajas que le aportaría tener uno. No solo ampliaría su base financiera, sino que podría diversificarse, para que la supervivencia del rancho no dependiera de la severidad de un invierno.
Alzó el auricular del teléfono y marcó el número que figuraba en la tarjeta que le había dejado Robert en Navidad.

Librodot

Cuando colgó media hora más tarde, todo estaba cerrado menos el papeleo. Robert y él conectaban bien, eran dos hombres astutos capaces de establecer un trato satisfactorio con un mínimo de palabras. Se sentía extraño, con la cabeza un poco ligera, y tardó un rato en comprender lo que había sucedido. Voluntariamente había puesto su confianza en otra persona, entregando el control totalitario del rancho; además, su nuevo socio era miembro de la familia de su esposa, algo que un año atrás jamás habría podido imaginar. Era como si al final se hubiera liberado del lastre del odio y resentimiento que lo había maniatado durante años. April ya formaba parte del pasado. Se había equivocado al elegir a su primera esposa; las personas inteligentes aprendían de sus errores y seguían adelante con sus vidas. Él había aprendido, pero no podría continuar con su vida hasta que Maddie le enseñara cómo hacerlo.
Dios, se arrastraría sobre manos y rodillas si con ello podía convencerla de que volviera.
A medida que transcurrían los días, se intió bastante desesperado como para hacerlo, pero antes de que en su interior la necesidad se volviera incontrolable, recibió una llamada de teléfono que lo dejó sin aliento. Era de la hermana de April, Erica. Le comunicaba que April había muerto, que lo había dejado como principal beneficiario de su testamento y si por favor podía presentarse a verla.
Erica fue a recibirlo al aeropuerto Kennedy de Nueva York. Era una mujer alta, delgada y reservada, apenas dos años mayor yor que su hermana, aunque siempre había parecido más una tía que una hermana. Le extendió la mano con gesto frío y distante.
-Gracias por venir, Reese. Dadas las circunstancias, es más de lo que esperaba y desde luego más que lo que merecemos.
-Hace un año habría estado de acuerdo contigo -se encogió de hombros mientras le estrechaba la mano.
-¿Qué ha pasado en el último año? -lo miró a los ojos.
-Volví a casarme. Y me he levantado financieramente.
-Lamento lo que pasó en el divorcio.
También April, después de que terminara, pero no parecía haber ningún modo de compensarte. Y me alegro de que volvieras a casarte. Espero que seas feliz con tu esposa.
«Lo sería», pensó, «si pudiera convencerla de que viva conmigo». Aunque no se lo comentó a Erica.
-Gracias. Esperamos un bebé para finales de octubre.
-Felicidades -la cara severa se iluminó un momento, y llegó a sonreír.
Pero cuando la sonrisa se desvaneció, él vio cansancio en el alma de ella. Estaba de luto por la muerte de su hermana y no debió resultarle fácil llamarlo.
-¿Qué le sucedió a April? -preguntó-. ¿Estaba enferma?
-No, a menos que quieras llamarlo enfermedad del espíritu. También ella volvió a casarse, menos de un año después del divorcio, pero nunca fue feliz y se divorció hace un par de años. Había empezado a beber mucho continuo-. Intentamos convencerla de que se sometiera a terapia, que lo controlara, y durante un tiempo trató de dejarlo sin ayuda. Pero estaba triste, Reese, tan triste. Se podía ver en sus ojos. Estaba cansada de vivir.
-¿Se suicidó? -preguntó en voz baja.
-No técnica ni intencionadamente. Al menos, es lo que creo yo. No puedo pensar otra cosa. Pero no logró dejar de beber, ya que era el único solaz que tenía. La noche en que murió, había bebido mucho y volvía en coche desde Cabo Cod. Se quedó dormida, o eso creen que sucedió, y pasó a ser una estadística más sobre conducción en estado de ebriedad -la voz de Erica era serena y nada emotiva, pero en sus ojos se reflejaba el dolor.
-¿Por qué me nombró su principal beneficiario? -preguntó él en el taxi a Nueva York.
-Culpabilidad, supongo. Tal vez amor. Estaba tan entusiasmada contigo al principio y tan amargada cuando os separasteis. Estaba celosa del rancho, ¿sabes? Después del divorcio, me dijo que habría preferido que tuvieras una amante a tu propio rancho, porque contra otra mujer podría luchar, pero que ese pedazo de tierra tenía un poder sobre ti que ninguna otra mujer podría igualar. Por eso fue en pos del rancho durante el divorcio, para castigarte -le

sonrió con pesar-. Dios, qué vengativa puede ser la gente. No pudo ver que simplemente no era el tipo de esposa que tú necesitabas. A ti no te gustaban las mismas cosas, no querías lo mismo de la vida. Cuando no la amaste tanto como al rancho, pensó que era un defecto en ella en vez de aceptarlo como la diferencia entre dos personas muy diferentes.

Reese jamás había pensado en April de esa manera, nunca había visto su matrimonio y posterior divorcio desde los ojos de ella. Lo único que había visto en su ex mujer era amargura y eso era lo que había permitido que impregnara su propia vida.

Pasó la noche en el tipo de hotel que en una ocasión había dado por hecho. Era extraño volver a tener solidez financiera y se preguntó si alguna vez había echado de menos los adornos de la riqueza. Era agradable poder permitirse una suite pequeña y elegante, pero tampoco le habría importado quedarse en un hotel sencillo. Los años sin dinero habían modificado sus prioridades.

La lectura del testamento al día siguiente no requirió mucho tiempo. La familia de April, demasiado afectada por el dolor como para mostrarse hostil, estaba apaciguada. April había meditado con minuciosidad en el reparto de sus posesiones, como si hubiera anticipado su muerte. Dividió sus joyas y bienes personales entre miembros de la familia, igual que una pequeña fortuna en acciones y bonos. Lo aturdió el legado que le dejaba a él.

-A Gideon Reese Duncan, mi anterior marido, le dejo la cantidad que estipuló para mí nuestra sentencia de divorcio. Si él falleciera antes que yo, la misma cantidad ha de entregársele a sus herederos en un gesto de justicia postergado demasiado tiempo.

El abogado continuó, pero Reese no oyó nada de lo que dijo. Se hallaba asombrado. Se adelantó y apoyó los codos en las rodillas, contemplando la alfombra oriental bajo sus pies. Se lo había devuelto todo, y con ese acto le había mostrado la absoluta inutilidad de los años de odio.

Lo más irónico era que él ya se había desprendido de eso. La oscuridad interior no había podido resistir la determinación de Maddie. Aunque jamás hubiera podido recuperar su antiguo rancho, habría sido feliz mientras tuviera a Maddie. Había reído con ella y hecho el amor con ella, y en alguna parte del camino su obsesión se había transformado en un amor tan poderoso que ya no podía vivir sin ella.

De pronto sintió que el corazón se le atenazaba y se preguntó cómo había podido ser tan estúpido.

Ella le había pedido un buen motivo por el que debería volver a su lado, y él no se lo había dado. No el que ella quería o necesitaba. Prácticamente le había deletreado lo que era, pero había estado tan concentrado en sus propias necesidades que no había sabido prestar atención a lo que necesitaba Madelyn. Qué sencillo era; en ese momento sabía lo que tenía que decir.

«Porque te amo».

Entró en la cafetería de Floris y se plantó en medio del local casi lleno. Como de costumbre, imperó el silencio con su presencia y todo el mundo se volvió para mirarlo. Maddie se hallaba detrás del mostrador, limpiando un café que se había vertido al tiempo que intercambiaba unas palabras amistosas con Glenna Kinnaird. Alzó la cabeza, lo vio y se quedó quieta, con los ojos clavados en los de él.

Reese enganchó los dedos pulgares en el cinturón y le guiñó un ojo.

-Adivina esto, cariño. ¿Qué tiene dos piernas, una cabeza dura y se comporta como un idiota?

-Es fácil -respondió Maddie-. Reese Duncan.

A su alrededor se oyeron risitas contenidas. Los ojos de ella reflejaban diversión y él tuvo que sonreír.

-¿Cómo te sientes? -preguntó con tono íntimo que excluyó a todos los clientes de la cafetería e hizo suspirar a varias mujeres.

-No estoy en uno de mis buenos días -repuso-. Lo único que me mantiene de una pieza es la estática.

-Ven a casa conmigo y yo cuidaré de ti.
-Dame un buen motivo por el que debería -preguntó mirándolo a los ojos.
Justo ahí, ante Dios y casi todo Crook, Montana, él respiró hondo y aceptó la apuesta de su vida.
-Porque te amo.
Maddie parpadeó y para su sorpresa Reese vio que los ojos le brillaban por las lágrimas. Pero antes de que pudiera moverse, la sonrisa de ella resplandeció como el sol cuando las nubes se abren. No perdió tiempo en rodear el mostrador; saltó por encima.
-Ya era hora -dijo al lanzarse a sus brazos.
Los clientes aplaudieron y Floris salió de la cocina. Puso expresión de reprobación al ver a Madelyn colgar de los brazos de Reese.
-Supongo que esto significa que he de buscarme otra camarera -musitó.
-Diablos, Floris -intervino alguien-,- si te quedas en la cocina, te encontraremos otra camarera.
-Trato hecho -convino, y sorprendió a todos al sonreír.

No esperó hasta regresar a la casa para hacerle el amor. En cuanto estuvieron en tierra de los Duncan, detuvo la furgoneta y la situó a horcajadas de él. Madelyn pensó que el corazón le iba a estallar cuando escuchó sus palabras de amor, deseo y necesidad. No podía parar de tocarlo. Quería fundirse con su piel.
Cuando al fin llegó al rancho, la llevó por las escaleras hasta el dormitorio, donde la depositó en la cama grande y comenzó a desnudarla. Ella rio con un sonido lujurioso y embriagado mientras se estiraba con movimientos lánguidos.
-¿Otra vez?
-Quiero verte -pidió con voz tensa. Cuando ella quedó desnuda, guardó silencio, aturdido y encantado por los cambios en su cuerpo. Eran leves, pero evidentes para él, porque conocía cada centímetro de Madelyn. El vientre empezaba a mostrar una leve curva y los pechos estaban un poco más redondos, incluso más firmes que antes.
Se inclinó y le lamió uno-. Dios, te amo -apoyó la cabeza en el vientre, con los brazos en torno a sus caderas.
-Has necesitado tiempo para descubrirlo -le mesó el pelo.
-Lo que me falta en rapidez lo tengo en constancia.
-¿Y eso qué significa?
-Que dentro de cincuenta años te lo seguiré diciendo -giró la cabeza para besarle el estómago-. Tengo que decirte otra cosa.
-¿Es buena?
-Creo que sí. Dentro de poco por aquí se van a producir unos cuantos cambios.
-¿Y eso? -pareció suspicaz-. No estoy segura de que desee que las cosas cambien.
-Tengo un nuevo socio. Hace una semana llamé a Robert y decidió invertir. Empezaremos a expandirnos bastante en cuanto yo pueda ponerme manos a la obra. Ahora este es el rancho Duncan y Cannon.
Madelyn soltó una carcajada.
-Hagas lo que hagas -pidió-, no lo llames el D y C. No creo que pudiera vivir en un rancho con nombre de whisky.
Él sonrió.
-Mantendrá el mismo nombre -indicó.
-Bien -despacio la expresión alegre se desvaneció y lo miró con expresión lóbrega-. ¿Por qué lo llamaste?
-Porque confío en ti -respondió con sencillez-. A través de ti, puedo confiar en él. Porque fue una buena decisión de negocios. Porque quería mostrarte cómo funciona un rancho realmente bueno. Porque vamos a tener un bebé.. Maldita sea, porque soy demasiado orgulloso para

Librodot

quedarme contento con un funcionamiento de segunda. ¿Te parecen suficientes motivos?
-La primera fue bastante buena -le tomó la cara entre las manos y lo miró con todo el corazón en los ojos.

El tres de noviembre, Madelyn estaba de parto en Billings, sosteniendo la mano de Reese al tiempo que trataba de concentrarse en la respiración. Llevaba allí veinticuatro horas y se sentía extenuada, pero las enfermeras no dejaban de decirle que todo iba bien. Reese estaba sin afeitar y ojeroso.
Robert se hallaba en alguna parte fuera, abriendo un surco en el suelo del pasillo.
La dominó una contracción que fue un poco diferente en intensidad y en el modo en que la hizo sentir. Jadeó y contempló el monitor con ojos borrosos para poder observar la confirmación mecánica de lo que había sentido. Se recostó en el brazo de él y con voz débil dijo:
-No creo que vaya a tardar mucho más.
-Gracias a Dios -Réese no sabía si podría aguantar mucho más. Observarla sumida en ese dolor era lo más duro que le había tocado vivir, y lo hacía pensar seriamente en limitar el número de sus hijos a uno. Besó la sien sudorosa de Madelyn-. Te amo, cariño.
-Yo también te amo -otra contracción.
-Tiene razón, señora Duncan -confirmó la enfermera con una sonrisa-. Falta poco. Será mejor que la llevemos a la sala de partos.
Reese se quedó al lado de ella durante el parto. El médico había seguido un estudio cuidadoso del bebé en el desarrollo para que Maddie no tuviera problema alguno para dar a luz. Él se preguntó con violencia contenida si la idea que tenía el médico de un problema difería de la suya. Hacía treinta y seis horas que ella había comenzado a estar de parto. Sin embargo, media hora más tarde sostenía en las manos a su hijo que no paraba de vociferar.
Madelyn lo contempló con ojos llorosos y sonrisa embobada. La expresión en el rostro de Reese era tan intensa, tierna y posesiva que apenas podía contenerse.
-Tres kilos, ochocientos gramos -le murmuró al bebé-. Has pesado lo justo.
Madelyn rio y alargó las manos hacia su marido y su hijo.
Reese le acomodó el bebé en los brazos y la acunó a ella en los suyos, incapaz de apartar la vista de ambos. Nunca en la vida había visto algo tan hermoso, aunque tuviera el pelo pegajoso por el sudor. Se sentía bien. Agotado pero bien.
Ella bostezó y apoyó la cabeza en el hombro de él.
-Creo que hemos hecho un buen trabajo -anunció tras examinar los dedos diminutos del bebé-. También creo que voy a dormir durante una semana.
De vuelta en la habitación, justo antes de quedarse dormida, oyó que Reese lo repetía:
-Te amo, cariño.
Estaba demasiado somnolienta para responder, pero alargó el brazo y sintió que él le tomaba la mano. Eran dos palabras que nunca se cansaría de oír.
Reese permaneció sentado viéndola dormir; en sus ojos se insinuaba una expresión risueña. Lentamente, sus párpados comenzaron a caer al sucumbir al cansancio, pero ni una sola vez durante el sueño le soltó la mano.

Librodot